

**RODOLFO ESPARZA
CÁRDENAS**



EL ÚLTIMO TREN

CUENTOS



EL ÚLTIMO TREN

CUENTOS

RODOLFO ESPARZA CÁRDENAS

ÍNDICE

Presentación 3

Un apoyo inesperado 4

El espadín 26

Romance fugaz 39

El maquinista 47

Cosas de la ciencia 61

El mismo pecado 77

El último tren 105

Presentación

El último tren: los aciertos de la Opera prima.

El último tren, cuentos y relatos de Rodolfo Esparza Cárdenas, es un libro animado por una prosa convincente y ágil que evidencia un estilo literario en plena madurez. Rodolfo ha conseguido el delicado equilibrio entre tramas verosímiles, intriga creciente y dibujo de personajes atribulados por alguna carencia o enderezados hacia el cumplimiento de objetivos específicos, a veces matizados por una pátina de nostalgia. Las historias han sido ambientadas en nuestras latitudes, en nuestros pagos, con el énfasis puesto en escenarios rurales. Así, por ejemplo, en el cuento que abre el libro “Un apoyo inesperado”, el protagonista narrador centra la mirada en la estación El Tejocote, en la inminencia de la Semana Santa. Otra de las virtudes narrativas de las historias de *El último tren* es el carácter impredecible de los desenlaces. “El espadín” es un cuento estremecedor que cuya historia se desarrolla en la Sierra Mojada de Coahuila y que explica las vicisitudes de un objeto entrañable para sus poseedores. “Romance fugaz” es un relato que muestra cómo es posible la emergencia del amor en las circunstancias más insólitas y, además, un amor enemistado con la gratuidad y el facilismo. Hay un pasaje en “El maquinista” que me hizo recordar aquel memorable cuento de Hawthorne, donde alguien súbitamente se marcha sin avisar, sin dejar testimonio de su partida, y es éste: “Pasaron los meses, y la ley del hielo aplicada por José a Bertha, era sumamente incómoda, la convivencia estaba verdaderamente enrarecida; desde luego, había motivos para que la situación no cambiara, pues Bertha, no dejó de ver a Raymundo hasta que decidió salirse de casa”. En “Cosas de la ciencia” se narran los pasadizos y las peripecias del mundo de los centros de investigación biogenética. En “El mismo pecado” se percibe lo que alguien llamó, con puntería de arquero medieval, “los efectos desastrosos de la fama”. En el cuento epónimo, el que pone título al libro, es advertible una tensión entre los vectores de la vida (Eros) y la muerte (Tánatos). No desmonto la sorpresa ni aviso respecto del desenlace, pero este relato tiene ambición de novela, de novela corta: no por la extensión de sus páginas sino por la respiración de largo aliento. En suma: *El último tren* confirma que Rodolfo Esparza Cárdenas troqueló su *Opera prima* -como narrador, pues ya se había desdoblado con fortuna en la parcela o cancha histórica-con la paciencia (el arte es una larga paciencia, Balmes dixit), entusiasmo y fervor admirables. Enhorabuena. Y que Dios reparta suerte.

Gilberto Prado Galán

UN APOYO INESPERADO

–Hola mamá.

–Hijo, ¡qué bueno que llegaste! Te trajeron un telegrama; quizá sean las noticias que esperabas.

–A ver, déjame ver qué dice... Estabas en lo cierto mamá, me están citando en la capital, en las oficinas de la SEP. Así que voy a preparar mis cosas, debo estar a la una de la tarde del lunes con el profesor Pedro Onofre, jefe del departamento de Escuelas Primarias.

Pasó Francisco esa tarde y el domingo entero preparando sus documentos y unos cambios de ropa que puso en una pequeña maleta. El resto del tiempo lo dedicó a visitar a sus tíos y amigos para comunicarles la buena noticia.

Hacía poco más de un mes que había llevado su solicitud a la Sección Sindical del SNTE para conseguir una plaza de maestro; sabía que algunos compañeros ya habían recibido un citatorio, ahora le tocaba a él ir a recibir sus órdenes para presentarse quién sabe a qué comunidad, quizá dentro del estado o en otra entidad. Poco importaba, había llegado el momento de iniciar su carrera y la oportunidad de ayudar a su familia a salir adelante, sobre todo después de la muerte de su padre, cuya consecuencia fue una economía familiar muy menguada, casi crítica.

Llegó a la estación de paso como a las cuatro de la mañana. Si venía a tiempo, no tardaría en llegar el tren que lo llevaría a la capital. Ya había comprado el boleto con el dinero que la familia había juntado para ello y para lo que se ofreciera. Incluso para comer algo llegando a la ciudad y para algunos otros gastos imprevistos. Sentado en una banca de madera, esperó ajustándose el maquinofo, como si eso ayudara a sentir menos frío. El jefe de estación le había dicho que el tren venía casi a tiempo.

El silbido de la máquina anunció su pronto arribo. El tren se detuvo unos cuantos minutos, sólo los necesarios para bajar unos costales, subir unas rejas y para que el único pasajero de esa pequeña estación –casi olvidada como otras en el mapa ferrocarrilero– subiera a acomodarse en el carro de pasajeros. Francisco buscó el mejor de los asientos, los cuales lucían en su mayoría desgastados y un poco sucios en el terciopelo guinda que los vestía. Se acomodó junto a la ventana desde donde vio alejarse a la estación de piedra con techo de dos aguas, en cuya pared apenas se

leía en un letrero blanco de letras negras que estaba bajo un pequeño foco de luz amarillenta: El Tejocote.

Francisco trató de imaginar cómo sería su destino, pero el paisaje, que fue cobrando luminosidad con los primeros rayos del sol, lo distraía; en especial los bellos acantilados de la montaña, el verdor de los pinos y las profundas barrancas en cuyo fondo, por tramos, se veía correr un hilo de agua. También lo distraía recordar la mirada de su madre. Imaginó leer su pensamiento recordando verlo partir como hacía un poco más de tres años, cuando se había ido a la Escuela Normal Rural a estudiar y a vivir en el internado, sitio que fue un gran alivio al no significar gastos para el sostenimiento de sus estudios y los de todos sus compañeros. En eso estaba, cuando entró al vagón un hombrecillo de chaleco negro y gorra con visera de charol para anunciar que pronto llegarían a la estación y pedirles que prepararan sus equipajes y cuidaran de no dejar nada en los asientos o en el guarda equipaje superior.

Francisco Preguntó en la puerta de salida de la estación qué tan lejos quedaba la oficina de la SEP. El joven interlocutor, que empujaba un carretón cargado de bultos, explicó que no estaba retirado, que la distancia podía recorrerse a pie. Se trataba de tres cuadras a la derecha a partir de la esquina, luego dar vuelta otra vez a la derecha hasta recorrer dos más. Ahí llegaría a una plaza desde donde se podía ver el edificio.

Se dirigió al inmueble identificado y preguntó a la chica que estaba tras un pequeño mostrador dónde encontraría al profesor Onofre. La señorita le indicó que tenía que subir al segundo piso y andar hasta el final del corredor del lado izquierdo; ahí era la oficina que buscaba. Ya estando ahí, se presentó con un señor de mediana edad, que dejó de acomodar unos papeles en una carpeta para escucharle decir que le había llegado un telegrama con la indicación de que se presentara a la brevedad en las oficinas de la SEP. El hombre leyó el telegrama que Francisco le mostró y le indicó que pasara a la siguiente sala y se acomodara junto a las otras personas, que pronto lo llamarían para pasar al despacho del profesor Onofre.

Esperó casi cincuenta minutos durante los cuales fueron pasando las personas que habían llegado a la sala de espera antes que él. Correspondiendo su turno, entró y saludó de mano al que seguro era el profesor Onofre, quien respondió al saludo de igual forma al tiempo que le preguntaba si traía sus papeles. Francisco se los puso en mano y el profesor los revisó, fijándose más en las firmas y sellos de los documentos.

–Muy bien joven, le daré esta tarjeta. Vaya a la planta baja y a la derecha de la escalera, en la tercera puerta, está el departamento administrativo. Pregunte por el profesor Gustavo Mejía y le da la tarjeta; él le extenderá las órdenes y le orientará sobre la escuela en donde será asignado. Esos papeles se los deberá entregar al inspector en la primera oportunidad; mientras tanto, busque al Comisariado Ejidal, porque seguro le tocará en algún ejido de la región serrana, que es donde estamos cubriendo las vacantes. –Buena suerte, hijo –le dijo el profesor Onofre, hombre afable ya con canas y arrugas y con la clásica pinta de profesor rural.

Tal como le dijeron, el profesor Gustavo recibió la tarjeta. Le pidió a su secretaria que revisara el libro de vacantes y le dijera los lugares pendientes de cubrir. La chica le dio el nombre de cuatro sitios y Mejía observó a Francisco de pies a cabeza, pensando dónde sería el mejor destino para hacerle las órdenes de presentación. Pensó unos minutos, después de volver a preguntar los lugares antes nombrados, y, con voz resolutiva dijo:

–Los Prados, sí; haga el nombramiento para la escuela Vicente Guerrero, de Los Prados. Y, dirigiéndose a Francisco, le comentó:

–Es un sitio tranquilo, ciertamente un poco retirado, pero la comunidad es muy cooperadora, te va a gustar. Ahí trabajó una prima mía y siempre la trataron de maravilla. El inspector es el profesor Aníbal del Hierro. Por cierto, por aquí anda, lo acabo de ver pasar. Seguro está con el jefe de sector, dos puertas adelante.

–Señorita vaya y asómese a ver si está ahí el profesor Aníbal.

La secretaria terminó de teclear el nombramiento y se lo pasó al profesor Gustavo, quien estampó su firma y mojando el sello en un cojín de tinta negra, lo plasmó a un lado de su firma en el original y copias y le extendió los documentos a Francisco, al tiempo que le decía:

–Deja que vuelva María para que te de una carpeta y no se maltrate ese documento. Deberás cuidarlo como a la niña de tus ojos.

–Profesor, le dije al maestro Aníbal que lo buscaba usted, y me pidió le dijera qué pasaba en cuanto terminara.

–Bien, siéntate joven. Creo que es oportuno aprovechar que anda por aquí para que sepa que cubrirás la vacante de la escuela Vicente Guerrero.

No tardó mucho en que entrara una persona corpulenta que casi cubrió el claro de la puerta. El hombre, de tez morena, pelo ensortijado, con rasgos bien definidos que daban la impresión era

originario del medio oriente, lucía un traje gris, un poco pasado de moda y seguro testigo de mil batallas y actos solemnes.

–¿Para qué soy bueno Gustavo?

–Hola Aníbal. Mira, quiero presentarte a este joven. Es quien cubrirá la escuela Vicente Guerrero.

–Mucho gusto, maestro Aníbal.

–Igualmente, muchacho. ¿De dónde eres?

–De San Jacinto. Está en las colinas, abajo de la estación El Tejocote.

–Ah, ya, casi en los límites con Sonora. Pues te tocó al otro extremo. ¿Qué vas a hacer ahorita?

–Tiene que ir a la pagaduría para que le den sus órdenes para el transporte y viáticos –dijo el profesor Gustavo.

–Pues ándale, ve por eso. Frente a la Plaza hay un restaurancito. Ahí te espero para ponernos de acuerdo. A lo mejor nos vamos juntos.

Viajaron toda la noche. Francisco vio por la ventana del autobús que amanecía, pero volvió a dormir hasta que sintió que le movieron del hombro.

–Profe, despáblese; ya mero nos bajamos.

–¿Ya llegamos?

–Bueno, sólo al punto donde nos separaremos. Te explicaré qué camión tomarás en la otra terminal para que llegues a Los Prados, que es el penúltimo lugar del recorrido. Yo iré para otra dirección. En unos días más andaré por allá y ya me platicarás cómo te recibieron, pero seguro será sin novedad, son “muy gente” en ese lugar; ya verás.

El camino pavimentado no duró mucho. Entró el camión por caminos de terracería; pronto inició el ascenso, el paisaje cambió, la vegetación iba siendo diferente conforme avanzaba. Hermosa vista, pero no dejaba de sentir temor al ver los precipicios a veces de un lado, a veces del otro. Y el chofer como si nada, se notaba que conocía el camino, parecía adivinar qué curva seguía y tomaba el volante con determinación al tiempo que aceleraba según sentía que el motor le exigía más gas. o usaba el freno si era necesario. Francisco de vez en cuando sacaba del bolsillo de su camisa el papel donde anotó el nombre de la persona que tenía que buscar en cuanto el chofer le indicara que había llegado a su destino; el inspector le había descrito características personales para que no se fuera a equivocar en cuando se apersonara.

A media tarde oyó la voz del chofer:

–Joven, estamos llegando; dos curvas más y estaremos entrando a Los Prados. Ahí lo dejaré en la plaza, porque yo todavía le sigo y no quiero manejar en la noche.

Observó una plaza limpia con jardines florecientes, bancas bellas de fierro forjado y farolas, también de fierro, que hacían juego con las bancas; a un costado un modesto templo, más bien pequeño. Sólo la cruz en alto daba señal de que era la iglesia. Al lado contrario, una construcción larga, presidida por arcos pintados de amarillo, con puertas que tenían letreros, seguro oficinas de la representación del gobierno. A un costado, una réplica de los arcos, pero el corredor permitía visitar comercios diversos. En su contrario había casas bien aderezadas, que imaginó Francisco que eran de los prominentes del lugar, el cual era pequeño, según se dio cuenta. Por ello le pareció que su zócalo era muy grande para el tamaño del poblado, como si se hubieran adelantado a la promesa de un gran futuro, para cuando solicitaran ser elevados a villa o ciudad.

Los niños que jugaban en la plaza fueron los primeros en notar la presencia de Francisco. Se pasaron la voz y pronto corrieron hacia el costado de las oficinas gritando:

–¡Ya llegó, ya llegó!

Las otras personas, que estaban en la plaza y en las aceras de enfrente, observaron a quien recién había bajado del autobús. Apenas estaba decidiendo Francisco con quién dirigirse para preguntar por el comisariado, cuando observó que de una de las puertas salieron tres personas, a las cuales se sumaron otras mientras caminaban a su encuentro.

–Buenas tardes. Me imagino que es usted el maestro –dijo un hombre robusto, con sombrero de fieltro tipo texano, camisa a cuadros y pantalón color caqui, botines cafés y cinto piteado, al tiempo que se adelantó del grupo para tenderle la mano, que Francisco apretó mientras respondía:

–Así es, sí, señor, me llamo Francisco Mireles Cuellar y vengo a trabajar a la escuela Vicente...

No terminó de hablar cuando le dieron la bienvenida, mostrándose contentos por su llegada.

–Venga, acompáñenos para platicarle cómo está la cosa.

Por el camino, el comisariado dijo llamarse Toribio Salinas. Ya sentados en la oficina le comentaron que era el lugar donde trabajaba el comisariado ejidal.

–La escuela –le dijeron– está a tres cuadras de aquí; la cambiamos hace dos años a un lugar más amplio y plano, para que tuviera jardín y una cancha de volibol donde jugaran los niños y también los mayores los sábados por las tardes.

–¿Ahí está también la casa del maestro? Preguntó Francisco.

–No, sólo tiene dos espacios y los baños. Uno de ellos es el salón y el otro sirve de bodega, donde también hay un escritorio pequeño.

–Aquí el maestro se asiste con doña Esperanza. Su casa está a una cuadra de la escuela; ahí tiene un cuarto sencillo pero cómodo que está al lado de una pequeña bodega donde guarda mercancía de la que vende en su tiendita.

Eso decía, cuando entró una señora como de sesenta años, la cual se movía con agilidad.

–¡Ah, doña Esperanza! –dijo don Toribio– qué bueno que llegó, para presentarle al nuevo maestro. Precisamente le explicaba que usted es quien da asistencia al maestro, así que aprovecho para presentarle al profesor Francisco.

–Mucho gusto maestro, a sus órdenes.

–Bueno, ya le platicaré todo lo necesario; doña Esperanza, indíqueme el camino.

Y dirigiéndose a Francisco, dijo:

–Diga si ya mañana quiere iniciar su labor para pasar la voz y que los niños estén temprano en la escuela.

–Sí, don Toribio, mañana a las 8 de la mañana abriré la escuela.

–Muy bien, aquí tiene las llaves. Vayan con Dios. Que descanse, profesor.

–Venga maestro, acompáñeme, es por acá. Me imagino que tiene hambre, sé que por el camino no hay nada donde poder comprar siquiera un refresco o una tortilla.

–Aquí tenemos agua entubada –comenzó a contar doña Esperanza, mientras servía la cena a Francisco–, construyeron una presa para regular el agua de un ojo de agua muy abundante y aunque parezca extraño por estos lugares, tenemos drenaje; sólo la luz la tenemos gracias a una planta de diesel, que nada más la apagan unas horas en la noche. De unos años para acá se ha puesto bonito el lugar, vivimos a gusto a pesar de estar tan lejos de la ciudad y de otros pueblos.

–Doña Esperanza, dígame por favor, ¿cuánto me va a cobrar por la asistencia?

–Seiscientos pesos, joven; pero por eso no se preocupe, el comisariado me pagará mientras le llega su sueldo. Ya sabemos que les tardan mucho su dinero, siempre pasa lo mismo y seguro a usted le tardará más, porque con el cambio de Presidente de la República, de aquí a que se organicen... ¡uuuy! va a estar lento.

–Gracias, doña Esperanza, eso me tranquiliza un poco, digo, que el comisariado pagará por un tiempo la asistencia, y lo otro, pues no me imaginaba que tardaran tanto en pagar.

–Así es maestro, pero no le faltará nada, sólo para sus cigarros y si tiene otros vicios, pues eso sí se tendrá que aguantar, o írselos chupando poco a poco.

–Ja,ja,ja... no se preocupe, no tengo vicios y traigo un poco de dinero. Si se tarda mucho el pago, pues tendré que recurrir a mis tíos, van a decir que está alrevesada la cosa, pero aguantarán un rato, ya habíamos platicado de este asunto.

–Que descanse joven, para que mañana empiece con mucha enjundia.

Francisco llegó temprano a la escuela, quitó el candado de la puerta de alambre y pasó por un pequeño jardín antes de llegar al edificio. Se asomó por las ventanas de los dos salones para saber cuál era en que se usaba para trabajar; abrió el salón y observó que estaba aseado y las bancas de distinto tamaño bien acomodadas de las más pequeñas a las más grandes. Eran binarias, de madera y estaban pintadas de verde bandera. Buscó en un estante que estaba al fondo para ver si había gises y borradores; notó que había cartulinas y otros instrumentos, como tijeras, reglas, escuadras, marcadores de colores, papel lustrina y pliegos de papel bond. Tomó gises y un borrador y se encaminó al pizarrón. Observó que sobre éste había cromos de Hidalgo, Morelos, Juárez y Madero y en medio una estampa más grande de la bandera nacional.

Escribió su nombre en el pizarrón y la fecha de su primer día de clase: lunes 7 de diciembre de 1970. Acomodó en su escritorio dos pilas de libros de texto de español y matemáticas de distintos grados que había tomado de un pequeño librero acomodado en el lugar opuesto al estante, ubicado al fondo del salón de clase. Recordó a sus profesores, quienes habían insistido en sembrar la idea de que ante la penuria había que atender español y matemáticas, las materias que dotan de herramientas mínimas para fortalecer el pensamiento y ampliar la inteligencia. Poco a poco fueron llegando los niños, algunos, los más pequeños, acompañados de su mamá y otros sin compañía. Fueron tomando su lugar, seguro el que les había asignado el maestro anterior. Francisco les fue preguntando sus nombres y en qué grado estaban; cuando contó veintisiete, les preguntó si pensaban que llegarían más niños; y casi en coro, algunos un poco gritones, respondieron que no, que ya eran todos.

Así, Francisco gastó cerca de una hora en preguntar a cada subgrupo dónde se había quedado primero en la materia de español y luego en matemáticas, dándoles tareas a medida que

avanzaba en la indagación. Pensaba en por dónde empezaría. En la Escuela Normal le habían dicho que podría tocarles trabajar en escuelas unitarias, donde en un solo grupo había alumnos de varios grados; pero nunca pensó que le tocaría estrenarse en esa circunstancia. Sabía que en el país había un gran número de escuelas multigrado, especialmente en las zonas rurales; y durante las prácticas le tocó visitar algunas de ellas cercanas a su escuela normalista, casi todas en estado lamentable, verdaderas trincheras donde los niños y profesores libraban batallas heroicas cada día de clases para cumplir, casi sin recursos, la misión de la educación.

A medida que les daba tareas y platicaba con cada grupo, o explicaba alguna duda, iba imaginando qué hacer en cada caso. Se le ocurrían ideas para empezar a organizar su programa, las cuales anotaba en su cuaderno. Sin darse cuenta, sintió que era tiempo del recreo. Pidió que suspendieran lo que hacían y salieran al patio; observó en qué se organizaban a jugar. Terminado el tiempo de recreo, les llamó nuevamente para entrar al salón tocando una pequeña campana que pendía de un aro de fierro sujeto a la parte externa de la pared del salón y continuó con lo que fue improvisando hasta la hora de la salida.

Había sido una mañana atareada. Valoraba lo complicado que era trabajar de esa manera y cayó en la cuenta de la gran responsabilidad que tenían los profesores rurales; sintió el peso de su trabajo mientras comía y descansaba un poco tirado en su catre; caviló por una hora hasta que consideró era el tiempo de planear las actividades del día siguiente, y luego continuar con una planeación más amplia, dividiendo las actividades en los días de la semana y las semanas del mes.

Acababa de entrar de recreo, cuando vio por la ventana del salón que llegaba el profesor Aníbal. Salió a recibirlo y el inspector comentó mientras se dirigían al salón:

–Me da gusto ver que está en plena labor de maestro. Tenía tiempo de querer venir a visitarlo, pero se han complicado las cosas con la nueva administración; ya sabe, juntas, cursos y más juntas; que ahora sí va a mejorar la educación, que esto, que lo otro, en fin, para qué le cuento, lo mismo de cada seis años, ya sabrá, ya sabrá, prometiendo peras del olmo...

–Me imagino, inspector, pero que bueno que vino. Estamos preparado la ceremonia para el 21 de marzo.

–Marzo, así es. ¡Qué rápido pasa el tiempo! Ya mero es Semana Santa, pero bueno, entremos en materia, ¿cómo te has sentido? ¿Cómo te tratan los vecinos? Platícame mientras reviso tu planeación y tus registros.

–Aquí los tiene inspector. Pues muy bien, nada de qué quejarme en realidad, salvo que no me han avisado nada de mi sueldo y ya me da pena con el Comisariado. Y aunque no me ha dicho nada, no sé si tendrán recursos para sostenerme la asistencia; además, no he podido mandar nada de dinero a mi madre, inspector.

–Sí, comprendo, así están todos los de recién ingreso; he ido a la pagaduría y me dicen lo mismo, que la próxima quincena, y ¡así quieren que jalen duro los profesores! Han de pensar que son faquires o hacen un apostolado de pobreza... mañana voy a la capital, veré cómo va tu caso, o hablaré con el director general.

–Ojalá haya buenas noticias, ¿qué tal si hubiera prometido juntar para casarme? Ya me hubieran dado calabazas.

Francisco se dio cuenta que muy contrario a lo que anunciaba su nombre, el inspector, era un viejo maestro comprometido, enterado, cargado de buenas intenciones y que todavía mantenía frescos sus ideales, fue un buen inicio, anuncio de una buena amistad que mejoró en cada visita.

Después del juego de volibol de aquel sábado, se acercó el Comisariado.

–¡Qué bueno que no se ha desaminado! Platiqué el Inspector conmigo y me dijo que estaba un poco preocupado por lo de su sueldo. Le digo lo que le dije, que no se preocupe, ya sabemos cómo se la gastan esos del gobierno. Si necesita dinero, dígame. Por lo pronto le comento que el viernes en la tarde viene un amigo, es un joven de por aquí. Se lo voy a presentar para que platique con Usted. Y le repito, si necesita algo, dígame, ya veremos cómo le hacemos, faltaba más. Con mayor razón ahora que los alumnos y padres están muy contentos con usted.

Descansaba Francisco en su cuarto, pintaba ya la penumbra, cuando reconoció la voz del comisariado:

–Doña Esperanza, doña Esperanza, ¿dónde anda?

–Aquí en la cocina; ahí voy don Toribio, ¿que se le ofrece?

–¿Está el maestro?

–Sí, está en su cuarto, déjeme le llamo: maestro, maestro, lo buscan.

–Sí, doña Esperanza, voy –respondió mientras se asomaba al pequeño patio.

–Ahí le habla don Toribio.

–Buena tarde, don Toribio, ¿cómo está usted? ¿Para qué soy bueno?

–¿Cómo está, profesor? Venga, acompáñeme, que le quiero presentar a un buen amigo.

Saliendo de la tienda, caminaron media cuadra adelante, hasta una camioneta de reciente modelo, de la cual descendió un joven que no llegaba a los treinta años, de regular estatura, vestido de vaquero, quien tendió la mano a Francisco,

–Mire, profesor, él es Jesús, pero le decimos “Chuyón”. Así lo conocemos todos. Es un muchacho muy querido. Chuyón, él es el profesor Francisco, de quien te he hablado.

–Mucho gusto. Pues mire, maestro, vengo a invitarlo a un paseo para mañana. Quiero llevarlo allá arriba a la sierra a enseñarle unas cosas que quizá le interesen. Si está de acuerdo en acompañarme, mañana paso por usted a las seis y media de la mañana, ¿cómo ve?

–Sí, claro, con gusto lo acompaño. ¿Qué hay que llevar?

–Nada, sólo si tiene sombrero y una chaqueta ligera, prepárelos; si tiene botas, mejor.

–Por supuesto, tengo todo eso, así que aquí lo espero.

–Muy bien, mañana nos vemos –dijo Chuyón.

De regreso a la casa, le comentó a doña Esperanza:

–Mañana acompañaré a Chuyón; me lo acaba de presentar don Toribio. Me invitó a la sierra que para mostrarme unas cosas... pero no me dijo qué; en fin, veremos.

–Muy bien, profesor, les prepararé algo para que desayunen en el camino.

–Gracias. Hasta mañana temprano.

Puntual como se dijo, a las seis y media se oyó la camioneta que paraba frente a la casa de doña Esperanza.

–Ya llegaron por usted, profesor. Tenga este morral, ahí hay unas gorditas de huevo y frijoles y otras de chicharrón para que desayunen más adelante. ¡Ah! Y aquí está este termo, tiene café. Que les vaya bien.

–Buen día, profesor, ¿cómo durmió? –preguntó Chuyón.

–Como lirón; batallé un rato pensando en no despertar tarde para estar listo y a tiempo.

–Muy bien, mire, él es Melquiades; es un amigo de un rancho cercano.

–Mucho gusto, me llamo Francisco. A sus órdenes.

–Vámonos, que el camino es largo –dijo Chuyón.

Ya acomodados los tres en la camioneta de doble cabina, iniciaron el viaje; pronto dejaron el caserío y más adelante encontraron un cruce de camino y tomaron por el de la derecha. Francisco notó que el camino iba tomando una cuesta y después de un rato se sintió más descuidado, con pozos y piedras que Chuyón esquivaba con habilidad mientras intercambiaba palabras con Melquiades. Parecían hablar de contactos, negocios y de que debían estar alertas; Francisco no entendía de qué hablaban hasta que Chuyón le dijo:

–Está largo el camino, no sólo por la distancia, Profesor, sino porque son caminos difíciles, estrechos, de terracería, y en partes ni eso.

Encendió la radio de la camioneta y algo se escuchaba con mucha interferencia. En partes se escuchaba mejor y logró entender que era un programa dirigido a los campesinos, donde se daban noticias de los avances de sus planteamientos con el gobierno y de ingenieros agrónomos que orientaban sobre las siembras, las cosechas, su resguardo, entre otros temas que llegaban hasta cómo hacer una lavadora de madera y una deshidratadora de frutos que funcionaba con el calor del sol.

Cuando se dejaba de escuchar la estación, Chuyón le contaba a Francisco algo de su vida. Que era de un racho que estaba en una cañada muy bonita, que su padre había sido maderero y tuvo un poco de siembras y animales; pero un día a él y a su madre los encontraron muertos, a medio desfiladero, y a su camioneta hecha trizas. Nadie supo que había sucedido. Su padre conocía al dedillo el camino. Quizá una falla mecánica. Se hicieron conjeturas, pero nada más; a él le avisaron cuando estaba en la escuela y desde entonces los ejidatarios se hicieron cargo de su persona; así fue a estudiar hasta el primer año de veterinaria en Culiacán; pero prefirió hacerse comerciante. De todos modos sobre los animales le fueron enseñando todos, lo que cada uno sabía mejor; y así comerciando una cosa y otra fue entrando a un negocio muy bueno, pero arriesgado.

–Mire nada más por donde andamos –dijo Chuyón.

Melquiades platicó algo también, pero fue más reservado, quizá porque no sabía quién los acompañaba; aun así refirió a sus padres y hermanos, todos menores que él, pero ya entrados en la

adolescencia, buenos para las faenas del campo y uno de ellos para la música, quien aprendió solo a tocar la guitarra siguiendo los dibujos de unas revistas que su papá le compraba.

–Haremos como cuatro horas, así que no se desespere. Como le digo, no está lejos, pero está complicado llegar.

Caminaron por terrenos en parte pedregosos, y cuando no, llenos de lodo y charcos; en parte peligrosos por lo angosto y empinados; muy agrestes, pero hermosos. Empezaban a doler los huesos de la zarandeada, resultado de pasar bordos y pozos.

–Aquí dejamos la camioneta, Melquiades; lo que falta nos lo echamos a pie.

–Sí, es mejor. Ha estado lloviendo, no nos vayamos a meter en un problema –contestó Melquiades.

–Bueno, profesor –dijo Chuyón– vamos acortando terreno.

Mientras caminaban, Francisco también platicó cosas de su familia y de cómo le hizo para estudiar, teniéndose que ir a la normal rural, porque no había dinero para más. Sin embargo, al ir contando un poco de su vida, no dejaba de admirar el paisaje y ponderar los riesgos que el camino ofrecía y que seguro le cobraría caro a quien descuidara sus pasos y su cautela.

–Todavía andaremos como una hora, así que paramos en el primer peñasco y desayunamos, para agarrar fuerzas, ¿o no?

–Cierto, Chuyón, ya hace hambre; sacaré los vasos desechables –dijo Melquiades– y veremos que nos preparó doña Esperanza.

–¿Quién estará en el campo, Melquiades?, ya se me olvidó el rol.

–Juancho, Trinidad, Salomón, Pedro y creo que también Tiburcio; les tocó de cortadores; a Agustín y Toño se les encomendó echar ojo. En un descuido, alguno de ellos nos corta el paso.

–Después de desayunar dando cuenta de los gorditas y del café de olla, reiniciaron la caminata. Melquiades tomó la carabina que había sacado detrás del respaldo de la camioneta y unos paquetes de la cajuela que se habían distribuido y caminaron al paso bajando y subiendo pendientes hasta que, después de una de ellas, se vieron unas laderas con claros por el desmonte y donde se veían campos de flores y hombres distribuidos en ellos; los de abajo los descubrieron y reconociéndolos levantaron los brazos en señal de que se acercaran.

–Mientras bajaban al primer claro, se fueron juntando los hombres de manera que cuando llegaron ya estaban ahí reunidos; después de abrazarse y hacerse bromas, Chuyón preguntó cómo iban las cosas.

–Vamos bien y a tiempo. Anoche llovió un poco, parecía que iba a durar toda la noche y pensamos que iba a estar complicado el trabajo, pero duró poco; eso sí, con un frío del carajo. Nomás Salomón y Pedro no tuvieron frío.

Todos rieron por el tono malicioso que usó Juancho.

–No empieces, Compadre; luego no aguantas, ¡eh! –dijo Pedro.

–Bueno, bueno... miren, él es Francisco; es el maestro. Algunos ya lo conocen y saben que es profe de sus hijos. Anda apurado, así que le echaremos la mano. A ver Pedro, tú que no sufriste frío, llévate al profesor y explícale todo: cómo se hace cada cosa. Volvamos a la chamba, muchachos; al rato nos juntamos. Traje una carnita y unas cerbatanas, así que comeremos bien.

–Mire, Profesor, no sé si las conozca. Estas flores son amapolas; ya están a punto de obtener de ellas la goma. Eso andamos haciendo; tenga esta navaja larga y estas jícaras; le voy a enseñar cómo se rayan los bulbos y se junta la leche que escurre. Ya ve, es fácil; se cansa más uno de agacharse o estar en cuclillas. Le recomiendo pensar en cosas bonitas mientras va juntando la leche, porque eso ayuda a tener paciencia y no desesperarnos... ¿cómo ve, ya agarró el modo de cómo hacerlo, profesor?

–Sí, Pedro, ya entendí; ahora a ver qué tal me sale esta pepena.

–Ya usted decida si sigue el surco o un pedazo en torno suyo, y así va avanzando como sea su inspiración. Bueno, lo dejo; cualquier duda écheme un grito.

Francisco apenas iba saliendo de su asombro, nunca imaginó que iba a estar en esa circunstancia. Revoloteaban sus pensamientos con temas morales, legales y los riesgos y la contradicción con la misión de su profesión; le sorprendió ver a vecinos del pueblo y empezó a comprender a dónde iban durante sus ausencias; entendió o supuso que todos estaban involucrados, que era el gran secreto del pueblo; imaginó de dónde venían los recursos con que se mantenían los empedrados de las calles, sus banquetas, las lámparas, el kiosco bien aderezado, la plaza hermosamente arbolada y sembrada de flores; y cayó en la cuenta que no de la obra del gobernador, quien, sin embargo, inscribía los logros en sus informes sin que le costara nada. Eso sí, embolsándose los dineros de lo presupuestado. Todo eso y más pensó mientras fue adquiriendo habilidad y llenando jícaras de leche, como otros vecinos hacían cuando no atendían sus labores

agrícolas, ganaderas o comerciales y guardaban así las apariencias. Se explicó de dónde proveía el dinero que no podrían obtener vendiendo sus cosechas de maíz, frijol, frutales, leche y quesos, que eran muy mal pagados por los coyotes y comerciantes mayoristas. Así, sin darse cuenta, el tiempo pasó rápido; un poco adolorido de las piernas, escuchó la voz que los llamaba.

–¡Eh, muchachos! Ya dejen eso por hoy. Vamos a comer. Mañana le seguimos otro rato, mientras que llegan los otros.

–¿Qué, Melquiades, te tocó ser el cocinero?

–Seguro, estas arracheras y costillas me quedaron a toda máquina; las cervezas van a estar al tiempo, pero seguro no les harán el feo.

Mientras comenzaron a comer, Trinidad pasó el contenido de las últimas jícaras a otros contenedores de plástico más grandes; el tamaño era el necesario para llevarlos a mano hasta donde habían dejado sus camionetas y así poder transportarlos a la “cocina”. Todo esto lo fue escuchando Francisco durante la comida; sus compañeros de faena se ponían de acuerdo sobre las tareas pendientes y qué responsabilidad tenían cada uno.

–¡Hey! Muchachos, ¿qué han pensado de lo que platicamos?

–Pues mira, Melquiades, aquí y en el pueblo hemos estado platicando y creo que coincidimos en que hay que empezar a pavimentar el camino de terracería.

–Y como dice Trinidad, principalmente arreglar el camino, pero también ver qué podemos hacer para tener telesecundaria.

–Pero más despacio, Salomón; se me hace que eso está más complicado.

–Y tú, ¿qué dices, Agustín?

–Yo, pienso como Melquiades, Chuyón: empecemos con el camino.

Así, tomando acuerdos, cayó la noche. Chuyón preguntó dónde tenían las carpas y le señalaron el sitio, una pequeña planicie, aunque bien resguardada por los árboles que hacían imposible verlas; apagada la fogata donde se había asado la carne, echaron un vistazo a los contenedores y se encaminaron a las carpas; ahí, Francisco supo cuál compartiría con Melquiades y Chuyón; había unos catres no muy cómodos con gruesas cobijas y almohadas. Cada uno escogió el suyo, se desearon buenas noches y pronto los venció el sueño escuchando los raros pero adormecedores ruidos de la montaña.

–El trajín afuera de la carpa despertó a Francisco. Era el último en levantarse. Chuyón y Melquiades estaban sentados en torno a una fogata donde una cafetera dejaba escapar olor a café.

Salomón sacó un frasco de vidrio en cuyo interior había huevos crudos; así los transportaban para evitar se rompieran los cascarones y se perdieran los huevos en el camino; vació el contenido en una cacerola donde se freía chorizo. En las brasas se calentaban unas tortillas de maíz.

–Ya estuvo el pipirín; les paso el sartén. Cada uno sírvase lo que quiera, nomás calculen no dejar nada en el plato; también el café está en su punto.

–¿Y los frijoles, Melquiades? Te faltó lo mero bueno.

–No se nos ocurrió traerlos, así que se aguantan.

–Sí, Toño, no tardan en asomarse los otros faeneros para que le sigan.

–Mientras trabajan ellos, nosotros nos adelantamos para cocinar la sabia y preparar los paquetes; tenemos pocos días para la entrega.

–Ánimo, muchachos, es el último jalón para entrar en calma hasta la nueva temporada en que vengamos a sembrar.

Todo iría bien si los soldados no localizaban el sembradío; habían tenido suerte otra vez, o alguien les había echado la mano desorientando al Ejército; igualmente no habían despertado la ambición de la competencia; estaban tranquilos; así, a medida que terminaron de desayunar, fueron bajando a los claros para seguir con el trabajo otro rato mientras la otra brigada llegaba a sustituirlos.

Arribaron a donde habían dejado la camioneta. No habían traído ningún contenedor, se los habían llevado los otros faeneros quienes todavía tenían el trabajo de procesar la goma en otro lugar más secreto del cual nadie daba alguna referencia o mínima pista. Otras cuatro horas de camino habían pasado; ya atardecido dejaron a Francisco en casa de doña Esperanza; obviamente, habiendo conocido los sembradíos, supo durante el camino más detalles, de cómo la miseria de sus vidas en la sierra y el olvido de las autoridades los fue llevando a esa actividad; cuánto discutieron los riesgos y cómo fueron desarrollando una especie de código de honor, el cual contemplaba jamás llevar el producto final a su comunidad ni ser consumidores. Tenían la convicción de que el mercado estaba en los Estados Unidos; sabían que allá se envenenaban muchas personas, pero era bronca de ellas. Aquí, en ese anonimato, ni siquiera se podrían imaginar quiénes eran, si eran

víctimas de su cultura o de sus problemas sociales. Allá que se las arreglaran en componer su comunidad podrida; esto era para ellos un simple negocio y nada más. Sólo le pidieron discreción.

Chuyón y Francisco convivieron otras ocasiones; de hecho cultivaron una profunda amistad, descubrieron gustos comunes por la historia, el ajedrez y el voleibol; a veces iban juntos al baile de algún poblado o simplemente vagaban por la sierra, cazando u observando aves, que fue otro pasatiempo que inventaron. A los pocos días de aquella experiencia, Francisco recibió una buena cantidad de dinero; saldó todas sus deudas y las de su mamá, incluso pudo hacer un buen ahorro. Durante los dos años que estuvo en Los Prados, Francisco, volvió al sembradío en otras tres ocasiones, cuando su mamá enfermó y tuvo que ser intervenida quirúrgicamente; también cuando un tío tuvo un grave problema; y la última fue ese fin de semana, pero nada más; había resuelto en un pragmatismo convenenciero el conflicto moral que le había acarreado su primera vez en los plantíos.

–Buena tarde, don Toribio, ¿cómo les ha ido por acá?

–¡Qué sorpresa, inspector! No lo esperábamos por estos días; pase, siéntese, ya sabe que esta es su casa.

–Le voy a tomar la palabra, este viaje ha tenido varios contratiempos; debí llegar en la mañana y mire la hora que es; ahora tendré que quedarme aquí.

–No faltaba más, inspector, ya le había ofrecido esta su humilde casa; será un honor que descanse esta noche y mañana cumpla con sus actividades. Sirve que platicamos un poco, así sabrá qué tal la estamos pasando.

–Seguro bien, ya vi avanzada la pavimentación del camino.

Don Toribio y el Inspector conversaron largo y tendido sobre varios temas, entre éstos, el quehacer de Francisco; después de cenar, acomodaron a Aníbal en una de las recámaras; recostado en la cama no pudo dejar de meditar profundamente lo platicado, a cuya consecuencia se sintió urgido de platicar con Francisco. Muy temprano, después de desayunar en la mesa de la familia de don Toribio, éste se despidió de su esposa y salieron de casa. El Inspector se despidió de don Toribio para encaminarse a la escuela. Toribio se dirigió a su oficina; en el camino pensó en la buena labor hecha por Francisco, había conquistado su admiración y respeto por la pasión puesta

en su labor; podría ser ejemplo para muchos al reconocer el fervor con que había cumplido los principios de la educación rural; pero en esta ocasión había decidido hablar muy seriamente con él.

–Buenos días, Francisco; buenos días, niños.

–¡Inspector Aníbal!, No esperaba su visita tan temprano. Es más, no la esperaba.

–Cosas del trabajo, tengo que hacer un informe especial que pidió el Gobernador a todos los inspectores y eso me forzó a realizar cambios en mi calendario de visita.

–Ahorita preparo los documentos, aquí los tengo a la mano.

–Olvídate de los documentos, me urge más platicar contigo; ponles una actividad a los niños y vamos allá debajo de aquel árbol.

–Ya tienen trabajo, Inspector. Me confunde su actitud, usted diga.

–Mira, Francisco, creo que sabes que en todo este tiempo te he tomado aprecio; quizá no te lo he dicho, pero eres de mis mejores profesores; reconozco tu entrega y valoro tu inteligencia; entiendo que estás a gusto aquí, pero creo que es el momento de cerrar esta etapa; estoy seguro que si pasas más tiempo aquí, será un desperdicio de tu persona; tú tienes un mejor futuro, desde hace tiempo que quería decírtelo. Mira, anoche platicué con don Toribio.

–¿Le dio alguna queja de mí?

–Calma, no te adelantes; no, al contrario, están muy contentos con tu trabajo. Pero anoche, después de platicar con don Toribio, medité que era el momento para motivarte a seguir tu trabajo en otro lugar y que vayas a la capital y sigas preparándote; tienes cabeza para cosas más importantes; como te digo, me parece que has cumplido aquí tu misión. Deberías pensar esto que te comento; sé que te has integrado muy bien a la comunidad y has hecho buenas relaciones, pero es tiempo que pienses en tu futuro, que estoy seguro no está aquí. Dime con toda sinceridad si no has pensado irte más cerca de tu familia, seguir estudiando, en fin, hacer otra vida.

–La verdad sí lo he pensado Inspector, pero luego veo a mis alumnos y lo que falta por hacer, y se me olvida ese asunto.

–Si me autorizas, Francisco, regresando propongo al director general que te cambie a la capital, al fin que tienes suficientes méritos; no será difícil, ¿qué me dices?

–Sí, inspector, estoy de acuerdo, le autorizo que haga ese trámite.

–Bueno, no te entretengo más.

–¿No va a revisar mis documentos de planeación?

–No los necesito, sé lo que encontraré; sólo firma este documento que tengo que anexar al informe; revisaré mi carcacha y me regreso. ¡Ah! Y gracias por aceptar mi sugerencia. No sabes qué peso me quito de encima.

–¿A qué se refiere inspector?

–A nada, a nada, no te preocupes, vuelve a tu trabajo, que oigo que están inquietos los niños.

Un día fue aceptada la solicitud de cambio de Francisco y se fue a la capital. Ahí siguió estudiando hasta lograr trabajar en una escuela secundaria, donde impartía clases de Historia. Con frecuencia se acordaba de su amigo serrano.

Una mañana se despertó con el propósito de ir a visitarlo. Habían pasado doce años, quizá ya hasta sería padre de varios niños, como él de dos niñas; quería saber de él y le molestaba no haber tomado esa decisión antes. Recordó la última ocasión que habló con Chuyón. En realidad no hablaron mucho, se habían enfrascado en un duelo muy interesante en el ajedrez, como sucedía a menudo. Recreó en su mente la escena en el salón de la escuela, en el cual casi siempre jugaban, lugar donde reconoció varias veces que era mejor jugador que él, aunque le daba buenas batallas y muchas veces le ganó a Chuyón.

–Te noto distraído, amigo, ¿te pasa algo? –Preguntó Francisco.

–No, nada especial; se han puesto un poco tensas las cosas, pero ya sabes, hay tiempos buenos y tiempos malos en que hay que andar con cuidado; pero tengo confianza que solucionaremos las cosas –le dijo mientras hacía su jugada.

Sin duda estaba preocupado, la última jugada le había abierto la puerta a Francisco para, en una jugada más hacerle, jaque y mate; pero no quiso sumar otra mala nota a la situación que estaba pasando.

–Sigues, ¿qué esperas? –dijo Chuyón.

–Me parece que dejamos el juego aquí, luego lo terminamos; vamos a jugar volibol, que se escucha que está emocionante. Oye nada más qué relajo traen.

A Chuyón le extrañó tanto el comentario, que le hizo ver el tablero; de inmediato notó el error que había cometido. A Francisco le fue obvio, al ver su rostro, que Chuyón se dio cuenta de por qué él no quiso hacer la jugada final de ese partido, supo que entendió la intención; lo vio

levantarse con una sonrisa en el rostro para darle un saludo de mano y juntos caminar hacia la cancha. Ese recuerdo aceleró el corazón de Francisco y creció su deseo de ir a la comunidad.

Bajó del camión como muchos años atrás lo había hecho, en la misma esquina de aquella vez, y revivió la primera visión que tuvo de la plaza; parecía todo igual; se encaminó a la oficina del Comisariado Ejidal y en el trayecto varias personas lo saludaron con mucho gusto. Reconoció a la mayoría, les dijo sus nombres y hasta los apodos que tenían. Encontrar a sus antiguos alumnos fueron caricias en el corazón, su emoción fue tan grande, que nubló su camino a la oficina; desde la puerta preguntó a una persona por don Toribio. Luego de invitarlo a pasar y a que se sentara, escuchó por respuesta del señor que estaba atrás de un pequeño escritorio, que don Toribio había muerto hacía tres años; le dolió saberlo y lo recordó con su clásico sombrero; se presentó con la persona y comentó que hacía años había sido maestro de ahí.

–Quise reconocerlo, profesor. Soy Luis López, entonces era ayudante o secretario; en fin, era amigo de don Toribio. Quizá no me recuerde, porque he adelgazado mucho y envejecido más, por la diabetes.

–Claro, claro, en realidad no lo reconocí, ha cambiado mucho. Vine a visitarlos, tenía ganas de volver al lugar de mi primer trabajo; quiero decirle que jamás he olvidado el gran apoyo que fue esta comunidad para mí, fue un soporte inesperado, una época de mucho aprendizaje y de mucho afecto recibido. Me da mucha tristeza saber que falleció don Toribio, me ayudó mucho, usted lo sabe, siempre lo tendré presente.

Tras un largo silencio, como si su pensamiento se hubiera remontado a aquellos años, preguntó: –Pero oiga, ¿qué me dice de doña Esperanza?

–Ahí sigue. Está en su casa, está muy malita, casi no se mueve. Ya ve, tan activa que era; ahora la cuida una sobrina; vaya a verla, le dará mucho gusto saber de usted.

–Sí, eso haré; en este momento voy para su casa. Muchas gracias. Déjeme darle un abrazo, don Luis; me dio mucha alegría verlo.

Caminó a su antigua casa, recibiendo saludos de personas que se cruzaban en su camino. A algunas las creyó reconocer, a otras no, pero todas lo saludaban como si vieran a alguien muy

importante; llegó a la casa y entró a la tiendita. No había nadie, pero al momento apareció una joven como de diecisiete años.

–Sí, diga, ¿qué se le ofrece?

–Buenas tardes, busco a doña Esperanza; soy el profesor Francisco. Hace muchos años viví aquí.

Eso decía cuando reconoció la voz de doña Esperanza:

–¿Quién es Marce?

–Un señor, tía. Dice que se llama Francisco –expresó la joven, al tiempo que metía la cabeza tras la cortina que separaba la tienda de la sala de la casa.

–¡Que pase, que pase!

–¡Muchacho! Francisco, ¿qué andas haciendo? ¿Cómo te ha ido? Estás igualito, hijo; dame un abrazo; cómo puedes ver, batallo para levantarme. ¡Qué alegría, qué alegría!

–Doña Esperanza. ¡Qué gusto abrazarla! Sí, me dijeron que ha estado un poco malita, pero la veo bien, con un poco más de aumento en sus lentes, pero nada más.

–No creas, los achaques no me dejan; mira, ha tenido que venirse a vivir conmigo mi sobrina, porque me cuesta trabajo moverme y estar de pie; ella es ahora mi ángel de la guarda.

–Como usted lo fue para mí. Y ya ve, yo mismo no creo que esté aquí, en este lugar tan significativo para mí. Y dígame, doña Esperanza, ¿qué razón me da de Chuyón?

–¡Ah, Chuyón! Tan buen muchacho. Venía de vez en cuando y siempre terminaba acordándose de ti, pero como nunca supimos dónde andabas, me imagino que se quedó con las ganas de escribirte; sólo deseaba estuvieras bien; platicaba de sus travesuras y aventuras, te tenía en buena estima. Un día vino temprano, se tomó un café y me dijo que iba a un asunto muy importante. Se le notaba preocupado y medio triste; no tenía esa chispa en los ojos; cuando le pregunté qué le pasaba, no dijo nada, sólo que tenía una tarea difícil y tenía un mal presentimiento; de pronto salió y trajo de su camioneta una bolsa de lona azul y me dijo:

–Esto es de Francisco, guárdeselo, doña Esperanza, por si algún día vuelve. Y se despidió, muy raro por cierto, porque me dio un abrazo, cosa que nunca hacía. El día siguiente fue un día muy especial, yo lo sentí como cargado de tristeza, así estuvo la mañana y aunque había sol, como que no era lo mismo. Serían las tres de la tarde cuando vimos entrar unas camionetas del ejército; por aquí no habían pasado, pero se veía venían bajando de la sierra, de esos caminos peligrosos; se encaminaron a la oficina del Comisariado Ejidal y le pidieron a don Toribio que viera lo que traían

en la parte de atrás de una de las camionetas; según me platicaron, don Toribio se acercó, se le aflojaron las piernas y casi cae de bruces; era el cuerpo de Chuyón, todo ensangrentado, el que estaba en la cajuela; le preguntaron si lo conocía, les respondió que sí, que en ocasiones visitaba el pueblo. «Pues ya no volverá», dijo el oficial. Y dicho esto, se fueron sin dar más explicación, cuando se había juntado gente. Como te has de imaginar, la noticia corrió cómo pólvora; don Toribio se fue a su casa, muy apesadumbrado, no podía creer lo que había visto, ahí se puso malo, se recostó y pidió llamaran al médico del Centro de Salud. El médico acudió a la llamada, pero llegó tarde: don Toribio estaba ya sin vida. Fue un infarto, según dijo el médico; eso fue hace tres años. ¡Quién iba a decir que morirían el mismo día!

—Nadie, profesor—continuó doña Esperanza levantando la voz en tono de enojo— nadie supo a ciencia cierta que pasó. Los amigos llegaron días más tarde; habían andado a salto de mata después de huir del sembradío cuando cada quien corrió a donde pudo y quién sabe cómo llegaron al pueblo. De Chuyón no sabían gran cosa, sólo que había ido a entregar unos paquetes. Pensaban que alguien los había delatado y por eso la patrulla militar había llegado a los sembradíos. Seguro encontraron al Chuyón, pero no imaginaban si antes o después de hacer la entrega; los soldados sólo traían el cuerpo, no paquetes ni dinero, eso dijeron. Como has de pensar, dio mala espina; además porque Chuyón no llevaba ni una resortera; no tuvieron duda que lo maltrataron mucho antes de matarlo, según don Toribio, que fue el último que vio el cuerpo.

Francisco, al ir escuchando el relato de doña Esperanza, sintió un dolor profundo, como nunca lo había sentido, se le secó la boca y sintió escurrir sudor por su frente y espalda; estaba realmente agobiado, como cuando murió su madre más o menos por el mismo tiempo; dos lágrimas salieron de sus ojos al tiempo que pausó la voz, sobreponiéndose para decirle a la viejita que sentía mucho la muerte de su amigo, que jamás había esperado encontrarse con esa noticia.

—Quédate a dormir, Francisco—dijo doña Esperanza— ya sabes, el camión de regreso pasa hasta mañana temprano. Aquí hay lugar para ti; siempre hay y habrá lugar para ti en esta humilde casa; cena algo y trata de descansar. Veo que te ha afectado mucho lo que te acabo de contar.

Subió Francisco al camión, después de echar una última mirada a la plaza, a las calles y a la gente que caminaba para ir a hacer sus cosas. Puso su maleta en la canastilla y la bolsa de lona que le

había dejado Chuyón la colocó en el asiento de lado; iba ensimismado, repasado lo que había descubierto. Vio correr ante sus ojos escenas vividas en esos años en que trabajó en la Escuela Vicente Guerrero; sus pensamientos corrían como un río a punto de desbordarse, atropellándose los recuerdos unos contra otros como queriendo ganar el centro de su mente; en eso estaba cuando tocó sin querer la bolsa de lona y cayó en la cuenta que no le había puesto atención. Se sentía algo duro, pero no producía ningún ruido. Abrió el bolso y sacó una caja de madera que perteneció a Chuyón; de inmediato la recordó: era donde se guardaban las piezas del juego de ajedrez, esa caja que tantas veces había abierto para sacar y acomodar las piezas sobre el tablero antes de pasar horas en interesantes batallas entre los negros y los blancos. Las piezas estaban envueltas en una camiseta. Reconoció que era la que él usaba cuando jugaban volibol y la cual había dejado en la camioneta de Chuyón un día antes de partir del pueblo; del fondo sacó una hoja de papel con el dibujo de un tablero de ajedrez. En él se observaba la torre derrumbada, el alfil atrapado, y el inminente jaque mate; sin duda, la conclusión de aquella partida que había quedado pendiente. Por la ventana, con la mirada perdida en el horizonte, repasó sus vivencias, recuerdos que se volvieron de oro puro en un proceso profundamente doloroso. No pudo contener el llanto como lo hizo en casa de doña Esperanza, dejó correr las lágrimas por largo rato hasta que quedó dormido. Se había cerrado un ciclo de su vida. Ahora enseñaría a sus dos hijas el juego del ajedrez; consideró que era la mejor forma de guardar para siempre en su corazón el valor de aquella amistad.

EL ESPADÍN

Era un atardecer del mes de abril en el pueblo de Sierra Mojada, Coahuila. El horizonte mostraba los últimos momentos de luz. Pronto, el sol bajaría tras la cúspide de la montaña color oscuro que daba la impresión de haber sido humedecida por la lluvia. El astro estaba alineado con la vieja calle principal que pasaba junto a la plaza y junto a la iglesia. Cuatro cuadras antes de que terminara el pueblo era posible pararse frente al portón de una solariega casona que, estando entrecerrado, sugería que alguien acababa de entrar.

Fue una niña como de diez años, que caminaba por el amplio zaguán lleno de macetas en su periferia, presta a atravesar el patio en cuyo derredor estaban dispuestas las habitaciones principales de la casa, la que se había introducido a la cocina y había dejado sobre la mesa una bolsa de papel de estraza con tal descuido que de ella rodaron un par de rosquillas azucaradas. Se dirigió al comedor donde, sentados a la mesa, otros niños jugaban y hacían bromas tratando de ser discretos; eran sus hermanos.

Su familia estaba integrada por siete hermanos: cinco hombres y dos mujeres. Dolores, la mayor, tomaba su lugar en la mesa mientras la madre sacaba el pan de dulce de la bolsa, lo colocaba en un platón y lo llevaba al comedor, poniéndolo al centro, donde había un canasto con una servilleta colorida de algodón que envolvía las tortillas de harina recién hechas y cuyo olor, desde hacía rato, había despertado el apetito de los niños y motivado su juego de querer descubrirlas aunque ya supieran el contenido de aquel canasto gracias a la experiencia de cada mañana, cada medio día y cada noche.

Atenodora, mujer guapa como de cuarenta años que no daba muestra de haber tenido siete hijos, había vuelto de la cocina con dos cacerolas de peltre de buen tamaño, una rebosante de frijoles y la otra de huevo con chorizo. Se sentó en su lugar. Estaba casi toda la familia, sólo faltaba el padre.

La madre observó que las niñas habían cruzado miradas luego de dirigirlas al lugar vacío, y dijo:

–Su papá luego cenará. Está en una junta muy importante, así que sírvanse lo que deseen.

Los niños tomaban su turno para servirse de las cacerolas, ayudándose unos a otros mientras la madre agregaba:

–Sólo recuerden, deberán comerse todo, sin dejar nada en sus platos; así que midan su hambre. Que quede satisfecha para que puedan dormir a gusto y sin tener pesadillas.

El tono jocoso había hecho reír a los niños acusándose uno a otros diciendo:

–Yo no, mamá, es Goyo el que luego despierta llorando.

–¡Eh, tú! ¡No te hagas! –respondió Goyo, dirigiéndose a Chema–, luego estás que te duele el estómago.

Las risas se escucharon libremente.

–¡Bueno, ya! Coman. ¿Qué no aprenden de sus hermanas?

Las niñas sonreían tapándose la boca con el pedazo de tortilla que habían cortado para acompañar el próximo bocado que estaba en el tenedor de cada una.

Atenodora se sentó en la mesa para cenar con sus hijos. Disfrutaba sus caras de satisfacción y observaba con cierto detenimiento sus rasgos, ademanes y gestos, que seguro le hablaban de sus respectivos rasgos de carácter y personalidad en ciernes; y así, quien iba terminando, esperaba que su mamá observara el plato vacío y con voz suave preguntara si no querían otra cosa; Elisa quiso un poco más de leche. Los demás guardaron silencio y a medida que iban acabando, acomodaban sobre el plato los tenedores, cucharas y el vaso mientras observaban a los retrasados con cierta mirada de premura, diciendo con ella que ya era tiempo para levantarse de la mesa. Creció la inquietud entre los niños, hasta que por fin su madre les pidió llevaran los trastos a la cocina y los dejaran sobre la mesa mientras ella recogía las cacerolas para seguir la rutina y preparar la papilla de avena en leche que daría al más pequeño de los hijos, todavía de brazos.

No tardaría en escucharse el barullo que armaban los hermanos en sus respectivos cuartos mientras se preparaban para ir a la cama. Los pasos de su mamá eran la señal para que se acurrucaran en sus lechos con la intención de conciliar el sueño; así, pronto la casa quedaría casi en un silencio sólo interrumpido por el ruido de los platos y demás utensilios de cocina que eran lavados y que servía un poco de arrullo pueblerino acompañado por uno que otro sonido de los característicos de aquel pueblo minero de Sierra Mojada, mismos que, poco a poco, por fin acallaron.

Cuando terminó la faena, la señora madre buscó su labor de tejido y se sentó a la luz de una lámpara que todavía se mantendría encendida en tanto no apagaran la planta de luz de la mina que

suministraba electricidad a las casas del pueblo. De vez en cuando echaba un vistazo por el postigo de la ventana, lanzando sus pensamientos quién sabe por qué rumbos y vientos.

Desde el comedor se distinguían dos siluetas en la cocina, la de ella y una masculina, un hombre alto de figura recia y espigada con indumentaria de trabajo de campo de la que era usual entre los norteros del desierto de Coahuila. Él ayudaba a Atenodora mientras intercambiaban palabras a media voz. Ella estaba acomodando en un morral alimentos para viaje: tocino, tortillas de harina, carne seca, tabaco, latas de frijoles, café y azúcar. Sobre una mesa cercana se podían observar cajas de parque, un revolver, carrillera cargada de balas de rifle, cerillos, algunos lienzos que daban idea de que podrían servir de vendajes en el futuro, dos navajas y un cuchillo de cacería con su funda; un par de veladoras pequeñas y, a un lado, el Wíchester recargado al costado de la puerta que daba a un pequeño patio; y junto al rifle, un lio de cobijas de lana y una chaqueta de cuero.

—¿Cuántos hombres irán, Gregorio?

—Somos cuarenta, entre mi personal, algunos mineros y otros jóvenes del pueblo; quizá lleguen otros dos que ofrecieron sumarse.

—Estaba preocupada por ti.

—Lo imaginé, Atenodora. Me tardé un poco más porque me tocó hablar con el Sr. Wilson, administrador de la mina, para que nos facilitara una máquina y cuatro furgones para llevar los caballos. Debemos concentrarnos en Cuatro Ciénegas al amanecer.

Los quinqués apenas daban la luz suficiente para hacer los preparativos, cuando de pronto Gregorio notó un movimiento que venía de la puerta del comedor y alcanzó a distinguir la figura media escondida de Dolores, quien con sigilo había llegado a ese sitio y observaba lo que sucedía. Gregorio se acercó a ella y la levantó en brazos preguntándole si se sentía mal o por qué no dormía. La niña le explicó que se había despertado al escuchar ruidos en la cocina.

Gregorio la sentó en sus piernas mientras su esposa terminaba la faena. La niña observaba media adormilada en el confort de los brazos de su padre, quien repasaba su cabello en afán de peinarle un poco el desorden de su cabellera, al tiempo que contemplaba con ternura a su hija mayor, seguro sin dejar de pensar qué depararía el destino para sus hijos y su familia toda, dada

esa trifulca que se había armado en Coahuila con la invasión de los orozquistas provenientes de Chihuahua en franca rebeldía al Presidente Madero.

–Está listo, Goyo –dijo Atenodora.

Él se levantó para entregarle la niña a su esposa a fin de empezar a agarrar lo preparado de comida y ponerlo en las alforjas montadas en el caballo, el cual se había hecho notar con el ruido de sus cascos sobre las baldosas del patio que daba al traspatio y a los corrales de la casona.

Cuando todo estaba preparado –el rifle en su funda, las alforjas amarradas a la silla de montar asegurada, las riendas en su lugar– Gregorio se dirigió a su esposa y a su hija y las abrazó, al tiempo que dijo:

–Ya deben estar en camino los demás del pueblo. Tardaremos unos días. No te desesperes, todo saldrá bien.

Montó su caballo, se dirigió al traspatio y salió por la puerta trasera de los corrales. Atenodora, quien había dejado a la niña en el dintel de la puerta de la cocina, se apresuró a pasar las aldabas de la puerta de los corrales después de ver alejarse y perderse en la penumbra al jinete. Regresó para llevar a la cama a su hija y esperar sentada junto a ella a que volviera a dormir.

En la estación, Gregorio encontró la máquina de patio y cuatro furgones colocados en la vía pegada a los edificios de carga de la estación; cerca de la rampa derecha estaban la mayoría de los hombres junto a su cabalgadura; platicaban en grupos de distinto número de personas; todavía esperaron unos minutos hasta que estuvieron todos los comprometidos, mismos que integraban una parte de la Fuerza de Seguridad del Estado, contingente que cobró forma ante las circunstancias previstas como la que se estaba viviendo ante la noticia de que el general José Inés Salazar invadiría Coahuila, por órdenes de Orozco, con seiscientos hombres de caballería.

–¡Vamos, compañeros! ¡Suban sus caballos a los carros de adelante! ¡Ustedes acomódense en el último furgón! –dijo uno de los rancheros– Avisen cuando estén listos.

Poco a poco fueron subiendo sus cabalgaduras a los carros de ferrocarril; habiendo metido todos los caballos, los jinetes se acomodaron en el último furgón, sentándose en el piso alrededor de los costados del carro para poder recargarse sobre sus cobijas en tanto escuchaban:

- ¡Listo el primer carro!
- ¡Listo el segundo carro!
- ¡También nosotros!
- ¡Váaaaamonos!

Estaba amaneciendo cuando llegaron a Cuatro Ciénegas. Los esperaban los de Ocampo, los de San Buenaventura, Nadadores, Sacramento y los de la congregación El Rosario. Pasando lista de los presentes, el coronel Emilio Salinas, sobrino de Venustiano Carranza, se dirigió a ellos desde la plataforma de un carro de ferrocarril.

-Acérquense para explicarles la situación; tenemos la responsabilidad de contener el avance del general Salazar, quien seguro trae la misión de tomar Monclova; no le queda otra que seguir el ramal Escalón-Sierra Mojada.

-Capitán, ¿atacaremos todos juntos?

-No, el primer hostigamiento se hará en Puerto de Jora. Ahí los de Ocampo y Sierra Mojada, que son los que mejor conocen el terreno, al mando del capitán Gregorio les harán frente; los detendrán lo más que puedan y se replegarán, al considerarlo oportuno, a Los Divisaderos; en ese sitio será lo más enérgico.

-¿Quién estará al mando en Los Divisaderos?

-Allí los atacarán las fuerzas del capitán Villarreal y del capitán Carrizales. Esperemos que los contingentes de Jesús Carranza y Pablo González los hagan fuertes. Si se pone difícil, se retirarán a El Salado lo más rápido posible. Todos debemos concentrarnos en El Salado para apoyar a los de Sacramento y El Rosario. El objetivo es que de ahí no pasen; de todas formas, Monclova está preparada por si no logramos nuestro propósito; pero estaremos de acuerdo que en El Salado los invasores no tendrán oportunidad de protegerse, porque el terreno es propicio para atacarlos por varios frentes. Por eso haremos una táctica de guerrilla a lo largo de su ruta. ¿De acuerdo?

-¡De acuerdo, coronel Salinas!

Aclaradas las dudas, se dieron mandos y repartieron los hombres; desayunaron con rapidez y, conforme terminaban, cada contingente salió a tomar las posiciones asignadas.

En Sierra Mojada había mucha inquietud; habían pasado casi siete días de la salida del pueblo del puñado de hombres que ahora sabían a ciencia cierta que habían sido convocados por el gobernador Venustiano Carranza para reintegrarse en un grupo armado que enfrentaría a las fuerzas oroquistas que habían entrado a Coahuila; estos hombres formaban parte de los contingentes de irregulares, veteranos maderistas que no se habían licenciado después de los Acuerdos de Ciudad Juárez.

Las señoras intercambiaban comentarios, haciendo corrillos en cuanto oportunidad se presentaba; estaban a la expectativa de la llegada de algún viajero que pudiera traer noticias; así juntaban datos de los movimientos y encuentros de los irregulares con las fuerzas de Orozco. Había más dudas que certezas y fue notoria la asistencia de las señoras en la iglesia, que se convirtió en centro de comunicación, lo cual aprovechaba el cura del pueblo para organizar misas y oraciones cada tarde ahora que tenía contingente.

Caía la noche. En casa de Gregorio había transcurrido lo cotidiano: las niñas habían ayudado a llevar platos y enseres usados durante la cena en la cocina y se preparaban para dormir; sólo Lolita, la mayor, acompañaba a su mamá, quien seguía acomodando los trastes lavados; eran cerca de las nueve de la noche cuando escucharon ruidos provenientes de los corrales; quedaron inmóviles un momento poniendo atención a los ruidos que se iban definiendo. Se escucharon cascos de caballo y al rato los pasos de alguien que se detuvo en el dintel de la puerta de la cocina; el olor a pólvora era penetrante y provenía del hombre que se paró frente a ellas; de momento no lo reconocieron, había desaparecido el color de su piel bajo una máscara oscura de suciedad; era Gregorio que había regresado después de quince días de ausencia. Se acercaron y se fundieron en un abrazo. Para Lolita aquella escena quedó imborrable, recordó toda su vida ese momento y perpetuó la impresión que causó su papá irreconocible y penetrado de los olores del fervor de las batallas, el sudor de días y tierra, todos mezclados con el olor de la pólvora.

Gregorio, tras de participar en otras batallas para contener una segunda invasión de los oroquistas al mando de Marcelo Caraveo, también con el logro de expulsarlos del territorio coahuilense, recibió la noticia del golpe de Estado contra el presidente Francisco I. Madero; las circunstancias lo obligaron a seguir perteneciendo a las fuerzas militares, pero en el Ejército Constitucionalista; durante todo ese tiempo fue el comandante en Sierra Mojada. Luego del triunfo

del gobernador Carranza sobre Victoriano Huerta, y cuando parecía que en el país se asentaba una época de paz y de reconstrucción durante el gobierno de Carranza, volvió la violencia a rebelarse; en esta ocasión los obregonistas contra Carranza. Tras el asesinato del presidente Carranza, las autoridades mantuvieron a Gregorio en el mismo puesto, solo que ahora dependiendo de las instancias civiles; sus hijos mayores apenas habían rebasado la adolescencia y hacían planes para ir a estudiar a la capital; los propósitos tuvieron que aplazarse cuando una mañana Gregorio no pudo levantarse.

–Chema, corre a la casa del doctor dile que tu papá se siente mal, que nos haga el favor de venir a verlo.

–Pase doctor, a la recámara por favor.

–¿Qué te pasa Gregorio?

–Hace un rato que me siento mareado, me duele el pecho, siento molestia en el brazo izquierdo y batallo para respirar, estimado amigo.

–Ya te revisé, Gregorio, y tu cuadro es delicado; no te voy a engañar, espero que con esto que te voy a inyectar cambie el panorama. Guarda absoluto reposo.

–Ha sufrido un colapso cardíaco –le dijo el doctor a Atenodora al salir de la habitación–, le acabo de decir a su esposo que su salud está en un momento crítico; cualquier cosa me llaman por favor.

En efecto, se comprobó el diagnóstico del doctor Clark; como a las cuatro de la tarde, Gregorio murió. Lo velaron esa noche y al día siguiente su familia y amigos depositaron su cuerpo en el panteón de Esmeralda. Atenodora pasó una tarde muy amarga y no dejaba de abrazar a sus hijos, quienes tampoco entendían por qué había pasado lo que pasó. Ahora le tocaba la más dura tarea que puede tener una mujer en esas circunstancias: sacar adelante a sus diez hijos, labor nada sencilla en una comunidad con tantas limitaciones.

Las cosas habían cambiado desde la muerte de Gregorio, las atenciones de los comerciantes que con él tenían no se manifestaban en las mercancías que mandaban a la casa; extrañaban los paquetes que enviaba el carnicero, o el pan que hacía llegar el panadero en ocasiones con alguno de los hijos, los quesos y leche que le regalaban al Comandante; todo eso empezó a menguar a medida que se

alejaba en el tiempo el momento de la despedida a las puertas del camposanto. Los hermanos mayores habían tenido que ingresar como mineros, Lolita la mayor se empleó como maestra en la escuela, dado que en esa época era común que los alumnos adelantados se convirtieran en profesores. Una tarde de domingo, Atenodora llamó a sus hijos a la sala de la casa; sentados todos, de manera pausada, les dijo:

–Hijos, los he reunido porque quiero comentarles que vamos a tener que vender algunas cosas para sacar adelante los gastos; ya vendí las pocas joyas que tenía, ya ofrecí algunos muebles que no son necesarios y también los pocos animales que han estado cuidando y que son costeables a mediano plazo; hay que atender lo urgente, lo he pensado bien, pero quería platicarlo con ustedes.

–Estamos de acuerdo, mamá –dijo Lolita–, ya habíamos platicado mis hermanos y yo en esa salida y te lo íbamos a proponer.

–Sí, mamá, ya ves que lo que pagan en la mina es muy poco; no pensábamos que pagaran tan mal a los mineros –dijo Goyo.

–¿Y por qué no has atendido el llamado de los parientes de papá?

–Tengo mis razones, así que ese es asunto cerrado, ni hay que hablar de él.

En efecto, Atenodora, sin entender por qué razón, había hecho caso omiso al llamado que hicieron los parientes de Gregorio, quienes la invitaban a que fuera con sus hijos a San Benito, Texas, donde Gregorio tenía propiedades que ahora eran de su familia; nunca accedió a la invitación. ¿Qué secreta razón había en el fondo de esa negativa? Nadie lo sabía, nadie lo supo jamás.

Lo que sí sabían todos era el apego que Ricardo, uno de los hijos pequeños, quien contaba con escasos siete años y medio de edad, tenía a un objeto que perteneció a su padre. Desde que él vivía le gustaba pedirselo para verlo, sostenerlo entre sus manos, admirar los adornos dorados de su funda, la cabeza de águila de la empuñadura y el brillo plateado de la hoja, e intentaba ponérselo, aunque era imposible por su corta edad ajustarlo como debía. Hacía reír a su padre, quien disfrutaba verlo batallar con el espadín cuando intentaba portarlo. Sabiendo donde lo guardaba su papá, cuando había oportunidad abría, como podía, el ropero y lo veía colgado en la parte interior de una de las puertas. Nadie se explicaba la extraña fascinación que el espadín de su padre despertaba en él; tampoco imaginaban que lo sentía de su propiedad y esperaba el día en que pudiera usarlo, o al menos colgárselo en su cintura, verse en el espejo y comprobar así que se parecía a su papá cuando portaba el uniforme de gala de los oficiales del ejército.

–Ricardo, Ricardo...

–Aquí estoy mamá, ¿qué se ofrece?

–¿Cómo te fue en la escuela?

–Pues igual que siempre mamita, puro leer y contar.

–Ya es hora de que lleves la comida a tus hermanos; aquí están las viandas. Ponte sombrero porque a esta hora el sol pega como plomo.

Pasaba el medio día. Las calles del pueblo lucían vacías, los comercios habían hecho un paréntesis; era la hora de la comida y de la siesta. Ricardo salió de su casa y caminó por la calle principal hasta llegar al punto en que se bifurcaba en el camino a Cuatro Ciéneas y el de la mina. Se entretenía viendo los aparadores y observando cómo las casas y establecimientos estaban prácticamente desiertos con sus puertas abiertas. Un signo de una comunidad donde prácticamente todos se conocían sin desconfiar de nadie.

Ricardo cruzó la calle enfrente de la peluquería del pueblo; podía ver el gran sillón, los espejos y sillas para los clientes. De pronto algo familiar llamó la atención: colgado del perchero estaba un espadín; del dintel de la puerta lo observó un poco. Intentó entrar a la peluquería, pero tenía que proseguir porque se había escuchado el silbato de la mina y pronto había que llevar las viandas con la comida para sus hermanos; apenas le daría tiempo de encontrarlos cuando salieran del tiro de la mina y fueran al espacio dispuesto para que comieran los mineros.

–Hola Ricky, ¿cómo te fue en la escuela? –le preguntó Chema.

–Bien, lo mejor fue el recreo.

–Ja, ja, me imagino –dijo Beto–, se me hace que no te gusta la escuela.

–Sí me gusta, pero me gusta más el recreo porque jugamos beisbol con el profesor.

–Vamos a ver qué nos mandó mamá antes de que se enfríe.

Todo el tiempo que esperó, mientras sus hermanos comían, estuvo inquieto haciendo memoria de cuando había sido la última vez que había abierto el ropero para ver el espadín de su papá. Tenía la cabeza llena de dudas y ya le andaba que terminaran de comer para regresar a casa. Ricardo se despidió de sus hermanos, quienes con afecto le dieron un coscorrón al tiempo que Beto le decía:

–Vete con cuidado, no te vaya a atropellar un burro.

Acomodó las viandas en el aparador y emprendió el camino de regreso; ya sabía a dónde dirigirse y apuró el paso. Hizo alto en la peluquería. Notando que todavía no llegaba don Juan, el peluquero, entró en ella dirigiéndose al perchero de pared. Se acercó lo más que pudo al espadín y lo observó con cuidado. No había duda, lo conocía perfectamente, era el espadín de su padre. Pero, ¿qué estaba haciendo en ese lugar? Trataba de explicarse por qué el espadín pendía ahora del perchero de la peluquería.

Observó a su alrededor, vio una silla y se dio cuenta que si la acercaba podría subirse y alcanzar el espadín. Dejando las viandas a un lado, arrastró la silla hasta que estuvo en el sitio adecuado, descolgó el espadín sólo para comprobar que era el de su papá: ahí estaba grabado su nombre. Lo primero que pensó fue en llevárselo; ese espadín era suyo, no tenía por qué estar en ese sitio; pensó que a esas horas no había nadie en la calle, seguro no habría quién lo viera sacarlo y llevárselo a su casa.

Ahí debía tener cuidado. Se imaginó entrar por el corral y luego esconderlo en el pequeño espacio que sirvió de granero; nadie se daría cuenta, ahí guardaría su tesoro, no diría nada; ya se las arreglaría para ir a verlo de vez en cuando. Sí, era perfecto. Dejó en el piso el espadín y acomodó la silla en el lugar donde estaba. Se preparaba para salir, cuando se detuvo a pensar en el acto que iba a realizar. ¿Significaría un robo? Debatía su creencia de que el espadín era de su propiedad y por tanto no debería estar en la peluquería; también pensaba y cuestionaba si algo había sucedido y su sustracción implicaba una acción que le habían dicho jamás debería realizar; le habían inculcado que tomar cosas ajenas era incorrecto, que aún si encontrara un objeto o pertenencia y no supiera quien pudiera ser el dueño, debería intentar identificarlo y devolverlo; pero según su plan, nadie se daría cuenta. Tendría cuidado de ocultarlo; no comprendía por qué había encontrado el espadín en otro lugar. Tenía, sin embargo, la sensación de que no le pertenecía; se le hicieron eternos los minutos en que estaba decidiendo qué hacer; su corazón se había agitado y la respiración se había acelerado, era una mezcla de apremio y miedo; finalmente dejó el aparato de la viandas y se dirigió otra vez a la silla para moverla como antes, sintiendo que el tiempo se le acababa subió a la silla y volvió a colgar el espadín donde lo había puesto el peluquero.

Acomodando la silla en su lugar, tomó las viandas y se asomó a la calle para percatarse de que nadie lo viera salir; antes de bajar los escalones volvió la vista al perchero, como para despedirse del espadín; con cierta premura dio los primeros pasos, para luego con más calma, y

regularizada su respiración, alcanzar la acera de enfrente y correr hasta su casa. Tocó en el portón en dos ocasiones. Todavía contrariado respondió a su hermana Elisa, quien preguntó cómo le había ido.

–Bien Licha, todo estuvo bien–.

–¿Está fuerte el sol? Estás sudando.

–Sí, es que me vine corriendo

–Y eso, ¿por qué?

–Es que me pasó algo.

–A ver, pláticame; vente, vamos a la cocina y ahí me platicas.

–Sólo que me tropecé y tiré las ollitas, tuve que recogerlas en medio de la calle, porque rodaron todas; me dio vergüenza caerme y me vine corriendo.

Ricardo guardó en secreto su experiencia por muchos años; con el tiempo se hizo beisbolista profesional y cuando sus facultades menguaron consiguió trabajo en oficinas de gobierno, al tiempo que estudió contabilidad y se hizo hábil en cuestiones administrativas; sin embargo, hubo una época en que no duraba mucho en los puestos que le asignaban, había desarrollado una extraña resistencia a los malos manejos y entraba en conflicto con sus jefes cuando hacían mal uso del dinero público. Con el tiempo fue más tolerante al comprender que era demasiado cansado estar siempre nadando contra corriente; fue desarrollando estrategias para durar más en sus tareas sin tener problemas, de hecho se las ingenió para nunca participar en los cochupos; fue logrando templanza en sus reacciones ante actos indebidos hasta hacerlo un hábito que les parecía exagerado a sus compañeros de trabajo al considerar su cero tolerancia a esas prácticas generalizadas en la administración pública. Cada vez que detectaba algo anormal, volvía a su mente la primera vez que hizo aplicación de sus valores morales, aquel mediodía que tuvo la idea de llevarse el espadín que había sido de su padre y que su madre por necesidad había vendido al peluquero.

Ya jubilado, en ocasión de una reunión familiar, de esas sin planeación alguna, donde habían coincidido varios hermanos y la cual fue derivando en recordar y contar anécdotas de su niñez y juventud, Ricardo tomó la palabra y dijo:

–Les voy a platicar algo que me pasó estando yo muy chico; nunca lo he platicado, aunque lo he recordado en infinidad de veces a lo largo de mi vida.

–Ricardo –dijo su hermano menor, Jesús– qué bonita y edificante anécdota nos has compartido; aunque no entiendo por qué la habías guardado tanto tiempo; quiero decirte, sin

embargo, que siempre he admirado tu rectitud y tu apego a la verdad, pero no imaginaba que se alimentaba en aquella decisión tomada hace más de sesenta años en que el Yo le ganó al Ego. Una hermosa y digna añoranza que hace presente a nuestro padre en tu pensamiento.

–Por cierto –dijo Gila– llegó a la casa de Coahuila una invitación que hace el candidato a gobernador para quien quiera acompañarlo en su primera gira de campaña, la cual será en la región del desierto; así que si se animan, me dicen. El camión especial saldrá de la Casa de Coahuila el próximo domingo; de ahí iremos a Saltillo, de donde saldremos el lunes en la madrugada a Cuatro Ciénegas, Ocampo y Sierra Mojada; será bonito sin duda porque el viaje se hará en tren, así que imaginen.

–Yo voy –dijo Leonor.

–Yo también me anoto –dijeron Ricardo y Jesús.

–Será interesante volver los cuatro a nuestro pueblo; y emocionante, porque el viaje será en ferrocarril.

De la estación de Sierra Mojada, el contingente caminó a la Plaza de Armas; ahí sería el mitin popular; Ricardo, tratando de recuperar imágenes de su pueblo y comparando con lo que veía, de pronto centró su atención en la fachada de una casa; quiso reconocer en la construcción aquella peluquería, pero no estaba seguro porque había ahora en ese lugar una tienda de abarrotes; se desprendió del grupo y entró en ella; saludó a una señora de pelo cano como de setenta años. Luego de la presentación entre sí, preguntó...

–Disculpe mi pregunta, señora Gloria, ¿sabe si alguna vez este local fue una peluquería?

–Sí, en efecto –dijo la señora–, aquí estuvo El Mostacho, una peluquería que fue de mi abuelo y luego de mi padre, pero como nadie siguió el oficio, la familia decidió, hace muchísimos años, instalar esta tienda.

–Estuve en ella muchas veces; aquí nací, en este entrañable lugar, y cuando niño viví unas cuadradas adelante, pero de las veces que la visité por necesidad hubo una que fue muy significativa; nunca pensé volver a esta finca y mire, aquí estoy gracias a la invitación del candidato; si me permite y tiene tiempo, mientras inicia el mitin le platicaré a que me refiero.

–¡Qué interesante su historia! Algo sabía, no de su historia, sino de otra que alguna vez mi padre platicó al responder una pregunta mía; espéreme un poco, voy a mi recámara, no me tardo.

Cinco minutos después, regresó, al tiempo que decía:

–Perdone, es que estaba en una maleta arriba del ropero y me tardé en bajarla; a mi edad batallo un poco; mire –entregando a Ricardo una bolsa de terciopelo azul marino con ribetes dorados– vea lo que está dentro.

Ricardo tomó la bolsa, sintió el peso y al tocar el objeto su memoria dio un salto a tiempos lejanos; pareció adivinar de que se trataba al tenerlo entre sus manos, lo cual se confirmó al sacar su contenido.

–No puede ser, señora Gloria, jamás pensé vivir este momento, pero sí es, aquí se lee el nombre –entre cortada su voz por la emoción, terminó su frase– de mi padre.

–Sí, señor. Es el espadín del cual me ha hablado; lo recordé en cuanto narraba lo sucedido.

–¡Qué emoción tan grande señora, qué enorme alegría! Esto es increíble. Discúlpeme, se me han nublado los ojos, señora, es que recordé la última vez que lo tuve en mis manos.

Se hizo un largo silencio, como si ninguno de los dos atinara qué decir.

–Veo que todavía no sale de su asombro, casi llora. Permítame el gusto de regalárselo; quiero que se lo lleve y lo guarde; ese espadín es suyo, siempre lo fue, consérvelo, a usted le pertenece, señor Ricardo. Me hace feliz este momento, ¡no sabe cuánto! El sólo ver la alegría que irradia usted de tenerlo en sus manos, me dice que valió la pena guardarlo tanto tiempo. ¡Ahora entiendo el deseo de mi padre y lo que sintió cuando me contó su historia!

ROMANCE FUGAZ

«Se anuncia a los pasajeros que el tren Águila Azteca, proveniente de Laredo, está entrando a la estación. ¡Favor de pasar al andador uno, para su abordaje!».

Roberto tomó su maleta dirigiéndose a la zona de andadores; el tren había llegado a tiempo; estaba de suerte, había pensado que vendría retrasado como era frecuente.

–Disculpe señor, éste es mi boleto ¿cuál carro debo abordar?

–Déjeme ver joven... Primera de Pullan. Es el carro 2040, dos vagones adelante de donde estamos. Puede tomar el asiento donde guste, no están numerados.

–Muchas gracias.

–Que tenga bien viaje.

Roberto observó desde la puerta del carro para poder localizar algún lugar donde poder acomodarse; vio uno del lado derecho que estaba vacío en sus dos asientos.

–Señora, disculpe, ¿está desocupado este asiento?

–Sí, joven no lo ocupa nadie, siéntese usted.

–Gracias, señora, voy a acomodar mi maleta, con su permiso.

Ya acomodado, después de poner su maleta en la rejilla de la parte superior y colocar su chaqueta en el asiento de lado, dijo a la señora:

–Seremos compañeros de viaje. ¿A dónde va usted?

–A la Ciudad de México, joven; subí al tren en Monterrey.

–Igual yo, también voy a México; qué bueno que va a tiempo el tren, así llegaremos muy temprano.

–A media mañana joven, si no tenemos ningún contratiempo.

Acabando de decir esto la señora, se escuchó el usual «¡Vámonos!» y el tren poco a poco fue moviéndose. Por la ventana, Roberto observó pasar los edificios de la estación, luego una zona de movimiento de trenes, más adelante las calles y luces de Saltillo, que en pocos minutos fueron quedando atrás.

No tardó en llegar un auditor que fue solicitando boletos a los pasajeros que recientemente habían subido al tren; mientras, la señora le contaba a Roberto que iba a ver a una hija que pronto

daría luz a su tercer nieto; que la habían dejado en la estación de Monterrey su otro hijo y sus nietos mayores, con mil recomendaciones de por medio y una bolsa con algunos bocadillos, por si le daba hambre en el camino.

–Les dije que no era necesario, que en el tren había un vagón-comedor por si se me antojaba algo de comer; pero insistieron para que no tuviera que moverme de un carro a otro hasta llegar al comedor. Ya sabe, a veces ven a los abuelitos un poco más inútiles de lo que realmente somos – dijo riendo afablemente–. Por cierto, me llamo Oralia Garza Villarreal; como debe imaginar, en Monterrey somos muchos Garza Villarreal.

–Sí, también en Saltillo, con eso que fundaron estas ciudades las mismas familias; pero yo no me apellido así, soy Martínez González y me llamo Roberto. Voy a un examen profesional de un primo muy querido que recibirá su título de médico cirujano; yo soy tres años mayor que él, pero convivimos mucho de niños, es como mi hermano, aunque en eso de los estudios tomamos caminos distintos, yo soy, desde hace poco, ingeniero agrónomo, de los que vamos a salvar a nuestro país, haciéndolo autosuficiente.

–Voy a comer estos emparedados, joven; y a tratar de dormir un poco; miré, hasta me dieron dos cobertores ligeros para los viajes, usted disculpe.

–Me dio buena idea, iré al vagón-comedor a ver qué encuentro para cenar.

–Sí, joven, ya me platicará qué tal está el servicio, porque eso sí, no me dieron desayuno – dijo soltando una sincera carcajada.

Preguntó a un operario que pasaba cuando se levantaba de su asiento, dónde quedaba el carro-comedor; indicándole, al tiempo que señalaba la dirección, que pasando los carros dormitorio; era el último vagón del tren.

Llegando al comedor, observó que estaba prácticamente lleno. Solo había un lugar en una mesa de dos plazas donde había una mujer de quien solamente veía su espalda y larga cabellera; se dirigió a la mesa y, colocándose de frente a la mujer, le preguntó si estaba desocupado el asiento libre.

–Sí –dijo la señorita.

–¿Puedo acompañarla? Vine a cenar, pero mire está todo ocupado...

–Por supuesto, tome asiento.

–Gracias, muy amable; veo que apenas empieza su cena.

–Acaban de traer mi platillo; huele bien, espero que así sea su sabor.

Terminaba de decir eso la joven cuando llegó el mesero, dándole el menú y preguntando si deseaba tomar algo.

–Sí, tráigame la misma bebida que le trajo a la señorita; es más, tráigame el mismo platillo, se ve delicioso.

–Sí, señor, con gusto le traigo el vino tinto y ordeno su platillo.

–Me adelanto, disculpe que no lo espere –dijo ella.

–Sí, claro señorita, adelante, no se preocupe; frío no sabría bien.

Roberto quedó en silencio viendo a la joven, calculó tendría más o menos su edad. Hermoso rostro moreno claro, ojos negros enmarcados en largas pestañas y pobladas cejas, nariz recta y unos labios carnosos bastante apetecibles.

–Está muy sabrosa la carne y el espagueti está esplendido –dijo la chica–, le va a gustar. ¡Salud, joven!

–Roberto, por favor, me llamo Roberto.

–Yo Ana del Carmen; mucho gusto.

Pronto le trajeron el plato con el filete con su *gravy* y un espagueti en salsa blanca. Acomodó el mesero un pequeño canasto con pan rebanado y llenó la copa de ambos comensales; luego que respondieran afirmativamente a su pregunta.

–Cierto, está muy bien preparado; me sorprende, no creí que tuvieran este nivel de servicio en el tren; veo que está leyendo *Cien años de soledad*.

–Sí, es mi segunda lectura de la novela. Me encantó la primera vez que la leí, que no pensé dos veces traerlo para releerlo durante el viaje.

–Ya lo leí también. Soy un bicho raro, me gusta leer, cosa extraña en un ingeniero; de hecho me lo regaló mi padre, él es maestro de literatura en las preparatorias de Saltillo.

–Ha tenido mucho éxito, apenas han pasado unos meses desde su publicación y ya tiene dos ediciones. Según han comentado en el círculo de lectura al que asisto, el próximo marzo se editará en inglés; demasiado rápido. Apunta a ser una obra de gran éxito. Quizá el mejor del 68 por venir, aunque lo editaron este año.

–Así es, señorita. Cuando estaba por terminarlo de leer, pensé en que no quería que acabaran las hojas; fue un libro que me atrapó desde sus primeras páginas.

–¿Dice que es ingeniero?

–Sí, ahora me dedico a sembrar trigo y a cultivar manzanas en la Sierra de Arteaga. Trabajo para una familia muy poderosa que procura estar al día en cosa de técnicas agrícolas y de comercialización y paga muy bien, afortunadamente. No he tenido necesidad de buscar emplearme en la Secretaría de Agricultura, como ha sucedido con muchos compañeros míos. Prácticamente ahí consiguen trabajo casi todos; son pocos los particulares que emplean técnicos y expertos en mi área profesional. ¿Y usted? Tiene cara de psicóloga.

–Ja, ja, ja... no, me gusta y en mi campo es muy socorrida la psicología, pero no, soy educadora especializada en educación especial. Trabajo con niños que padecen Síndrome de Down.

–¡Qué interesante! Me imagino... más bien creo que quienes trabajan con esos pequeños tienen una gran empatía por la humanidad. Confían plenamente en sus recursos, piensan más en sus posibilidades que en sus limitaciones para así sacarlos adelante e incorporarlos a la vida normal; sin duda que es una tarea muy significativa y trascendente.

A Roberto le sorprendió lo atenta que estaba la chica con sus palabras; quizá no imaginaba que un ingeniero, dedicado a la tierra y a los vegetales, tuviera esa sensibilidad; especialmente notó su interés cuando hizo una analogía de su especialidad con la suya y refirió que ambos trabajan con promesas, con semillas que necesitaban mil cuidados para que completaran su ciclo y se multiplicaran.

A medida que prosiguieron en su diálogo y fueron dándose confianza para hablar de diversos temas y fases de su vida; parecía que se conocían de mucho tiempo; habían recobrado incluso su buen humor celebrando las bromas y malas pasadas que la vida les había jugado, aunque en el momento de vivirlas les hubieran parecido casi fatales; ahora, al platicarlas, recordarlas y compartirlas, les supieron sacar el lado bueno y hasta reírse de ellas en una especie de sanación. Al revisar lo dicho por su acompañante, Roberto pensó que era casada y casi estaba seguro que estaba pasando por una decepción amorosa, quizá una infidelidad. Había un dejo de tristeza en sus relatos que, era obvio, trataba de disimular; sin embargo, no consideró prudente indagar más de la cuenta; podría echar a perder el momento agradable que estaban viviendo si la chica sentía que estaba invadiendo su intimidad.

Sin que lo notaran, la gente fue dejando el carro-comedor mientras ellos pidieron varias veces que rellenaran sus copas. Cuando cayeron en la cuenta de que estaban prácticamente solos, quedando únicamente los trabajadores que limpiaban las mesas y acomodaban vasos y copas en la

barra para que todo tuviera buena presencia la mañana siguiente, sin pensarlo mucho, Roberto preguntó:

–Perdón, ¿a qué hora cierran el carro?

–Todavía falta que terminemos de hacer el aseo. Además, no cerramos; el carro queda abierto. Sólo ponemos bajo llave las bebidas; por cierto, ¿les servimos otra copa? –preguntó el mesero.

–Sí, –dijo Ana del Carmen– y denos la cuenta.

–Enseguida.

–Pagamos entre los dos –agregó ella.

–De ninguna manera. Déjeme invitarla por el enorme gusto de haberla conocido y en agradecimiento por haberme permitido compartir la mesa y pasar esta velada, que está resultando magnífica e inolvidable.

–¿Podemos salir del carro por atrás? –preguntó Ana del Carmen cuando el mesero trajo la cuenta.

–Por supuesto, sólo déjeme ver que los barandales estén asegurados –dijo el mesero encaminándose a la puerta trasera y regresando para decirles:

–Todo está bien. Pasen, pueden llevar sus copas. No hay problema.

Salieron para encontrarse con una brisa un poco fresca, pero soportable, sobre todo al ver el magnífico paisaje que la luna llena permitía ver en todo su esplendor; el característico ruido de las ruedas del tren avanzando por los rieles, el cielo estrellado y la cálida plática que parecía interminable... todo habría sido una escena estupenda que el pintor más romántico hubiera deseado eternizar en un lienzo. De pronto, hubo un silencio; la brisa había echado encima del rostro de Ana del Carmen un poco de su pelo; Roberto vio con profunda ternura esa hermosa cara sin percatarse de la cercanía entre ambos. Ella levantó la vista y vio muy cerca el rostro de Roberto al tiempo que sintió que su mano acomodaba el mechón en su cabellera para despejar su rostro repasando el perfil de su mejilla con el dorso de sus dedos; Ana del Carmen presintió qué seguía cuando sus labios sintieron los de Roberto. Quiso resistirse, pero se hubiera engañado; también deseaba ese beso y el calor de sus brazos.

Roberto, que pensó que podría cometer un error al buscar sus labios siguiendo su intuición de algo también deseado por Ana del Carmen, sintió una calma mágica y luego cómo hervía su sangre al notar que los dos estaban disfrutando de aquel contacto. No hubo palabras después de

varios prolongados besos; ella se puso de espaldas a Roberto y éste la abrazó para juntos contemplar la noche; así estuvieron un rato, cada quien ensimismado en su pensamiento, quizá queriendo explicarse qué estaba sucediendo, hasta que Roberto, tomándola por la cintura, la tornó frente a él para volver a besar sus labios. Perdieron la noción del tiempo. Hablaron sobre lo inesperado de la situación, pero también de la alegría de estarla viviendo; hablaron del destino, de por qué sus caminos se habrían cruzado; de esa atracción que surgió como una gran ola que los inundó sin remedio; no se atrevieron a decir que alguien los esperaba, aunque más por costumbre que por necesidad profunda. Repasaron sus vidas y sopesaron sus lastres; el momento era un remanso que compensaba desalientos y aclaraba dudas. A la vez, no sabían si prometía un futuro.

De pronto, Ana del Carmen tomó la mano de Roberto y se dirigió a la puerta para entrar al carro-comedor; dejaron sus copas en la mesa. Ella tomó el libro que leía antes del encuentro y sin soltarse de las manos salieron del carro, recorrieron el primer carro-dormitorio y, frente a la puerta D5, Ana del Carmen sacó la llave y se introdujo al compartimiento, seguida de Roberto.

—Éste es mi camarote... ya no pudo decir más.

Roberto la abrazó y se entrelazaron en un beso profundo; rosó con sus labios su mejilla, el lóbulo de su oreja derecha y bajó por el cuello sintiendo el estremecimiento de Ana del Carmen, la fuerza de su abrazo y la mano de ella que pasaba por la parte trasera de su cuello; Roberto, besó la parte que el escote dejaba ver de sus senos, al tiempo que desabotonaba su blusa y su sostén; la hipótesis que hizo cuando vio su discreto escote se confirmó al besar los hermosos senos de la preciosa mujer; habiendo caído su falda la recostó en la cama, al tiempo que se despojaba de su ropa, observando a la linda mujer que tenía ante sus ojos. Se recostó junto a ella besándole los parpados y la boca, repasando con su mano derecha su pantorrilla y muslo y el resto de su anatomía, que luego retocó con tiernos roses de sus labios.

Envueltos en un torbellino de pasión y entrega nunca antes experimentada, pasaron varias horas. Poco dijeron; sus miradas se cruzaban de vez en cuando solo para confirmar la complacencia del momento, hasta que Roberto sintió que Ana del Carmen se había dormido. Entonces se paró para tomar uno de cobertores que estaban sobre una repisa enfrente de la cama y lo desplegó sobre aquel cuerpo relajado para después acomodarse a su lado, para, sin saber cuándo, quedarse dormido, abrazándola, haciendo de sus cuerpos una continuidad perfecta.

Un alto del tren despertó a Roberto; la luz de un farol de la estación donde el tren había parado le permitió ver su reloj: eran las 5:30 de la mañana. Movié un poco a Ana del Carmen sólo

para comprobar que estaba profundamente dormida. Pensó un rato qué hacer y decidió vestirse e irse a su asiento en el carro Pullman. Ya acomodado en su asiento, observó a doña Oralia, que se había recostado a lo largo de su asiento; nuevamente el movimiento y el ritmo del tren lo adormecieron y no supo más.

Lo despertó el diálogo que doña Oralia tenía con el auditor del tren.

–Son las siete de la mañana –dijo el auditor–, tres horas más o menos y estaremos en la capital.

–Me da tiempo de tomar un café –dijo doña Oralia–. Buen día, joven, ¿cómo amaneció?

Roberto se descubrió tendido a lo largo del asiento y cubierto con un cobertor; vio el reloj en su muñeca izquierda y, efectivamente, eran las siete en punto, un poco más de una hora desde la última vez que consultó su reloj.

–Bien, señora, muchas gracias.

–Disculpe que le haya puesto el cobertor; un poco después de que llegó de cenar se quedé dormido y me tomé el atrevimiento de cobijarlo por si sentía frío.

Lo dicho por doña Oralia desubicó un poco a Roberto. Algo no cuadraba; de pronto pensó que debía buscar a Ana del Carmen para explicarle que había salido de su camarote sin avisarle para ver si no había algún problema con su equipaje; se acomodó la ropa, dobló el cobertor y lo puso en el asiento de al lado y caminó al baño, donde lavó su cara y se peinó un poco el pelo para regresar a su asiento; pero doña Oralia no estaba, seguro había ido al carro-comedor. Luego fue al carro-dormitorio y tocó a la puerta del camarote D5; nadie contestó. Oyó que abrieron la puerta del carro y al volver la vista vio al afanador que atendía esos vagones.

–Perdone, señor, ¿y la señorita que ocupaba esta cama?

–La señora bajó del tren en San Luis Potosí; estuvimos ahí como a las tres treinta de la mañana...

–¿Tres treinta de la mañana, dice usted?

–Sí, yo mismo le ayudé a bajar sus maletas.

La confusión creció; no era posible. Lo dicho por doña Oralia y por el afanador lo ponía en la situación de no entender los tiempos en que regresó a su asiento y en el cual bajó Ana del Carmen del tren en San Luis Potosí. Algo estaba mal. Regresó a su asiento tratando de entender qué había pasado; esperarían el regreso de doña Oralia para cerciorarse de lo que le había comentado al despertar. ¿Qué había pasado con Ana del Carmen? Pensó de pronto que sólo había sabido su

nombre; nunca le dijo de dónde era, a dónde se dirigía, ni su teléfono o dirección; no habría manera alguna de localizarla.

¡Cómo pude ser tan estúpido! –pensaba Roberto. Le incomodaba que hubiera regresado tan pronto de cenar, según lo dicho por doña Oralia, y más que Ana del Carmen hubiera bajado del tren a las tres treinta de la mañana si él la había dejado en su cama a las cinco y treinta. Era imposible. Imposible...

–¿No fue a desayunar, joven?

–En realidad no traigo hambre, doña Oralia; qué bueno que ya está aquí. Quiero preguntarle algo. ¿Me dice usted que regresé pronto, después que fui al carro-comedor?

–Bueno, no de inmediato; se tardó como una hora, creo yo, quizá un poco más. Se acomodó y pronto se quedó dormido; fue cuando pensé en ponerle encima el cobertor que tenía de sobra; de rato también me dormí y desperté un poco antes que usted.

Roberto no dijo más, se dedicó ver por la ventanilla mientras repasaba su experiencia; todavía traía impregnado en sus fosas nasales el perfume de jazmín de Ana del Carmen. No podía ser su imaginación; recuperó momento a momento su llegada al vagón-comedor. Tenía presente incluso sus pasos hasta preguntar si el lugar estaba desocupado. Mientras buscaba poner orden a sus pensamientos, el tren llegó a la Estación Buenavista, de la Ciudad de México.

Se instaló en el departamento de sus tíos y al día siguiente, juntos, fueron al examen profesional de su primo. Después de las felicitaciones, su tío los invitó a degustar una cena en el Restaurante Arroyo, que estaba de moda en ese entonces en la capital mexicana, allá rumbó a la salida a Cuernavaca. Dos días después regresó a Saltillo. Con el tiempo se casó con su novia y formaron una familia que ya contaba nietos.

Todavía, de vez en cuando, Roberto se sienta en la sala de su casa o en el porche de la entrada y trata de encontrar una respuesta. Muchas veces creyó verla. Hubo ocasiones que tocó el hombro de la dama vista sólo para descubrir que era un equívoco, una persona distinta. Tanto tiempo transcurrido y siempre estaba en su pensamiento la cuestión: aquella vivencia que llenó su alma tanto tiempo, y aún martilla su recuerdo, ¿fue verdad o sólo un inolvidable sueño? De lo que estaba seguro es que Ana del Carmen fue el gran amor de su vida.

EL MAQUINISTA

Ya pasaba el mediodía. José grande estaba sentado en el portal de la casa arreglando unas correas cuando divisó a su hijo, que a paso lento se acercaba a casa; teniéndole cerca, tanteando que lo escucharía, le preguntó:

–¿Cómo te fue, hijo?

–Bien, padre; avanzamos bastante. Hicimos buena cantidad de amarres de sorgo.

–Pasa hijo, ya has de tener hambre; tu santa madre te está esperando desde hace rato.

Llegó hasta la cocina y vio a su madre atizar el fuego con el abanico de palma; pensó en la escena que repetidas veces observaba junto al pensamiento de que su madre se la vivía en la cocina y preguntándose si no se aburría de estar siempre en el mismo trajín.

–Hola, mamá; usted siempre metida en la cocina, ¿qué no se cansa?

–No, hijo; tú sabes, así he estado acostumbrada desde muy chica, desde cuando ayudaba a mi mamá. Siéntate, cociné fritada de cabrito, sólo te paso las tortillas. ¿Cómo estuvo el trabajo?

–Pesado, ya ve que el tío Nicanor no da respiro; nos trae al puro trote.

–Es que ya tienen comprometida la cosecha –afirmó ella.

–Sí, mamá, seguro pasado mañana vienen por el primer cargamento. Quizá en cuatro días más terminemos de levantar todo... así podré ir a Aguascalientes o ver otras cosas y saludar a don Pancraccio, a ver que sabe de la bola.

–¿Pues qué tanto platicas con don Pancraccio?

–Me encanta que me explique lo interesante de su trabajo: ir y venir moviendo máquinas y carros, armando trenes. Es fascinante sentir el poder de las locomotoras. Eso me gusta mucho, mamá... en ocasiones me ha dejado hacer su trabajo. Se carga uno de energía al ver cómo la máquina cumple lo que uno le manda.

–Sí, hijo, no creas que no he notado que el trabajo del campo no te llena; tu padre también lo ha notado y le preocupa. Él tiene la idea de que algún día dirijas el rancho; me lo ha platicado muchas veces; en fin, ya Dios dirá... sólo esperemos que pase pronto esto de la Revolución. Gracias al poderoso que no se te ha ocurrido irte a la bola como tus amigos.

–Lo he pensado, mamá, pero sé que mi padre por ahora me necesita; ya veremos qué sucede. Hemos estado tranquilos porque hemos podido ayudar a las partidas de soldados que han pasado,

si no, quién sabe que hubiera sucedido. Gracias, mamá, estuvo muy rica tu fritada. Voy a platicar con papá antes de descansar... y ya deja todo como está; seguro no has parado en toda la mañana.

–Ya está levantado el campo, papá, listo para cuando vengan por la cosecha; el tío Nicanor tiene las cuentas de las pacas de sorgo y cuánto será la entrada de dinero; ya te informará.

–Gracias, hijo; ¡qué bueno que mi hermano está al tanto! Ya ves, mis dolencias me tienen alejado del trabajo. Gracias a Dios que ustedes sacan adelante el rancho.

–Mañana iré a Aguascalientes, tengo pendientes por allá, quizá esté dos días, ya le dije a mamá; por cierto, me encargó un montón de hilazas de La Cadena; dice que son las mejores para sus bordados, no quiere de otras.

–Cuídate, hijo, seguro anda muy revuelta la cosa por allá; no corras riesgos.

–Buenos días, don Pancraccio; qué bueno que todavía no se ha ido a los patios.

–Hola, José, qué milagro; hace tiempo que no venías por estos rumbos, ¿cómo está todo allá en La Gallina?

–En el rancho, todo bien; lo único pendiente es el asunto de que los de Zacatecas dicen que el rancho es de allá y los de Aguascalientes que es de acá, por el asunto de los impuestos. El tío Nicanor es quien anda arreglando ese lío de límites, porque los de hacienda dan mucha lata.

–¿Qué cuenta, don Pancraccio?

–Pues muchas cosas; he tenido mucho trabajo de con eso que aquí se reunirán dentro de una semana, más o menos, los revolucionarios que apoyan a Carranza y los que apoyan a Villa. Esto es un relajo en cuanto a movimientos de trenes a Durango, Torreón, San Luis, Querétaro, la Capital y Guadalajara trayendo políticos y militares, armamento y caballos. Es una verdadera locura y estoy con muchas dificultades para dar gusto a tantos mandones; más ahora que prácticamente estoy solo.

–¿Cómo que solo? ¿Y Pascual y Bucho?

–Están bajo tierra, hace cuatro días se mataron entre sí.

–Ah carajo, ¿pues cómo estuvo?

–Traían pleito de faldas; ya ves tan amigos que eran, pues se les metió en medio la Gloria. Me refiero a la prieta que trabaja en la cantina El Lucero. Para que no me mal entiendas, a ellos no sólo se les metió la mentada Gloria entre ceja y ceja: se les metió el diablo. Cuando la Gloria dio entrada a los dos, decidieron que uno sobraba y pues, según me platicaron, sacaron las fuscas y en la puerta de la cantina se retaron a muerte. Dispararon con la mala suerte de que los dos le atinaron al otro y ahí quedaron viendo la luna; así que ahora me faltan maquinistas y con tanto ajeteo no hallo la puerta; pero creo que tu llegada es providencial, José.

–¿A qué se refiere, don Pancracio?

–A que se me hace que esta es tu oportunidad. Necesito maquinistas y tú ya sabes lo suficiente, ¿cómo ves?

–¡Ah canijos! Pues no he pensado en ello; yo más bien quiero estudiar otra cosa, aunque no sé qué, usted bien lo sabe; pero así, a boca de jarro, no sé qué decir.

–Pues decídeté. Mañana viene Fierro, el hombre de confianza de Villa; me pidió gente para llevar un tren a Paredón a traer hombres y caballos, así que sería tu primera tarea.

–Pero don Pancracio, si solo he movido trenes aquí en los patios, lo más lejos que he ido es a Pabellón, cuando me puso esa prueba a ver qué tal.

–Con eso tienes, además, irías con Chuy, que es muy buen fogonero y sabe bastante de conducir trenes. Había pensado en él, pero no quiere dejar de echar palas de carbón a la caldera. Le tiene miedo a la responsabilidad.

–Pues le voy a pensar. Tendría que ir a La Gallina a hablar con mis padres, pues nomás a decirles, porque si pido permiso, seguro me dicen que no, porque tendrán un gran disgusto. No me gusta el trabajo del rancho, ya lo he discutido con mi viejo y noto su disgusto. Me temo que quedaremos en muy malos términos, aunque esto sea solo por un rato, porque, como le digo, quisiera otra cosa; a veces me gusta lo de las leyes.

–Ya que le piensas, ándale, ve. Si te vas ahora, mañana estarás a la una de la tarde aquí cuando venga Fierro para ver si resolví el problema; y debo tenerlo resuelto, porque se ve que es de pocas pulgas ese gorrudo mal encarado.

–Está bueno, don Pancracio, espero poder ayudarle.

–¡Qué bueno! No esperaba menos. Mientras telegrafiamos al Jefe de División para darle tu nombre y que autorice tu ingreso. No creo que haya ningún problema, entenderá que es de mientras. Aquí nos vemos mañana, en la oficina del Jefe de Estación a la una en punto.

–Mire, General Rodolfo Fierro, este joven es José Cardona; es quien llevará y traerá el tren de Paredón con la gente que dice usted ya está esperando el viaje.

–Mucho gusto, joven. Me dice don Pancracio que apenas inicias, pero es urgente este viaje y no tenemos tiempo para ponernos moños. Además, esto no es tan complicado; antes de meterme a la bola fui garrotero, ferrocarrilero pues. Así que sé de estas cosas.

–Muy bien, don Pancracio, deben salir esta noche, como a las diez, para estar temprano en Paredón. ¿Cómo ve José? No debe haber problemas, tenemos todo el territorio bajo control. Yo mañana regreso a Chihuahua, así que no lo veré a su regreso, pero estará al pendiente el Coronel Pérez; él ya sabe qué hacer.

En efecto, ese viaje fue el bautismo de José Cardona luego de despedirse de sus padres después de horas de discusión con ánimos muy alterados y de exponer sus razones del momento a ellos y al mismo tío Nicanor, quien a pesar de que José dijo que era temporal, sabía que su sobrino no volvería más a trabajar a su lado en el campo; y así sería, el destino había echado sus cartas sin permiso de José; en esos tiempos tuvo que aprender rápido, porque los viajes se multiplicaron varias semanas después, cuando estalló la guerra entre los de La Convención y los Constitucionalistas; conoció todo el Bajío y el noreste, a veces con trenes villistas y otros constitucionalistas; cambiaba de bando según dominaran las estaciones las fuerzas de uno u otro ejército; los peligros eran constantes. Los más graves: encontrarse con vías destruidas, como la ocasión en que llevaba el segundo tren y el primero fue dinamitado cerca de Celaya tocándole sacar heridos y muertos de entre los fierros. Los peligros menos graves: encontrarse en medio de un ataque al tren en movimiento. Tuvo suerte, pero perdió a tres fogoneros durante los años en que se vio envuelto en el torbellino de la Revolución, guiando aquellas ruidosas, pero poderosas máquinas de vapor. Las *Pacific* resultaron ser sus favoritas.

Por cosas del destino, después del asesinato de Obregón, se fue a radicar a Saltillo, donde por muchos años se dedicó a mover máquinas de patio, logrando ser uno de los más reconocidos

por su habilidad de mover carros como sólo el negro Cardona sabía hacerlo. Ahí conoció a Concepción Zacarías, hija de un matrimonio llegado de los minerales del centro de Coahuila, señorita que había sido bien educada, dedicada a las labores de casa, que en ese tiempo era una virtud aprenderlas, y a la pintura, su pasatiempo. Era una pareja de contrastante: ella de finos rasgos, de tez blanca y más o menos buena posición que se había fijado en José Cardona a pesar de las críticas de sus amigas que no entendían por qué había puesto los ojos en aquel joven alto, bien proporcionado, muy moreno y de pelo ensortijado que parecía descendiente de africanos de los que había en las costas de Veracruz o Guerrero. Pero no eran sus orígenes; como sabemos, José había nacido en Aguascalientes y era hijo de un rancho bien visto en la región donde se ubicaba su rancho La Gallina.

José, cuando salía de su trabajo, pasaba a bañarse a las regaderas de los talleres de la estación y salía con su camisa blanca muy limpia y sus pantalones de mezclilla y pechera para dirigirse a la calle de Los Baños, donde vivía la familia de Concepción, y platicar un rato en el zaguán bajo la vigilancia de Callita, su mamá, y Pedro Antonio Zacarías, quien no alcanzaba a entender la relación que a regañadientes había autorizado ante la insistencia de Concepción y cierta complicidad de su esposa.

Pronto la pidió en matrimonio y la llevó a vivir a un barrio modesto, cerca del Cerro del Pueblo y el Panteón de San Esteban, donde, sin embargo, había construido una casa en un amplio terreno. Además, ahí mismo estableció unos hornos para fabricar cal. Comenzaron a llegar los hijos, los cuales, durante la vida del matrimonio, llegaron a diez.

Gracias al negocio de la cal conoció e hizo amistad con el Padre Luis Bañuelos, zacatecano, que se había echado a cuestras levantar un santuario en honor a la Virgen de Guadalupe y el cual con frecuencia visitaba su casa para platicar de muchas cosas, incluso de la música, pues resultó que José había aprendido, cuando niño, a tocar la mandolina. El padre tocaba la guitarra. Y resultó que José no sólo recuperó aquellos estudios que estuvieron olvidados largos años, sino que se integró a un cuerpo de custodios y benefactores que se autodenominaron Los Caballeros de Guadalupe, nombre que nunca les fue reconocido, pero que ellos conservaron a toda costa, lo que derivó en una formación muy religiosa para todos los hijos, bueno, para casi todos, porque había una de las mujeres que siempre fue renuente a la formación religiosa; era la tercera de sus hijas y cuarta en el orden, siendo el mayor de los hermanos Salvador, quien también desarrolló habilidades musicales y aprendió a tocar el piano. De hecho, él y su hermana Bertha, que gustaba del teatro y

la poesía, preparaban recitales sólo para la familia, lo cual complacía a José y hasta olvidaba en esas ocasiones los dolores de cabeza que le provocaba la rebeldía de Bertha.

Así pasaron los años. Hubo más hermanos y pronto las mayores, Aurora y Evangelina, empezaron a tener novio; Aurora no tenía mucha suerte, su rigidez y apego a la religión terminaban por aburrir a los muchachos y pronto dejaban de asistir a visitarla, asunto que superaba acompañando a su papá al Santuario de Guadalupe a enseñar catecismo a los niños, con lo que se ganaba toda la confianza de su padre, a costa de ser la santurrón de la familia y enemiga del más mínimo pecado. Pronto Bertha comenzó a tener conductas sospechosas como para que José y Concepción, a instancias de Aurora, comentaran la necesidad de vigilar sus salidas; siempre que hacía algún encargo, Bertha tardaba más de la cuenta. De esta manera se dio la consigna a los hermanos de que si alguien descubría algo, lo comunicara de inmediato.

Para mala suerte de Bertha, Aurora, a quien le habían encargado comprar pan de una panadería de la calle de Acuña, salió del Santuario a cumplir su cometido, cuando, cruzando la Alameda, divisó a Bertha sentada en una banca acompañada de un joven, en animada plática; se acercó para cerciorarse, pero no dijo nada, siguió a cumplir su encargo, pero se le hizo largo el camino a casa para comunicar a José su descubrimiento. Cuando llegó a casa, José todavía no llegaba del trabajo, así que soltó la sopa con su mamá.

—Mamá, tengo algo que decirte; es muy importante. ¡Mamá, hazme caso! Deja de pintar un rato.

—Espérame, hija, deja terminar este oleo del pincel. A ver, ¿qué cosa importante tienes que decirme, que te veo tan inquieta—

—¿A dónde fue Bertha?

—Fue a visitar a tu abuelita, tenía ganas de verla. Ya no debe tardar.

—Pues no creo haya ido, porque la vi hace rato en la Alameda.

—¿En la Alameda? ¿Y qué hacía en la Alameda?

—¿Tú qué crees, mamá? Pues estaba con un muchacho, muy campante platicando y comiendo semillitas de calabaza.

—¿Y lo conoces?

—No, nunca lo había visto; delgado y, por cierto, muy guapo.

—Bueno, menos mal, no que a tu hermana Evangelina sólo le gustan los feos. Creo que tiene mis gustos, ja, ja.

–¡Ay, mamá, cómo eres! Esto es serio, ¿o no?

–Depende, hija. Si supiéramos algo de ese muchacho podría darte alguna opinión.

–Pues hay que investigar. Voy a hablar con mis hermanos para que investiguen a ver si sabemos de quién se trata, porque Bertha, si no ha dicho nada, seguro nada dirá ni aunque le preguntemos; ya ves cómo es.

Y en efecto, cuando preguntaron a Bertha, nada les dijo, sólo que era muy buen muchacho y ya quería hablar con su papá. Aguantó el interrogatorio de José, Salvador y aún el de Concepción. Y aunque le prohibieron verlo hasta que no supieran más de él, Bertha se las ingeniaba para encontrarse con él. Pero también los hermanos menores iniciaron la indagatoria bajo la dirección de Aurora, quien destilaba más que curiosidad, cierta envidia.

No pasó mucho tiempo cuando Samuel, uno de los hermanos de en medio, trajo noticias. Había visto al novio de Bertha entrando a una casa grande que parecía iglesia, y les dijo.

–¿Cómo, iglesia?

–Bueno, no iglesia, pero rara.

–¿En dónde está?

–Por la Calle Bravo, bajando Aldama, a espaldas de Catedral.

–Mañana les traigo más información; que vaya Ezequiel conmigo.

Al día siguiente, Samuel y Ezequiel fueron al lugar, pero no pudieron entrar; la reja de la puerta estaba con candado y no había señales de que alguien estuviera dentro. Vieron venir a un señor y acordaron preguntarle.

–Buenas tardes, me permite una pregunta –dijo Ezequiel.

–Sí, claro, ¿qué desean saber?

–Quisiéramos saber qué edificio es éste.

–Ah, aquí es la Logia Masónica; ese triángulo con un ojo radiante es uno de sus símbolos.

–Muchas gracias, señor.

–Ya sabemos que es este edificio, pero seguimos sin saber qué es eso de Logia Masónica.

–Pues veremos si Aurora o papá saben de qué se trata, regresemos a la casa.

Enterada Aurora de a dónde habían visto entrar a Raymundo Espinoza y habiendo logrado indagar antes también donde trabajaba y vivía, sólo esperó el momento que creyó más oportuno. Fue la cena del día siguiente, cuando estando todos a la mesa, Aurora, dirigiéndose a su papá, comentó que las idas de Bertha a ver a su abuelita eran en realidad el tiempo en que se veía con

Raymundo Espinoza, quien trabajaba en el hospital de los Ferrocarriles de México y vivía, en la calle de Xicoténcatl o de los Sauces, casi llegando a Colón, pero lo peor no era eso.

–¿Qué es lo peor? –preguntó José con voz firme

–Lo peor, papá, es que este muchacho es masón.

–¿Cómo que masón? ¿Es eso verdad, Bertha?

–Pues no sé. Si se han encargado de andar investigando, lo sabrá mejor Aurora.

–¿Sabes que los masones son instrumentos del diablo? Los peores enemigos de la Iglesia, ¿estás consciente de eso? ¿Cómo es posible que mi hija tenga este tipo de relaciones? De inmediato terminas con ese muchacho; tienes prohibido volver a verle. Y tú, Aurora, ¿no pudiste esperar a decirme esto en mejor momento? Tuviste que echar a perder la cena.

José, dando un manotazo en la mesa, se levantó notoriamente contrariado.

–Espera, José, termina de cenar, ya platicaremos con calma –dijo Concepción.

–Yo no platicaré nada, mamá; Raymundo es muy buen muchacho y eso de que sea masón nada tiene que ver con cosas del diablo. Son puros prejuicios absurdos y Aurora, que es la mojigata de la familia, bien debe saberlo.

–¿Cómo se te ocurre tener un novio masón? ¿Qué no sabes que papá es muy importante entre los Caballeros de Guadalupe? Imagínate lo que dirán sus compañeros, ¡que no ha podido educar religiosamente ni a sus hijos! ¿Cómo podrá ser guardián del Santuario?

–Pues ni modo –dijo Bertha–, ni que eso fuera importante. Muy santo allá y aquí olvida todos los principios; aquí lo tenemos que aguantar cuando llega bien borracho, pensando que regresa a su palacio donde todos debemos estar atentos a sus deseos, ¿en eso no te fijas?

–Bueno, dejen de discutir; terminen de cenar y váyanse a dormir; ya mañana será otro día. Y tú, Bertha, piensa bien las cosas; temprano platicaremos –dijo Concepción.

Pasaron meses, mismos en los que la ley del hielo fue aplicada por José a Bertha. era sumamente incómoda, la convivencia estaba verdaderamente enrarecida; desde luego, había motivos para que la situación no cambiara, pues Bertha no dejó de ver a Raymundo, hasta que decidió salirse de casa. Planearon lo mínimo y una mañana sacó su ropa y no volvió a la casa; era un sábado, por la noche. Empezaron a notar la ausencia de Bertha y Concepción revisó su cuarto para notar que su ropa no estaba, por lo que de inmediato imaginó lo que había sucedido; esperó a José a que regresara del Santuario para decirle lo que había pensado.

–Mejor –dijo José–, no tardará en darse cuenta de su gran error; por mí, haré de cuenta que he perdido una hija; o mejor, haré de cuenta que nunca la tuve y no la quiero ver por aquí, ¿me oyes, Concha? No deseo saber siquiera que pasó por la calle.

–Pero, José, es nuestra hija; acuérdate, siempre ha sido muy rebelde; tenemos que estar al pendiente.

–Pero nunca ha sido agradecida, siempre llevando la contra. Tenía que terminar así... vivir con un masón; bien dicen, lo que uno no puede ver en casa lo ha de tener.

En diez años, el avance en las relaciones y aceptación de Raymundo en casa de José fue de lo nulo a la tolerancia; sus encuentros, esporádicos. A veces debido a la atención médica que llegó solicitar José en el Hospital de los Ferrocarriles en Saltillo o por encuentros en las reuniones del sindicato, donde sólo se saludaban y cruzaban algún comentario sin trascendencia.

Era el año de 1958 cuando esos encuentros, bajo la convocatoria del sindicato, se hicieron más frecuentes; había surgido una disidencia en el seno del Comité Nacional, que fue creciendo e involucrando cada vez a más sindicalizados. En Saltillo, los más activos eran los que también pertenecían al Partido Comunista y eran seguidores de Demetrio Vallejo, entre ellos Raymundo, quien representaba a los trabajadores del hospital, los cuales también exigían más democracia y mejores condiciones laborales; José, por su parte, siendo de los más antiguos maquinistas, quizá recordando la época en que anduvo moviendo trenes durante la Revolución, se había solidarizado con los reivindicadores del movimiento ferrocarrilero.

Cada uno de ellos participaba en las juntas de los miembros de sus departamentos, donde la misión era hacer crecer el contingente y comunicar los acuerdos y los avances del movimiento; también pasar las alertas ante la vigilancia que gobernación ejercía sobre los líderes y comunicar las estrategias para resistir las presiones de la parte oficial de la empresa Ferrocarriles Nacionales de México. Sabían que los agentes de gobernación seguían sus pasos, incluso vigilaban sus casas y registraban las reuniones que, programadas o espontáneas, sucedían aunque fueran de pocos miembros.

Como la postura de la disidencia no menguaba, el gobierno, presionado por las fuerzas vivas del país para aplacar el movimiento ferrocarrilero, que se había sumado al de telegrafistas, electricistas, petroleros y al del magisterio, empezó a endurecer los actos represivos; llegaron noticias de enfrentamientos en la Capital, Guadalajara y San Luis y el encarcelamientos de los líderes y de otros que se les ocurría o sospechaban que estaban participando en el movimiento que

trastornaba a la tranquilidad del país. Tuvieron conocimiento de que Demetrio Vallejo iría a Monterrey y de paso llegaría a Saltillo, así que empezaron a prepararse; la cita sería frente al palacio de gobierno y recibieron la indicación de que llevaran bastones, cadenas, tubos o cuando menos piedras, por si tenían que resistir la agresión de parte del gobierno que ya había reunido contingentes en la zona militar, en los patios de la penitenciaría y en el Estadio Saltillo. Los vigilantes ferrocarrileros, que tenían la encomienda de vigilar a estos contingentes, comunicaron que la gente del gobierno no llevaba uniforme alguno; estaban vestidos de paisanos y traían un listón rojo en el brazo derecho.

–La cita es las cuatro de la tarde –dijo Raymundo a Bertha–; espero que permitan que el mitin se lleve a cabo sin contratiempo.

–Ojalá así sea. ¿Y crees que irá mi papá?

–Con toda seguridad, sí. Me han dicho que en las reuniones es de los más aguerridos, cosa que me sorprende; se le olvidaron sus tiempos de Caballero de Guadalupe.

–¡Ah, caray! Eso sí está grave, Raymundo.

–Bueno, ya me voy; apenas tengo tiempo de llegar.

Cuando llegó Raymundo a la Plaza de Armas había buen número de personas, cada quien con la gente de su área; a lo lejos vio a su suegro, quien se distinguía por su estatura y corpulencia; en el sonido desfilaban oradores que mantenían viva la chispa con mensajes sobre el motivo de su lucha y lo que se esperaba del movimiento, que no era otra cosa que justicia en varios temas; pasaban de las cuatro de la tarde y se decía en el micrófono que estaba por llegar el líder del movimiento, coreando el contingente vivas a la democracia sindical y a Demetrio Vallejo; el reloj de Catedral marcaba las cuatro y media de la tarde, la plaza estaba a reborar de gente, cuando, de pronto, se escucharon alertas que llegaban del lado de la calle de Hidalgo; luego también del lado de la calle Juárez; eran los contingentes de represores, quienes tenían la orden de deshacer el mitin; otros llegaron por la calle Padre Flores para sitiar prácticamente la plaza; sin dar tregua se abalanzaron sobre los primeros ferrocarrileros que encontraron a su paso; poco a poco la trifulca se generalizó, haciéndose aquello una batalla campal. A los pocos minutos se escucharon disparos y los heridos se multiplicaron; finalmente los manifestantes lograron romper el cerco y se dispersaron corriendo por la Hidalgo hacia el sur y hacia el norte y por la calle Allende para tomar la calle Victoria y correr hacia la Alameda; algunos lograron irse por la Juárez, hacia donde estaba

el hospital de ferrocarriles; algunos quedaron en las aceras cercanas y otros en la plaza; a esos los apresaron.

Poco a poco las calles del centro de Saltillo volvieron a la calma, y aunque la prensa minimizó el acontecimiento y negó los disparos, José era la prueba de todo lo contrario; yendo por la calle de Victoria, Raymundo alcanzó a José, notando que sangraba de la mano izquierda; se percató que la herida era grave, pues había perdido dos dedos; Raymundo se quitó su camisa y con ella envolvió la mano de su suegro; apresurados, llegaron a la Alameda y se dirigieron a espaldas de la Escuela Normal y se metieron por el Callejón del Diablo, donde Raymundo recordó vivía su compañera Hortencia; tocaron a la puerta y abrió ella, la cual, dándose cuenta del herido, les dio paso a la casa y ahí entre los dos revisaron el torniquete que Raymundo había improvisado con su cinto y realizaron los primeros auxilios.

–Es urgente llevarlo al hospital –dijo Hortencia–, acuérdate que está cerca el Hospital Saltillo.

–Sí, vamos rápido. Lo llevaremos al hospital Saltillo –dijo Raymundo a su suegro–, aguante, sé que está doliendo mucho; espero pueda caminar. Pronto llegaremos.

En el hospital confirmaron que el disparo había destrozado dos dedos, el meñique y el anular, y que estaba muy lastimado el dedo medio, pero se conservaba la mayoría de él. Anestesiaron a José mientras suturaban su mano; quedó internado, Raymundo pasó toda la noche con él; por fortuna, los médicos no denunciaron a la policía luego que platicó Raymundo lo que había sucedido; el médico que lo atendió les dijo que no se preocuparan.

–Ya les dije que si vienen a buscarlos o a hacer alguna indagación no digan nada, estén tranquilos. Fue muy acertada la primera atención que dieron, ayudó mucho, aunque ni modo, todavía no estamos tan avanzados en cirugía como para haber salvado los dedos.

Al día siguiente, al despertar José, Raymundo le informó lo que se había hecho en el hospital:

–Aquí pasamos la noche. Tendré que ir a avisarle a doña Concha; ya deben tener noticias de lo sucedido y seguro estarán preocupados porque no llegamos. ¿Cómo se siente? ¿Podrá estar tranquilo mientras voy a avisar?

–Sí, el dolor es soportable, pero cualquier cosa, pues les llamo y listo.

–Muy bien, regreso entonces, don José.

–Sí, Raymundo. Y gracias por lo que hiciste, de verdad te lo agradezco mucho.

–No hay nada que agradecer, estese tranquilo, no tardo.

Dado de alta, José se reintegró a su trabajo; los acontecimientos donde perdió parte de su mano quedaron atrás; el país avanzó un poco y por un tiempo pareció que los cambios irían a favor de mejorías mayores para los trabajadores mexicanos; pero todavía se rebelarían los médicos y acontecerían los lamentables hechos del 68. José y Raymundo mejoraron su relación y Bertha y sus hijos visitaban con mayor frecuencia la casa paterna; la suspicacia seguía más del lado de Raymundo, quien tenía la certeza de que la aceptación de José no era del todo auténtica; parecía ver en su mirada su reproche recurrente por pertenecer a la Logia Masónica, así que siguió guardando la distancia, aunque con mayor afabilidad.

Por muchos años, José continuó con su trabajo de maquinista, se negaba a jubilarse, seguía gozando el olor al carbón, el ruido del choque de los carros, el vapor, el calor de la caldera y el silbido único que producía el vapor al pasar por la corneta; sólo volvió al rancho La Gallina cuando murió su padre y años más tarde cuando ocurrió con su madre; su tío Nicanor se quedó con el rancho, el cual heredó a sus hijos y José nunca reclamó nada de aquello. Sus últimos años guiaba máquinas diésel. No le gustaban tanto; era más emocionante mover aquellas palancas que exigían coordinación extrema y buenos cálculos hechos de vista y oído; no tenía mayor placer que caminar por los patios brincando vías para llegar y subir a la máquina que en la jornada iba a dominar.

Pero el tiempo cobra su cuota. Un buen día se levantó con la determinación de no ir más a los patios del ferrocarril; ese día se dirigió al sindicato, se entrevistó con el Secretario General y le planteó su determinación de jubilarse.

–Ya batallo para subir a la máquina –dijo–, no tengo el vigor de antes; ya cumplí 60 años que moví mi primer tren, creo he cumplido mi ciclo.

–Muy bien, don José, hoy mismo inicio su trámite; espero esté listo antes que desaparezcan a los Ferrocarriles Nacionales de México. Es una historia que está acabando, don José.

Todavía José se encargó de su viejo negocio, el de fabricar cal; ya no tenía aquellos hornos, pero la seguía haciendo con métodos tradicionales en unas caleras que tenía en el arroyo del Pueblo.

La tarde del jueves santo de aquel año de 1978, José se sintió mal, no pudo levantarse al baño. Dijo a su esposa que no tenía fuerzas y se sentía inquieto, con un poco de taquicardia.

–Háblale a Raymundo, que venga a verme, a ver qué tengo.

–Sí, ahorita le hablo. ¿Qué más sientes? Dime...

–Sólo lo que te digo, un poco dormidos los pies y un poco de frío.

–Déjame traer otra cobija y luego le hablo a Raymundo.

–Ya estoy aquí don José, déjeme tomarle la presión y la temperatura; voy a escuchar sus pulmones y su corazón también... listo, anda un poco débil de sus latidos. ¿Ha estado comiendo?

–Sí, normal, ayer me sentía sin ningún malestar, sin nada de lo que ahora siento...

–Muy bien, don José; llamaré al doctor Pérez, mi amigo, a ver qué opina.

Doña Concha, voy a llamar al doctor Pérez. A don José lo veo muy delicado, trae unas complicaciones en sus signos vitales que no son buenas señales.

–¿Qué opina, doctor?

–Está muy delicado, su corazón está muy arrítmico; voy a ponerle una solución y algunos medicamentos para tratar de regularizarlo, pero lo veo delicado; creo que no tiene caso moverlo, vamos a ver cómo reacciona... ya hice lo necesario, quédate con él, Raymundo; cualquier cambio me avisas. Si quiere hablar con su familia, que lo haga, sólo con calma, que no se altere.

–Raymundo, háblale a Concha –dijo José con voz apagada.

–Sí, don José... Doña Concha, don José quiere hablar con usted, pase. Espero afuera.

Después de unos minutos, salió doña Concha.

–Quiere hablar contigo –dijo ella a Raymundo–, ya no deben tardar los muchachos, ya debieron correr la voz...

–Aquí estoy don José.

–Gracias, no veo bien, pero si te escucho; quiero decirte algo que me he guardado hace tiempo: últimamente he estado pensando que me porté muy mal contigo y también con mi hija y mis nietos; fueron muchos años que les hice la vida de cuadritos y me privé, y también a ustedes, de disfrutar muchos buenos momentos; hubo instantes en que ni me acordaba porque habían surgido esas dificultades que como fantasmas enrarecían los encuentros, era más bien una mala costumbre, un orgullo mal entendido; te llevaste a mi hija favorita y lo era porque siempre fue independiente, defendía sus creencias y no permitía que alguien se entrometiera en sus cosas; me

molestaba eso, pero también en el fondo la admiraba, me recordaba cuando yo hice mi voluntad y dejé a mis padres para seguir un sueño, aunque el destino me haya traído por otro rumbo; quizá en ello fundaron su unión, coincidieron en ser libres y buscar un mundo con menos sujeciones; en cuanto a ti, debo reconocer que me equivoqué, y dos veces, porque me di cuenta y no lo quise reconocer, me guardé mis conclusiones y eché a perder una vida; no creas que no siento que llegó el final, sólo quiero pedirte que me perdones y que aceptes que a pesar de todo me hubiera gustado, en lugar de decir tu nombre, llamarte hijo, con la dispensa de tu padre; espero que comprendas lo que he dicho muchacho, hijo mío. Hazme un favor, llama a Concha.

–Doña Concha, doña Concha...

–Sí, ¿que pasa Raymundo?

–Don José quiere hablar con usted.

En unos minutos más se escuchó a doña Concha decir, con voz angustiada: «¡José, José!». Luego siguió un largo silencio.

Raymundo supo lo que estaba pasando en la habitación; las últimas palabras que escuchó era un llamado a quien ya había partido.

–Me voy, doña Concha –dijo Raymundo–, veo que están atendiendo lo necesario; voy a dar a Bertha la mala noticia y después volveré al trabajo; luego vendré.

Al salir de casa de sus suegros, Raymundo experimentó cierto alivio, como si la piedra que por años trajera en el zapato hubiera desaparecido. Recordando lo expresado por José, comprendió que esas palabras no habían conmovido un ápice su corazón; se hizo presente un pequeño atisbo de conciencia; lo que muchas veces había jurado en la logia, así como los valores de solidaridad y hermandad que había cultivado para ser mejor ser humano, estaban en conflicto, pero no podía evitarlo; se sintió ligero, más libre, sin ningún lastre; podríamos decir que lo embargó cierta alegría. Había recién vivido, sin duda, un acto de justicia divina.

COSAS DE LA CIENCIA

Aquí estamos, esperando a que llegue la Directora del Centro de Capacitación; observo a mis compañeros socializar, compartir, seguro, cosas sin importancia, pero que dan motivo para intercambiar expresiones y emociones, unas auténticas y otras sólo para seguir la corriente. Estoy atento a la dinámica del grupo de asesores; sin embargo, pienso qué decir llegado el momento por si hay que protestar, algo en lo que soy experto y en lo que tengo fama. Ya teníamos limpios nuestros escritorios y guardados libros y otros materiales de nuestro uso personal, tal y como nos habían solicitado cuando nos dieron la noticia de que tendríamos que desocupar el área de trabajo que usábamos para nuestra labor en el Palacio Federal.

El bullicio de pronto paró al ver que la directora y otra persona entraron al recinto y se colocaron al frente, solicitando nuestra atención. Al ver que todos estábamos atentos, presentó al acompañante que venía de Saltillo y le pidió que hiciera uso de la palabra.

–Compañeros, soy Julián Godínez. Como sabrán, la administración del Palacio Federal solicitó, para otro uso, las áreas que hasta hoy ha venido ocupando el Centro de Capacitación; ante esta contingencia, la Dirección General se abocó a conseguir otro sitio para que prosigan su trabajo sin ningún contratiempo –dijo el visitante.

–Esperamos que sea un sitio adecuado y de fácil acceso para todos –comentó Rogelio.

–Se cuidó ese aspecto, compañero; la nueva sede será el edificio construido a principios del siglo XX que está ubicado en Ocampo y Galeana; mañana se recogerá el mobiliario, hoy en uso, para guardarlo en una bodega; será sustituido por otro de reciente adquisición –respondió Godínez.

Seguro todos trajimos a la memoria el hermoso edificio de ladrillo, de dos plantas, donde había funcionado la Escuela Amado Nervo; ahí sería la sede del Centro de Capacitación y Godínez nos invitaba a seguirlos para visitarlo. Nos dirigimos a la calle Galeana para doblar al norte, caminamos tres cuadras y llegamos al edificio. Pasamos a su interior; había personal que aún trabajaba en él, pintando paredes y puertas, limpiando pisos y ventanas sin interrumpir su labor a pesar del recorrido que hacíamos por el lugar. Una vez visitados los espacios y escuchada la explicación de Godínez sobre donde serían las aulas, donde la dirección y biblioteca, sólo faltaba designar el área donde se ubicarían los asesores.

–Pensamos que esta aula que, como ven, es amplia; es el lugar en el cual trabajarán ustedes –dijo Godínez.

–¿Usted considera que el espacio es suficiente? –pregunté.

–Bueno, haremos cubículos, traeremos escritorios y sillas nuevas, y como ustedes trabajan en dos turnos, creemos que será un buen espacio –refirió.

–Compañeros, así me imaginaba, que seríamos afectados por la improvisación de nuestras autoridades; no necesitamos ser arquitectos o ingenieros para darnos cuenta que el espacio es insuficiente; necesitamos, cuando menos, dos espacios iguales a este y aun así quién sabe si sea lo necesario para acomodarnos de manera digna –comenté.

–Veremos qué hacer, aunque no creo que autoricen otra área destinada a los asesores; aquí tendremos que caber –dijo un poco golpeado el representante de la Dirección General.

Al ver que el representante alzó la voz y quiso ser categórico en sus expresiones, respondí con energía:

–Pues no estamos de acuerdo. Saliendo de aquí iremos al sindicato a exigir que nos den un espacio digno y profesional; no vamos a permitir que nos hacinen para cumplir con nuestro trabajo.

–Como les he dicho, veremos qué se puede hacer; desde luego que llevaré su inconformidad, y como no he oído otra voz, entiendo que sus compañeros están de acuerdo –comentó Godínez.

–Ciertamente estamos de acuerdo; y quiero informarle que soy el representante sindical, la directora le puede dar mi nombre completo para que lleve la información correcta.

–Tomo nota de lo que han dicho –respondió Godínez–, estamos a pocos días de iniciar vacaciones; les rogamos estén en comunicación con su directora; a través de ella recibirán indicaciones. Por lo pronto, tienen estos días libres mientras hacen los cubículos, llega el mobiliario y se resuelve lo que han planteado. Por mi parte agradezco su atención y les deseo buena estancia en su nuevo edificio.

Salieron del aula la directora y el representante de la Dirección General, en tanto el grupo continuó dialogando:

–Bueno, compañeros, debemos aprovechar esta circunstancia para que nos doten de los equipos y recursos necesarios; siempre nos han relegado y trabajamos con las uñas.

–Exacto, Pedro, cerremos filas; no exigiremos nada extraordinario, solo lo justo; por ahora mantengámonos en comunicación; esperemos no se complique. Pero ya ven, con eso que llegan a los puestos directivos los amigos, aunque sean unas papas –afirmó Rosario.

–Es imposible que quepamos en el espacio asignado, estaremos amontonados y no podremos ejercer nuestra función; requerimos espacio suficiente, no sólo para estar a gusto, sino para no contaminar nuestros diálogos y nuestro trabajo –expresó Nicasio.

–Cierto, Nicasio. Se me vino a la cabeza pensar en los cuartos redondos que seguro todos hemos visto en las zonas rurales y en los barrios pobres, donde el cuarto es cocina, dormitorio, comedor y a veces hasta baño –comentó Claudia.

–Y todos saben qué calzones traen puestos y viven los sonidos propios de cuando hacen el amor, sin ningún recato, viviendo los menores cosas anticipadamente... donde la moral se diluye –comentó Rosario.

–Como dice la compañera Rosario, viven con los espacios vitales invadidos, sin ninguna privacidad, con sus mentes saturadas por la contaminación de acciones y pensamientos; así estaremos aquí –afirmó Nicasio.

–Bien, compañeros, vámonos, y cualquier cosa nos comunicamos. Voy a la Sección Sindical a dar cuenta de lo sucedido –concluyó Pedro.

–Godínez, le llama el Director General; lo espera en su oficina.

–Sí, Eglantina, gracias; voy para allá.

–Hola, Godínez, siéntate y dime: ¿cómo te fue en Torreón con los aguerridos de la Hermana República de La Laguna?

–Pues el edificio ya está remozado y listo para su entrega.

–Sí, sí, pero del punto de conflicto, ¿qué me dices, Godínez?

–Pues hicieron los cubículos y colocaron los escritorios, y la verdad, al construir el número que decía el plan, quedaron muy reducidos, apenas cupieron los escritorios, tendrán que brincarlos para colocarse en el otro lado. Y si se quisiera colocar una silla enfrente, tendría que quedar fuera del cubículo.

–Entonces muy mal resuelto, es lo que dices; consecuentemente tendremos problemas en cuanto regresen los asesores.

–Así es, Director; y bueno, pues sólo siguieron las especificaciones, pero no cabe duda: ¡habrá problemas!

–Mmm... este es un caso para la ciencia.

Tomando el teléfono, dice:

–¿Señorita, haga venir a la ingeniero Lucrecia Matamoros. Godínez, viene la Ingeniero Lucrecia, explícale en cuanto esté aquí cómo está el asunto para luego darle una encomienda.

–Sí, claro, Director.

–Pase, Ingeniero, le mandé llamar porque tenemos un pequeño conflicto en Torreón; Godínez se lo planteará, tome asiento...

–Bien Ingeniero –dijo el Director–, como ha escuchado, se trata de encontrar una solución; a ver que inventa, usted es muy inteligente y siempre encuentra las respuestas. Conviene que vaya a Torreón a estudiar el asunto. Yo saldré a México, pero el martes nos vemos; le pido prepare un plan para sacar a flote este problema, no escatime nada.

–Con gusto, Director, hoy mismo me traslado a La Laguna.

–Por favor, y mire, le entrego este documento, aquí está todo lo concerniente a la remodelación del edificio, las funciones que se atenderán en él y demás lineamientos que no podemos modificar un ápice por órdenes superiores, ¿comprende?

–Sí, Director, entiendo bien, que aunque haya errores, el que mandó ¡no se ha equivocado!

–Exacto, ingeniero Matamoros; aquí nos vemos el martes para que me informe.

Le bastó a la señorita Matamoros una hora para entender el problema, luego que recorrió el espacio y escuchó los planteamientos de los asesores y de la Directora del Centro; recordó que la solución no podría contradecir los lineamientos de la máxima autoridad, principalmente por cuestiones políticas, costara lo que costara. Todo el camino de regreso pensó en posibles soluciones, pasando Paila, recordó un reporte científico emitido por el centro de investigaciones de la NASA, con sede en Houston, Texas. Llegado a su casa, lo buscó en su biblioteca y pasó gran parte de la noche estudiándolo, tomando datos y haciendo notas; terminó en la madrugada un plan de acción que pondría en marcha temprano; había dormido apenas dos horas cuando el despertador la llamó a prepararse para ir al trabajo.

Llegado el martes, fue llamada la ingeniero Matamoros a la Dirección para que informara si había encontrado solución al problema.

–Y bien, Ingeniero, ¿qué me dice?

–Sí, Director, he encontrado cómo resolver el problema y lo he escrito. Aquí está el plan pormenorizado, sólo falta su autorización para empezar a hacer los contactos y formalizar las acciones a seguir.

–Inicie ya, póngalo en marcha, no necesito verlo, sé que está perfectamente planeado, ¿qué más hace falta?

–Convendría informar y obtener el acuerdo de la sección sindical, Director.

–De inmediato me comunico a Torreón; adelante, no se diga más.

Aquí estoy preparándome para ir a la junta convocada por el sindicato; veremos con qué novedad nos salen; seguro ya habrán avisado a todos los compañeros, de manera que estarán como yo, comidos por la curiosidad de saber si atendieron nuestras demandas.

–Compañeros –dijo el Secretario General del Sindicato–, los he mandado llamar para informarles que el día de ayer por la tarde se comunicó el Director General para informarme de un plan para solucionar el problema que ustedes han planteado; les ruego que confíen en que el sindicato considera que hay voluntad y que nos han presentado una solución, poco ortodoxa ciertamente, pero viable. Ponerla en marcha requiere de la colaboración de ustedes para cumplir con el plan de actividades, el cual exige que vayan a cumplir un proceso de preparación que se llevará a cabo en Texas; por ello se les solicita que tengan a la mano su visa y pasaporte, o simplemente su credencial de elector; se ocuparán ocho días hábiles; estén listos para abordar el camión especial que los llevará a Laredo, Texas, el jueves próximo; partirá a las 8 de la mañana.

–¿Tienen idea de que se trata ese proceso? –pregunté.

–En realidad, no; sólo sabemos que es un método innovador probado y que ayudará a resolver el problema, que es de espacio, en su centro de trabajo; tengan confianza, la ciencia siempre tiene la razón –respondió el dirigente.

Puntuales partimos para Laredo Texas; antes de levantar velas, nos dieron a cada quien una carpeta con unos formatos a llenar; nos recomendaron los leyéramos con cuidado y usáramos el

bolígrafo con tinta violeta para escribir los datos solicitados. Antes de llegar a Saltillo, nos recogieron la carpeta. A mitad de camino entre Monterrey y Laredo, paramos a comer y nuestra plática giró en torno a las ideas que se habían generado entre nosotros ante la incógnita de lo que pasaría en los próximos días.

A media tarde estábamos en el puente internacional; el contacto que nos acompañó en el viaje, bajó para hablar con las autoridades migratorias y regresó con un mexicano-americano de apellido López, quien revisó nuestros documentos y nos indicó con un acento muy pocho que iríamos a la estación del tren.

Esperamos tres cuartos de hora antes de que anunciaran que pasaríamos a abordar el tren de la *Amtrak USA Rail*, el cual nos llevaría a Houston; ya a bordo, una azafata nos obsequió sándwich y café o coca cola, según quisiéramos. Hacía muchos años que no viajaba en tren, desde que íbamos a la ciudad de México a pasar la navidad; ciertamente aquellos carros del tren de Ferrocarriles Nacionales de México eran demasiados modestos con respecto a los lujos que lucía el vagón en que nos habían acomodado, de manera que las horas que duró el viaje hasta llegar a nuestro destino fueron bastante placenteras.

–Falta poco tiempo para llegar –dijo en voz alta nuestro acompañante López–. En Houston nos estarán esperando para trasladarnos al Centro Espacial Lyndon B. Johnson. Ahí serán recibidos y les harán saber dónde estarán hospedados y otras noticias que les orientarán durante su estancia, que serán breves, lo mínimo para que pasen a descansar del viaje, mañana les ampliarán la información.

–Disculpe –dijo Carolina–, ¿se refiere al Centro Espacial de la NASA?

–Así es, señorita, pertenece a la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio, *National Aeronautics and Space Administration*. Perdonen que se los repita en inglés, eso significa NASA, son las siglas en inglés –respondió López.

Fuera de la estación nos esperaba un lujoso autobús en cuyo costado se leía NASA; nos acomodamos en él y en menos de una hora pudimos ver las primeras luces del Centro Espacial; llegamos a una aduana donde hombres uniformados subieron al camión para darnos la bienvenida y observar un poco; acto seguido, dieron la señal para que levantaran una barra que impedía el paso. Pasamos varios edificios iluminados, yo diría que artísticamente, hasta que se detuvo en uno, de cinco niveles, de muy agradable arquitectura, y nos acomodamos en el recibidor o *lobby* como dicen por allá, donde había un mostrador como hay en los hoteles; López se acercó a hablar con la

señorita que atendía el despachador y le dio la lista con nuestros nombres. La señorita nos ofreció la bienvenida y fue leyendo la relación en silencio, localizando las llaves en un mueble con compartimentos pequeños para dárselas a López, quien fue diciendo nuestros nombres y entregando la llave a medida que acudíamos a su sitio, diciéndonos el piso en el que estaba la habitación; todos compartiríamos habitación, según distribuyó la señorita del mostrador.

–Mañana a las 7.30 am deberán pasar al comedor a desayunar; después se pondrá en contacto con ustedes una persona con quien tendrán una primera reunión en uno de los salones adjuntos que ella les indicará. Por mi parte es todo, les deseo feliz estancia y me despido diciéndoles que me dio gusto conocerlos. Buena suerte –se despidió López.

Poco a poco subimos a nuestras habitaciones usando el elevador para llegar al piso y estancia que nos habían asignado; nos dimos las buenas noches. Ya mañana sería otro día.

–Mira Regino, nos dan la bienvenida a la habitación con un buen refrigerio; creí que no íbamos a cenar.

–También hay una carta, Pedro; nos piden que antes de desayunar vayamos al salón C, que está al final del corredor de acceso al comedor, para que nos tomen una muestra de sangre.

–¡Ah, muy bien! Bueno, Regino, pues tomemos nuestros sagrados alimentos, descansemos y preparémonos para esta aventura; ya veremos en qué consiste este famoso “proceso” del que nadie nos dice su fondo.

A las cinco y media de la mañana sonó el despertador y nos turnamos en tomar una ducha con toda calma, vestirnos y esperar la hora de ir al salón C a dejar nuestra muestra de sangre.

Fuimos la tercer dupla en llegar al salón; pronto llegaron dos señoritas, traían un carrito con instrumentos y tubos de ensayo, abrieron el salón, que tenía dos espacios comunicados entre sí, entraron al posterior, acomodaron su carrito y llamaron a las primeras dos compañeras. En quince minutos más caminábamos Regino y yo al comedor; tomamos nuestras charolas y circulamos paralelos a la barra donde estaban dispuestos los alimentos ofrecidos para que escogiéramos los que fueran de nuestro agrado.

Cuando observaron que todos habíamos desayunado, de una mesa que estaba al fondo del lado derecho, se desprendió una señora como de cincuenta años, de muy buena apariencia, enfundada en una bata blanca y con un muy buen español nos dio la bienvenida y nos explicó que durante los siguientes ocho días seríamos sometidos a una serie de mediciones y exámenes biológicos y mentales; nos suministrarían distintos medicamentos y soluciones; e igualmente nos expondrían a escrutinios y aplicación de diferentes emisiones radiológicas en aparatos especiales, después de los cuales, seríamos valorados y seguirían los efectos de los tratamientos y exposiciones; nos explicarían puntualmente que era lo que estaba sucediendo con nuestro organismo para lo cual observaríamos filmaciones que se estarían tomando durante los procesos programados, los cuales nos ayudarían a comprender lo que estaba ocurriendo si acaso notábamos algunos cambios o efectos que pudieran preocuparnos. Hicieron hincapié en que no nos quedáramos con dudas en cada paso superado ni hiciéramos conjeturas personales o en grupos; en síntesis, que íbamos a ser de los pocos humanos que habían sido sometidos a los procedimientos programados, los cuales estaban perfectamente evaluados y aprobados por la Organización Mundial de la Salud; sólo nos solicitaron que firmáramos estar de acuerdo en que nos aplicaran los estudios y ejercicios establecidos, asegurándonos que no corríamos el mínimo riesgo para nuestra integridad física y mental. Al preguntarnos si estábamos de acuerdo, y habiendo respondido positivamente de forma unánime, nos entregaron una carpeta con documentos escritos en inglés y previa explicación del contenido de cada párrafo, firmamos de conformidad. Finalmente nos dijeron que nos llevarían al primer laboratorio, donde nos darían una vestimenta especial que deberíamos usar al interior de las instalaciones. Cada día, después de las actividades programadas, la dejaríamos contenidas dentro de una bolsa plástica y así sucesivamente cada jornada durante el procedimiento.

–Los dividiremos en tres grupos, cada grupo tendrá dos coordinadores que les dirán sus respectivos nombres –nos dijo una mujer rubia, de la cual no recuerdo el nombre, pero sí su agradable apariencia–. Pasen al lobby y a abordar el vehículo que los llevará al lugar de su primera cita.

No hubo ningún comentario durante el trayecto; observaba el rostro de los compañeros y era obvio que todos estábamos meditando sobre el significado de lo que acabábamos de autorizar y cuál sería el resultado; a mí me tenía ciertamente intrigado por qué habrían recurrido a esta forma

de resolver un problema que no era tan complejo y, sobre todo, no podía imaginar siquiera el costo que implicaría la solución considerada como la más efectiva.

Con la indumentaria que nos habían proporcionado a cada uno, pasamos al primer laboratorio, que más bien parecía un gimnasio. Antes de entrar a la sala grande, un joven nos preguntó nuestro nombre, anotó algo en su lista y nos proporcionó una ampollita como de ocho centímetros que contenía un líquido verdoso, que me hizo recordar unas ampollitas de *Lancome* que usaba para que no se me cayera el pelo, inútiles por cierto, al tiempo que nos indicaba que una ampollita igual deberíamos tomar cada día justo antes de iniciar las actividades y que si acaso notábamos, cosa poco probable, que no nos la proporcionaran, lo advirtiéramos al personal para corregir el error.

Las siguientes horas las pasamos de un aparato a otro haciendo uso de ellos según su función, los guías anotaron los resultados y evaluaron nuestra capacidad muscular, respiratoria y la velocidad; nos midieron y pesaron, tomaban nuestra presión arterial y escuchaban el corazón con periodicidad, preguntándonos si nos sentíamos bien, o sufríamos alguna molestia. De ahí nos pasaron a otro espacio, donde tomaron radiografías de todo el cuerpo; luego a la sala de ultrasonido para escanear cada uno de nuestros órganos; lo más interesante, luego de un descanso usado para reunir en un expediente digitalizado los resultados de las pruebas y estudios, fue que pasamos a un área donde había unas máquinas muy parecidas a las usadas para hacer tomografías; por turno nos acostaron sobre la plancha móvil y vimos moverse el círculo, como de quince centímetros de ancho y siete de espesor, a lo largo de nuestro cuerpo; pudimos ver que una luz giraba a mitad del círculo, aunque nada se sentía; esto sucedió cuando menos cuatro veces, siendo cada vez la luz de distinto color. Finalmente fuimos llevados a una sala que semejaba a las de aplicación de quimioterapia y nos suministraron, por vía intravenosa, un suero azul. Cuando se terminó de introducir el líquido, eran las cuatro y media de la tarde, según marcaba el reloj que había en el muro sobre la puerta de la habitación.

–Esto es todo por hoy –dijo la enfermera–, los llevarán al vestidor para luego trasladarlos al edificio estancia.

–Dígame señorita –interrumpió Evangelina–, ¿cómo se llaman estas instalaciones? Ya ve que los edificios no tienen nombre; ¿dónde nos encontramos?

–Estamos en el Centro de Investigaciones Moleculares para el Espacio Exterior, así sería en español.

–¡Ah muy bien! –agregué– le llamaré el CIMEE, para abreviar.

–Así correspondería. Qué descansen, mañana nos veremos. Según observo en el plan, esta tarde tomarán sus medidas a todos ustedes a fin de confeccionarles ropa apropiada y especial para cuando terminen el proceso y regresen a Torreón.

Al día siguiente, al entrar al comedor, nos dieron la ampolleta que deberíamos beber antes de cualquier cosa; después de ingerirla pasamos a tomar los alimentos del desayuno; terminando todos, pasamos al *lobby* y de ahí abordamos el camión que nos llevó al CIMEE; en esta ocasión fuimos llevados a un espacio donde había unas cámaras octagonales de cristal; a través de una puerta de acceso, nos hicieron pasar al interior, previa explicación que estaríamos expuestos a vapores de distintos colores; no tendrían olor alguno, como comprobaríamos al estar expuestos a su contacto. Esta rutina se repitió cada jornada. Al medio día del antepenúltimo, nos reunieron en un auditorio. Había al frente, a un costado de una mesa donde estaban tres hombres, unos recipientes de plástico transparente donde dentro de bolsas había ropa; las bolsas eran grandes pues cabían cuatro juegos para cada uno de nosotros.

–Estamos casi al final del proceso. Los días faltantes estaremos valorando en cada uno de ustedes los resultados de las sustancias suministradas y la exposición a los aparatos –dijo Robert Taylor.

Taylor era el mayor de los hombres que presidían la reunión; nos presentó a los dos, que eran, según nos explicó, los doctores creadores del método que habíamos estado siguiendo.

–Por favor, llegando a la estancia pruébense sus juegos de ropa; si no hay ningún problema, que no debe haberlo, mañana usen uno de ellos; las mujeres, por favor, pónganse uno de pantalones –nos comentó Peter.

–Mañana será muy interesante –prosiguió Martin, el más joven–, hemos valorado los resultados y todos están perfectamente dentro de los parámetros. Iniciaremos, como es costumbre, bebiendo la solución HCr₂; desayunarán como normalmente lo hacen, pero este día usaremos unos arcos de radiaciones especiales, iguales a los que enviaremos a Torreón; mañana sabrán los detalles.

–Pasen a recoger su ropa y vayan a descansar. Mañana nos veremos temprano, bueno, a la hora de siempre. –Dijo el doctor Taylor.

En nuestras habitaciones, Regino y yo nos medimos la ropa; no pude dejar de comentar que la indumentaria, tanto interior como exterior, estaba hecha de un tejido que no había visto nunca, su textura era como de nylon muy fino; había dos de color gris, uno blanco y otro azul marino y su

diseño me hizo recordar los uniformes que usaban los personajes de la serie de televisión Viaje a la estrellas; juraría que eran casi idénticos.

Ya en el CIMEE, fuimos conducidos al último piso del edificio y entramos a un espacio rectangular que parecía estudio de televisión; había una pista central, donde se observaban dos arcos o pasadizos que medían dos o quizá dos y medio metros de largo, uno seguido del otro, mediando un espacio como de siete metros entre ellos. En los cuatro costados había cabinas, una de ellas se notaba era el centro de mando, lo pudimos comprobar al momento que nos pasaron a él y vimos los tableros, botones, controles, palancas pequeñas, pantallas y, bajando del techo, micrófonos. Efectivamente, parecía una cabina de grabación; el conjunto de instrumentos estaba pegado al cristal y permitía, desde arriba, ver la pista. En la parte de atrás había muebles que obviamente eran computadoras y otros aparadores; en las otras tres cabinas solo había asientos para que se acomodaran los observadores; la iluminación era muy apropiada para que no se perdiera detalle de lo que ahí sucediera. Habiendo entrado por un costado, después de subir una escalera y recorrer los espacios señalados, bajamos para entrar a un salón, donde nos acomodaron.

Poco después entró la doctora Rogers, quien nos había recibido en el CIMEE, acompañada de una señorita y nos comentó que todo estaba listo para la última fase; que ella estaría arriba en la cabina de control y que su acompañante nos haría pasar a la pista. En seguida nos indicó que a una orden de la cabina deberíamos pasar por el primer arco y esperar en el intermedio, donde había una silla; luego a otra indicación, deberíamos caminar alrededor del primer arco hasta que nos dijeran que suspendiéramos la caminata; después nos indicarían pasar por el segundo arco y repetir las acciones, es decir, sentarnos un rato después de pasar el segundo arco y luego caminar alrededor de él. Nos explicaron que este procedimiento lo repetiríamos en tres ocasiones. Después de cumplir lo planeado, pasaríamos a una sala de reposo, donde un cuerpo de médicos revisaría, según el protocolo, nuestra condición física y mental. Si todo resultaba correcto, el día siguiente se haría la misma rutina.

Así dispuesto, fuimos pasando uno por uno. No sé cuál sería la experiencia vivida por mis otros compañeros; les relataré lo que yo viví. Antes de pasar me dieron un aparato, eran audífonos, e integraron un pequeño micrófono inalámbrico; en el interior me indicaron pasar por el primer

arco, el que estaba a mi izquierda, que diera tres pasos y esperara ahí en el centro del pequeño corredor hasta que me indicaran avanzar para salir de él. Realizado esto indagaron si me sentía bien en todos sentidos, al responder afirmativamente, me indicaron que caminara alrededor del arco, que si sentía alguna molestia o sensación rara me sentara en la silla; como no reporté nada, repetí la operación tres veces, después de lo cual me indicaron pasar por el segundo arco y si no había nada que comentar repitiera el mismo procedimiento. Debo decir que cuando realicé lo descrito, solo había un reflector que aluzaba a mi persona, y al interior del arco y pasadizo solamente se oía un leve zumbido. Al terminar inquirieron si tenía alguna sensación; respondí que sentía un poco de calor y un cosquilleo en todo mi cuerpo, nada alarmante; que asumía era algún efecto de lo que presumía recibí dentro del arco, quizá una especie de radiación.

En la amplia sala de reposo había una serie de camas de hospital, separadas cada dos, por cortinas de tela plastificada de color blanco. Nos visitaron para tomar la presión, medir nuestra temperatura, observar nuestras retinas y los movimientos de piernas y brazos que nos solicitaron hiciéramos; así como movimientos del cuello en distintas direcciones. Al terminar de revisarnos, el equipo médico nos pidió que pasáramos a una sala de proyección, en la cual veríamos qué había pasado durante el proceso descrito. Lo que tuvimos a la vista fue verdaderamente sorprendente, la sorpresa no decayó el segundo día que observamos lo proyectado y más de sentirnos perfectamente. Ciertamente comenzamos a cuestionar cuál era el propósito final de habernos sometido a tan novedoso procedimiento, que debería estar en la vanguardia de la ciencia, pero seguro ninguno debió concluir cómo terminaría este asunto.

Al día siguiente, al filo del inicio de la tarde, ya estábamos abordando el camión para regresar a Torreón. Antes de salir nos comunicaron que en la noche anterior había salido un camión cargando arcos similares a los que habíamos visto, pero no tan largos, sino de cincuenta centímetros, los cuales serían instalados en la sede del Centro de Capacitación y estarían listos para su funcionamiento en el momento en que nos presentáramos a trabajar. El regreso lo haríamos en la unidad de transporte que abordamos en el CIMEE, nos seguiría un camión tipo ambulancia, donde iría personal médico por si algo se ofrecía, pero nada se ofreció, fue un viaje muy tranquilo. Llegamos a Torreón casi al amanecer. Nos dejaron afuera de nuestra nueva sede, donde a la mayoría nos esperaban para llevarnos a nuestras respectivas casas.

–Bien compañeros –dijo Claudia–, creo que tenemos muchas cosas que contar, que pensar y más que vivir a partir del martes próximo.

–Así es, Claudia; aquí se rompió una taza y cada quien, para su casa, –respondí.

Un día antes de volver al trabajo, me comuniqué con la directora del Centro para preguntarle qué había pasado durante nuestra ausencia. Me explicó que se habían llevado los escritorios nuevos, que se había rediseñado los cubículos y habían traído otros escritorios de recién hechura, pero que de eso nada comentaría, que hablaríamos después de que los viéramos, porque a ella no se le había ocurrido pensar qué estaba detrás del cambio de los muebles, más cuando le pidieron de Saltillo que tuviera calma, que ya entendería. También me comentó que había llegado personal de la NASA, el cual había colocado unos arcos y esperaría unos días más antes de regresar a Houston, después de asegurarse de que todo funcionaría como estaba previsto.

Llegado el día, me puse uno de los trajes manufacturados en el CIMEE y me dirigí al Centro; cuando arribé solo faltaba Fátima de llegar; nos reunimos en el salón frente a la futura área de trabajo; apenas entró Fátima llegó la Directora y dos personas que habían venido a colocar los arcos; uno de los cuales estaba al traspasar la puerta de ingreso al edificio y otro, al salir del área de trabajo; nos explicaron que cada uno, antes de pasar el arco deberíamos accionar un botón rojo que estaba en el marco de aluminio del arco, esperar en el interior del arco tres minutos, los cuales serían marcados por el reloj digital que estaba a la vista y dirigirnos después a nuestra área de trabajo. Algo similar deberíamos hacer al salir del área de trabajo; de hecho, lo tendríamos que repetir cada vez que ingresáramos o saliéramos del área de trabajo y del edificio.

La Directora nos dio un plano donde estaban dibujados los cubículos y los nombres de quienes los ocuparíamos. Dicho lo anterior, salimos del edificio y nos formamos para ingresar y pasar por los arcos tal como se había indicado. Al estar en arco, todos sentimos un poco de calor y ese cosquilleo que experimentaríamos cada vez que hiciéramos uso de ellos. Del otro lado del arco, justo a la entrada del área de trabajo, estaba el personal de la NASA y la Directora, a la que, al vernos llegar y entrar al área de cubículos, por poco sus ojos se salen de las órbitas, al tiempo que casi se le caía la baba; se notaba que no podía creer lo que estaba viendo; no pudo articular palabra hasta que salió del azoramiento y pasó al espacio donde ya estábamos acomodados e igualmente asombrados al entender por fin el sentido del proceso que vivimos en el CIMEE de la NASA; cuando pudo hablar, expresó:

–Compañeros, nunca imaginé que pudiera suceder lo que acabo de ver; ¿cómo es posible que cada uno de ustedes pueda reducir su tamaño, cuando menos en un cuarenta por ciento?

–Sí, resulta asombroso, Directora, pero ya ve –dijo Claudia–, es una realidad.

–Por fin entiendo por qué, al contrario de lo reclamado, habían reducido el tamaño de los cubículos y habían mandado hacer escritorios y sillas de la mitad de las medidas normales. ¡Qué barbaridad!

Tardó días la Directora en acostumbrarse a sentirse Gulliver en su primer viaje, y mucho más las personas que solicitando asesoría, reconocían a las personas que antes las habían asesorado. Igual ocurrió con los que por primera vez acudían al darse cuenta que habíamos reducido de tamaño, provocando admiración y miles de interrogantes. En los días siguientes nuestro espacio de trabajo parecía una romería, pues se multiplicaban las solicitudes de atención; era notorio que los motivaba la curiosidad cuando se corrió la voz y fue novedad de prensa y televisión en la ciudad.

Pero lo más interesante fue que a las pocas semanas se corrió la noticia, entre las personas que acudían a solicitar el servicio, sobre la calidad y la innovación en las recomendaciones y orientaciones recibidas; todos salían maravillados de la forma en que habían sido asesorados en la resolución de sus problemas por complejos que fueran.

Nosotros mismo habíamos caído en la cuenta de que al leer y estudiar nuestros materiales y lecturas, parecíamos leer entre líneas, comprendíamos con mayor rapidez y profundidad. Cuando discutíamos entre nosotros los contenidos, obteníamos brillantes conclusiones; pronto se nos ocurrió escribir sobre nuestras disertaciones y mandar nuestras propuestas a casas editoriales, las cuales, sin reserva, aceptaron nuestros textos, haciendo una colección de ellos aprovechando que teníamos diferentes especialidades.

El éxito hizo que los autores que estudiábamos discutieran con nosotros los puntos de vista, opiniones y propuestas publicadas; de los autores ya muertos, pero clásicos como referentes, nos escribieron las autoridades del momento, los estudiosos de ellos. En suma, concluimos por los resultados y evidencias, que el tratamiento recibido no sólo había modificado nuestras estructuras para reducir las de tamaño a efecto de las radiaciones recibidas de los arcos, sino que nuestra inteligencia había mejorado de manera notable y la productividad y rendimiento se había multiplicado considerablemente.

La máxima autoridad del Estado fue informada de la revolución que el grupo de asesores estaba provocando y se sintió muy orgulloso de nosotros; recibíamos invitaciones a granel y casi

nos pedían autógrafos en la calle cuando nos reconocían; sin dejar de pasar, sin duda, ver nuestra estatura normal y lo que sucedía cuando achicábamos nuestras personas. Al momento de las entrevistas nos preguntaban sobre el fenómeno que acontecía, entonces explicábamos que éramos la antítesis de la tendencia a lo macro, donde todo se ofrecía en tamaño gigante: los refrescos, las hamburguesas, los edificios, los jugadores de basquetbol, los récords de miles de cosas, los aviones; etc. etc. Al contrario, estábamos del lado de la miniaturización, éramos ejemplos de un proyecto de la NASA que buscaba reducir los costos de sus naves y satélites y de sus aparatos científicos y así elevar la eficiencia y eficacia en el desempeño de máquinas y personas en los viajes espaciales.

Un día recibimos una invitación del gobernador; quería darnos un reconocimiento por haber puesto en alto el nombre de nuestro Estado; quería hacerlo antes de que terminara su gestión y así fue. Organizó un gran evento en Saltillo, al cual asistieron líderes científicos y de la cultura de renombre mundial, personalidades del gobierno federal, estudiantes sobresalientes de universidades nacionales e internacionales, principalmente políticos, como si comprendieran el suceso, y por supuesto nuestras familias. Fue un evento memorable que estuvo en los noticiarios del país. Luego volvimos a nuestra rutina, con visitas periódicas del personal del CIMEE, quienes traían paquetes de dosis de las sustancias necesarias para alimentar nuestro organismo a fin de que fuera sensible a las radiaciones.

Ha pasado rápidamente el tiempo, recién rebasamos el año y medio de vivir esta experiencia y estamos estrenando gobierno, el que inició el primero de diciembre del 2018, y las noticias son lo que encontró el nuevo funcionario mayor: el Estado hecho un desastre financieramente hablando, o sea lo mismo de siempre, y ha anunciado una época de austeridad y de auditoría exhaustiva a las cuentas públicas. Apenas ayer nos enteramos que revisando los presupuestos gastados, preguntó el jefe del ejecutivo de qué se trataba nuestro proyecto, queriendo saber la justificación de por qué se habían invertido tantos miles de dólares en él.

–Regino, me gustaría ver la cara del gobernador cuando le expliquen que este proyecto fue la alternativa para atender un problema que se exageró al extremo y la cual fue aprobada por el Director General para quedar bien con el programa del gobernador anterior y que nadie se atrevió a contradecir atendiendo a su máxima de que “nunca se equivocaba, ni daba marcha atrás a sus decisiones...”.

–Sería interesante, Pedro, pero si es algo inteligente, seguro le dará la razón a André Breton, y pensará ¡Como México no hay dos!

–Pero mira, Regino, quizá valore las cosas positivas, aunque dudo apruebe la solución financiera.

–Exacto, Pedro, en cuestión de presupuestos hubiera salido muchísimo más barato haber habilitado dos espacios para destinarlos a cubículos de los asesores, aunque fue una experiencia extraordinaria. Todo tiene sus pros y contras. Y como siempre, no deja de ser nuestro país el paraíso del surrealismo.

–Pues, compañeros –dijo Pedro dirigiéndose a todos–, esta historia llegó a su término: el Sr. Gobernador ha suspendido el proyecto. Ya debe estar negociando con la NASA el fin del contrato, el lunes volveremos a la realidad.

Voy de prisa, no escuché el despertador y voy a llegar barriéndome en home. Sólo pasaré al puesto de la esquina para comprar el periódico; hoy revisaré la fecha, porque don Chenko luego me vende el periódico del día anterior: “20 de febrero de 2017”

–Perfecto, don Chenko, ahora sí me dio el periódico del día.

–Estoy llegando a tiempo –pensaba Pedro–, voy a mi cubículo a pasar el mal rato de brincar el escritorio para sentarme en la silla que apenas cabe. Ah, creo que me llama la directora.

–Pedro, buen día, pase a mi oficina para comunicarle una buena noticia.

–Sí, dígame, Directora.

–Ayer tarde, ya de salida, recibí una llamada de Saltillo, era para decirme que hoy, que por cierto debe estar por llegar, vendría la ingeniera Lucrecia Matamoros, estará con nosotros para hacer unas observaciones al edificio y encontrar una solución al problema que ha surgido y que da pie a nuestro reclamo. ¿Cómo ve?

EL MISMO PECADO

–¡Rodrigo Alcázar! ¡Tiene visita! ¡Venga a la puerta, avance, camine delante de mí!

–Sí, gracias, ¿sabe usted quién me busca?

–Debe ser su abogado; a esta hora sólo ellos pueden entrar. Pase al separo.

–Hola, doctor Alcázar. ¿Cómo pasó la noche?

–Como siempre: durmiendo con sobresaltos. ¿Qué lo trae por aquí este día, abogado?

–Le traigo buenas noticias: ayer el juez firmó su orden de libertad; ya debe estar llegando a la Dirección del penal. Quizá para el mediodía podrá usted salir; iré a ver cómo va ese trámite. Solamente quise venir antes a comunicarle la resolución. Aquí estaré al pendiente para acelerar este asunto; mientras prepare sus cosas.

–Bueno, para lo que tengo no gastaré ni diez minutos; más bien aprovecharé para tener una última plática con mi compañero de celda, que está más emocionado que yo, y siempre confiaba en que este día llegaría.

Había llegado el momento de dejar ese lugar que nunca imaginó iba a pisar. Menos imaginó pasar seis meses ahí, prácticamente aislado, como prescribe el procedimiento penal; ese marzo, en unos días más, cumpliría 60 años de vida y la circunstancia lo había obligado a pensar qué haría por el resto de su existencia; desde luego dejar la ciudad y quizá el país, proseguir su actividad investigativa, algo de lo poco que le faltaba para concluir su último libro, que, dados los antecedentes, tendría que publicar bajo algún seudónimo; aunque no faltaría quien reconociera su estilo. Afortunadamente su editor lo apreciaba y no se negaría a apoyarlo en su propósito; absorto en su pensamiento, no se percató que había llegado a su celda.

–Regresaste pronto, amigo.

–Sí, Melchor, era mi abogado para informarme que hoy mismo dejaré la prisión.

–¡Lo sabía! ¿Ya ves? No tenían elementos, solo los entuertos del fiscal habían oscurecido tu caso; si no hubiera tanta corrupción, hace tiempo habrías salido; ¿y qué harás? ¿Te irás de México como has pensado?

–Creo, es lo más conveniente; afortunadamente tengo los recursos y ahora, con mayor razón, todo el tiempo del mundo –respondió Rodrigo.

–Te voy a extrañar, compañero; ahora tendré que ilustrarme por mi cuenta en la historia de nuestro país.

–Veré que no te falte que leer, amigo Melchor; eso te lo prometo. Yo también te extrañaré, sobre todo echaré de menos tus cuestionamientos, mejores que los de muchos de mis antiguos compañeros de la facultad.

La plática no estorbó a Rodrigo para arreglar sus pocas cosas: un rastrillo fuera de época, sus libros, sus apuntes, su maquina de escribir –propia de un museo–, sus amigables pantuflas de lana, sus juegos de lentes y lupas, en fin, como había dicho, pocas cosas; apenas las había acomodado, cuando el celador detrás de la puerta le dijo que lo llevaría al área de salida.

–Hasta luego, Melchor, llegó el momento; tu compañía fue muy importante para no sentir el peso de esta reclusión.

–Sí, Rodrigo llegó el momento; deja darte un abrazo amigo mío, seguro es el último.

En el área previa a la de salida le entregaron un paquete con la ropa y efectos que llevaba cuando ingresó al penal.

–Aquí están sus pertenencias, esta es la lista y aquí está el recibo para que firme; ¿no falta nada?

–No, celador, que yo recuerde, era todo lo que traía; gracias.

Rodrigo fue pasado a un pequeño salón donde el abogado lo esperaba.

–Vámonos, maestro. Afuera está su hija y su nieta, ya deben estar desesperadas y ansiosas de verle y llevarlo a su casa.

–Sí, licenciado, también me muero por abrazarlas.

Fuera del penal, encontró a sus amores, que lo abrazaron con lágrimas contenidas.

–Gracias, abogado. Nos vamos. Si algo se ofrece, usted tiene mi teléfono. –dijo Beatriz.

–Sí, señora, no se preocupe, no habrá problemas; sólo me percataré que todo el papeleo esté en orden. Que disfrute a su papá.

El abogado vio al automóvil alejarse y se encaminó a las oficinas para revisar si había quedado algo pendiente.

–Qué bonita estás Sofía, has crecido mucho.

–Abuelo, si sólo han pasado seis meses; estoy igual que en septiembre.

–Pues sí, es verdad, pero a mí se me hicieron eternos. Y tú, hija, ya no llores, mira, todo volvió a su cauce.

–Perdona, papá, no lo puedo evitar, pero te aseguro que son de felicidad; estoy muy contenta de que estés otra vez entre nosotras.

–Bueno, hija. Y tú, dime Sofía, ¿cómo te ha ido en la escuela?

La plática hizo corta la distancia entre penal y la casa de Rodrigo; pasaron y en la sala estaban viejos amigos de Rodrigo; le aplaudieron y lo abrazaron con cariño.

–¡Qué sorpresa! Estas niñas no me dijeron nada de que aquí estarían todos ustedes, pero me da gusto que así sea.

–Esto merece un brindis; por favor, tomen su copa y relájense. Todo estará bien.

–Sí, hija, gracias. Bien, ya que los veo todos listos, quiero decirles que brindo por su amistad; sinceramente pensé que después de todo este lío nadie querría hablarme; se los agradezco de todo corazón.

–Por ti, Rodrigo; brindemos amigos –dijo Diego, su viejo compañero.

Sonó el despertador y Rodrigo se despertó sobresaltado; de pronto no supo en que sitio estaba, tardó para poco a poco reconocer su recámara; ya sereno, revivió la experiencia de la tarde anterior y se quedó un rato más en la cama; lo despertó cierta algarabía en la cocina y la voz de Beatriz que le decía:

–Soy yo, papá, te estoy preparando un café; ya subo.

–Perfecto, hija, me despabilaré un poco para bajar.

–Te preparé el desayuno que le gustaba tu admirado Venustiano Carranza, ya sabes: queso de cabra en salsa de tomate con cebolla, y tu agregado, rajas de chile poblano; frijoles de la olla y tortillas de harina.

–Mmmm... extrañaba este desayuno. Un día estuve a punto de convencer al guisandero del penal que preparara un desayuno como el que has cocinado, pero temió que lo castigaran por cambiar el “suculento menú”... listo, hija, bajemos a desayunar.

–Anoche pensé en que debo hablar con mi amigo Dídac Puigdemont; le pediré que me consiga donde vivir en Cataluña; estarás de acuerdo que con el antecedente supuestamente recién resuelto, no estoy seguro aquí; más vale poner distancia, irme a trabajar a España por un tiempo; tengo todos los documentos fuente, por tanto, podré escribir el libro allá. Estoy seguro de que Dídac estará de mi parte y me apoyará en mi propósito; en cuanto me responda, prepararé el viaje; mientras tanto, pondré en orden los documentos, las USB, las notas y revisaré el índice que pensé mientras estuve recluido.

–Me parece bien, papá, lo único que no me gusta es que no te tendremos cerca, en estos seis meses te extrañamos, sobre todo Sofía, que recordaba siempre las tardes que pasaba contigo.

–Sólo será por un tiempo; en tanto termine el libro, veremos cómo están las cosas por acá; si están calmadas, quizá sea seguro volver; debemos no olvidar los hechos; si con la investigación que he estado haciendo se causó tanto temor entre la clase política y el gobierno, deberán estar pensando lo peor al suponer los resultados concretos de la misma; no se quedarán de brazos cruzados.

–Hola, Rodrigo, perdona que te llame a esta hora, sé que apenas está amaneciendo en tu tierra. Te quiero comentar que ya tengo visto donde puedes vivir. Se trata de una ciudad pequeña, cerca de Barcelona y de la Universidad; en un pequeño departamento, con todos los servicios cerca; creo es lo que necesitas para empezar, para que no llegues a hotel; a lo mejor conoces la ciudad, se llama Sant Cugat del Vallés.

–Sí, Dídac, he estado ahí, pero muy poco, casi de pasada; me parece bien tu propuesta y, ¿qué hay que hacer? ¿Qué necesitas que te mande? Aparte de dinero, claro.

–Nada, amigo, sólo que me digas si estás de acuerdo; estoy aquí con el arrendatario, en cuanto me des tu visto bueno, firmo lo necesario; Acá arreglaremos cualquier cosa. ¿Cuándo piensas viajar? Para coordinar las fechas y todo eso.

–Muy bien, estoy listo, Dídac. Hoy mismo compro los boletos de avión y de inmediato te aviso la fecha exacta.

–Vale, estimado Rodrigo; me dará gusto que estés cerca para seguir nuestros interesantes diálogos.

–En cuanto amanezca por allá, te llamaré para darte los pormenores. –comentó Rodrigo.

–Muy bien, espero tu llamada para avisar al arrendatario la fecha de tu llegada a Barcelona.

La casa, más bien una majestuosa casona ubicada en la Avenida de Cerdanyola, fue donde Rodrigo se alojó; su dueño, Esteve Barbés, la había heredado de un tío, quien aprovechando sus varias y amplias habitaciones, había decidido hacer algunos departamentos donde se alojaban maestros foráneos de la Universidad y viajeros ocasionales; Esteve decidió continuar con el negocio de los arrendamientos, dejando para ello desde hacía como treinta años su casa paterna de Reus, en la provincia de Tarragona. Siendo amigo de Dídac, le dio un buen precio en la renta del pequeño departamento que por el momento cubría muy bien las necesidades de Rodrigo, ya que estaba cerca del Parc de la Pollancreda a donde gustaba ir a caminar cada mañana y alguna tarde, costumbre que inventó en sus dos meses y medio que tenía de vivir en Sant Cugat. Trabajaba en su libro por las mañanas y noches; a veces por las tardes, cuando no se iba a Barcelona. Se acostumbró rápido y caminaba a la estación de los Ferrocarriles de la Generalidad de Cataluña, tomaba el tren y en 30 minutos estaba ya en la Plaza Cataluña; gustaba ir a la Catedral y caminar por el Barrio Gótico, comer en Els Quatre Gats, visitar la Catedral del Mar, salir a las Ramblas y tomar un café con Dídac en el restaurante del Hotel Oriente Atiram de Ramblas 45. Cuando no, acordaban reunirse en la Terraza de El Corte Inglés, degustar un café o vino de verano y platicar de cómo le iba a Dídac con sus clases y discutir cosas teóricas de literatura, historia y otros temas afines que a veces se intensificaban mucho, sobre todo cuando les hacían eco los amigos de Dídac, académicos la mayoría.

Rodrigo sentía a veces que gastaba mucho tiempo en ir al Montjuic, ver la ciudad desde sus alturas, visitar el Museo Nacional de Arte de Cataluña, bajar en teleférico y visitar el Museo de Joan Miró o caminar por las Ramblas hasta el Museo Marítimo, ver el mar desde la Barceloneta y regresar para continuar por el Paseo de Gracia y ver las obras arquitectónicas de Gaudí y, por

supuesto, visitar incansablemente la Sagrada Familia, donde se pasaba todo el tiempo admirando la construcción que lleva más de un siglo, sus detalles y el ingenio aplicado en su ingeniería. También iba a veces a un concierto al Palacio de la Música, así se sentía con un poco de desosiego. Una tarde que su arrendador le preguntó cómo se la estaba pasando en Barcelona, Rodrigo le platicó su inquietud: estaba feliz, pero con remordimiento.

–Mmmm... entiendo, Rodrigo, pero así pasa, Barcelona enamora rápidamente. Déjeme pensar y revisar algunas cosas; creo que puedo tener la solución para que te concentres en lo que tienes que hacer.

–Mucho te lo agradeceré, Esteve; toca volver al carril, ja, ja, ja, ja.

–Buen día, Rodrigo, ¿qué tal la caminata de esta mañana?

–Muy bien, hoy coincidí con un grupo de damas jóvenes, así que caminé a gusto detrás de ellas, aunque no dejé de pensar en los galgos –respondió Rodrigo soltando una carcajada.

–Tengo una propuesta: mi familia tiene una casa en el campo, Mas le dicen por acá; está en Riudoms, en Tarragona, no lejos de aquí, es poco usada por la familia, casi no la visitan, es una casa grande construida a finales del Siglo XIX, pero está en perfecto estado; ahí vive Victoria, maestra jubilada, es una especie de ama de llaves; ahí habita junto a una mujer mucho más joven que ella, es quien la cuida en realidad; tiene mantenimiento y está aislada en medio del campo; perteneció a un escritor que tuvo cierto éxito, pero cayó en el olvido luego de que fue perseguido durante el franquismo y su obras confiscadas y prohibidas. El campo es bonito, hay vid y olivos; un par de cuidadores contratan trabajadores para realizar las labores y luego recoger los frutos; creo que sería ideal, ¿cómo ves?

–Me es atractiva la idea, Esteve; creo que me decidiré, se lo platicaré a Dídac.

–Él sabe de ella. Dídac es de por aquellos rumbos, por eso lo conozco de hace muchos años.

–No se diga más, ¿cuándo podré trasladarme a esa casa?

–Si quieres mañana mismo, yo te llevaré, si te decides, para instalarte, ver que se puede necesitar y dejar todo arreglado.

–Muy bien, dime la hora para estar a tiempo llegado el momento –dijo Rodrigo.

–Nos iríamos a las 10:00 de la mañana.

Antes de las diez de la mañana, Rodrigo estaba en la planta baja con sus maletas en orden. Apenas se había sentado en el sillón del recibidor cuando entró Esteve con una canasta de mimbre, como las que se usaban antaño para ir de día de campo; al notar que Rodrigo se fijó en ella, dijo:

–Ayer fui a Barcelona y pasé a La Boquería a comprar bacalao y quesos; a Victoria le encanta el bacalao con piquillos; lo compré ayer porque hoy tomaremos la autopista y rodearemos un poco Barcelona para ir por la costa.

–Ah sí, me llevó Dídac a comer ahí, me encantó ese mercado; me dijo nuestro amigo que es muy antiguo y famoso, un atractivo turístico dentro de las Ramblas y, pues claro, se entiende su fama, es muy pintoresco –comentó Rodrigo.

–Te iré explicando un poco de lo que encontremos en el camino. Haremos a lo mucho... dos horas, según esté el tráfico, bueno el tránsito; te habrás fijado que por acá, en España, usamos más tráfico que tránsito. Costumbres, costumbres; pero si quieres dormir o te aburro, me dices.

–No creo que duerma ni que me aburras, Esteve; siempre me interesa conocer sobre los sitios donde ando, así que no te preocupes, cualquier cosa te preguntaré.

El recorrido fue entretenido por el conocimiento de nuevos paisajes, comunidades con sus características construcciones, diferentes a las conocidas en La Laguna; eran asombrosas sus buenas carreteras; se notaba que Cataluña tenía poderío y riqueza; pasaron varias casetas de cobro, cuando Esteve comentó:

–Adelante está la desviación; pasaremos Reus y a pocos kilómetros se verán los campos de Riudoms.

–¡Qué bonita tu tierra, Esteve!

–Mira, Rodrigo, ese camino nos llevará muy cerca de El Mas de la Calderera, la casa de los Gaudí.

–¿El arquitecto?

–Exacto, del gran Antoni Gaudí, mi coterráneo.

–¡Qué interesante! ¿Y se podrá visitar?

–Sin duda, de hecho es un atractivo de estas tierras; con frecuencia viene gente de todo el mundo para ver la casa de la familia Gaudí.

–Hemos llegado, Rodrigo. Tocaré el claxon para que se den cuenta que ya estamos aquí... ¡ah! ya nos vieron o quizá estaban en el pórtico.

–Hola, Victoria; hola, Soledad, ¿cómo han estado? Quiero presentarle a Rodrigo, viene de México; será quien viva con ustedes por un tiempo.

–Qué gusto recibirlos; hacía tiempo que no venías, Esteve, pero pasen, pasen.

–Vale, Victoria, te traje bacalao y quesos comprados personalmente en La Boquería; espero nos deleites con tu manera magistral de prepararlo.

–Pasa, Rodrigo, vayamos al piso de arriba; te mostraré tu habitación.

–Sí, gracias; me llamó la atención el artístico medallón de bronce al lado de la puerta.

–Sí, lo hemos conservado; esa placa con la dos R entrelazadas, muy bien historiadas, representa el nombre de Raimon Ruyra, el escritor que fue dueño de esta finca; mi abuelo la compró a sus herederos después de su muerte; pasa, ésta será tu habitación, es una habitación museo, era la del escritor, y como ves, se conservan sus muebles originales, sus libros, que rescataron su familiares, aún en los estantes, su escritorio, en el cual podrás acomodar la máquina de escribir en aquel estante, y las lámparas que son ahora de adorno, porque eran de keroseno. También las podrás acomodar en aquella mesita. En fin, en un rato más te cambiarán la ropa de cama si es que no lo han hecho ya; tiene, como ves, una amplia ventana que te permitirá disfrutar de una vista campirana clásica de esta región. Estoy seguro que estarás muy cómodo, nada te perturbará, salvo el fantasma que aseguran ronda por esta casa, al cual no he tenido la suerte de conocer y del cual seguro Victoria y Soledad algo te contarán.

–¿Es en serio lo del fantasma o me estás gastando una broma, Esteve?

–Bueno, tiene la fama, así que si persiste la leyenda hasta nuestros días, debe ser cierto, ¿no crees?

–Claro, y no me preocupa, me llevo bien con los aparecidos.

–Caminemos un poco, Rodrigo; mientras preparan la comida te mostraré algunas rieras y riachuelos cercanos y caminos que te llevarán a La Calderera y otros parajes y casonas de por aquí.

–Victoria, tu bacalao con piquillos estuvo delicioso; y esa sopa de poro con espárragos, genial. Y dicho esto, me tomaré el resto de mi vinillo y regresaré a Sant Cugat, antes de que anochezca.

–Muy bien, Esteve, vete sin cuidado; atenderemos como se merece a nuestro huésped.

–Te dejo en buenas manos, Rodrigo, que descansen. Mañana será otro día y luego que duermas bien podrás proseguir con tu trabajo.

Despidieron a Esteve desde el pórtico. Después, Victoria y Soledad entraron a seguir con la faena de recoger la mesa y Rodrigo se sentó un rato en las escaleras de acceso a la casa, pensando quién sabe qué cosas, atento a veces a los ruidos del campo y observando la puesta del sol; después de un buen rato, se levantó y entró a la casa para decirle a Victoria que sólo subiría un poco de agua, que no cenaría, pues había comido suficiente para pasar la noche sin apremio alguno. Subió la escalera y en la habitación abrió el ropero para ver el espacio interior y así decidir cómo acomodaría su ropa. Hecho esto, puso sus maletas sobre el ropero y se dedicó a ver los libros del estante principal y a observar la máquina de escribir que debía tener mínimo cien años. Decidió leer uno de los libros: *Los entuertos de don Facundo*. Le pareció buen inicio para comenzar en el conocimiento del trabajo de Raimon Ruyra; se acomodó en el sillón que estaba a un costado del escritorio, frente a la cama, hasta que sintió sueño después de leer quizá dos terceras partes del libro; se levantó para ir a su lecho apenas terminó de ponerse su pijama.

A la mañana siguiente se levantó para ver qué hacía ruido en la ventana. Era un pájaro que picoteaba a una columna de hormigas que transitaba por la pequeña saliente. El sol iniciaba su camino diario; abrió la ventana, espantando al pájaro, para dejar entrar una templada brisa que lo animó a ir a fortalecer su reciente habito de caminar. Cuando regresaba, a corta distancia de la casa, percibió el olor de lo que se preparaba en la cocina; apenas cruzó la puerta cuando Victoria lo invitó a sentarse en la mesa del comedor; se sentó al tiempo que le arrimaban una taza de café recién hecho y detrás un plato de butifarras, con alubias y media hogaza de pan.

–Espero, atentas damas, me acompañen a la mesa; así podremos platicar un poco de cosas que quisiera conocer.

–Victoria, me ha dicho Esteve que usted es maestra jubilada.

–Así es, trabajé muchos años en una escuela cercana, donde también trabajó mi madre.

–Dígame, ¿qué sabe de Raimon Ruyra?

–Lo que todo mundo sabe por aquí: fue un escritor del final del Siglo XIX y primeras décadas del XX; tuvo éxito en Cataluña e iba ganando prestigio en España, siendo figura de un movimiento literario catalán, pero también fue un activista contrario al franquismo y combatió la disposición de que en Cataluña se prohibió hablar nuestra lengua y asuntos de la política. Un día

desapareció y se presume fue muerto en algún sitio por orden del dictador; eso debió suceder en 1938. A principios del año siguiente, su familia puso a la venta esta casa y el abuelo de Esteve la compró.

–Me imagino que fue muy querido por estos lugares.

–Muy querido, según platicaban mis padres; además, fue de los pocos amigos de Gaudí, nuestro arquitecto que tanta fama dio a Cataluña, seguro usted sabe de él.

–Sí, no mucho, pero se nota el reconocimiento que los catalanes hacen hoy de su obra... ¡Que interesante! Y según pude apreciar en lo poco que he leído de Raimon Ruyra, fue un buen escritor; creo que utilizar su escritorio me exige hacer un buen trabajo... y hablando de eso, ahora mismo subo a bañarme y a poner manos a la obra.

Rodrigo no dijo eso en vano, los cuatro días siguientes, luego de caminar desayunar y asearse, se puso a trabajar con frenesí, sólo interrumpía su trabajo para tomar alimentos, charlar un poco y volver al trabajo, incluso hasta cerca de la media noche. Precisamente esa cuarta noche sucedió algo inusitado: serían las tres de la mañana, cuando despertó al oír el movimiento de la silla del escritorio. Se quedó un poco quieto, sin voltear la cabeza, con la sensación de que había alguien en la habitación; al levantar la cabeza para asegurarse de lo que había pensado, pudo distinguir una figura sentada frente el escritorio; la luz que entraba por la ventana no era la suficiente, pero la lámpara encendida le permitió darse cuenta que era la figura de un hombre; se alarmó y rápidamente encendió la luz del buró.

–Ah, te desperté; pensé que actuaba con cautela, pero ya veo que no; seguro te tomé de sorpresa, espero no haberte alarmado.

–¿Quién es usted y qué hace en mi habitación?

–Bueno, eso debería preguntarlo yo; esta ha sido mi habitación por muchos, muchos años. Y aunque salí a dar una vuelta por ahí, al regresar hace cuatro días me encontré con la sorpresa de que estabas usando esta habitación. Te he visto trabajar sin atreverme a interrumpir, pero hace dos noches me animé a leer lo que has estado escribiendo. Eso he estado haciendo hoy, hasta que despertaste.

Rodrigo no entendía bien lo que estaba sucediendo; lo primero que notó fue que la indumentaria del personaje que estaba frente a él, y quien se había levantado de su escritorio y caminaba con tranquilidad por la habitación, era sin duda de principios del siglo XIX; su peinado, patillas y bigotes los había visto en cientos de fotografías de hace cien años; esa evidencia le dio la

clave para entender lo que estaba viviendo; se sobresaltó con la idea, pero todo parecía normal, y poco a poco su respiración se serenó y decidió seguir con la experiencia. ¿Cómo era que sucedía aquello? No lo sabía, pero estaba sucediendo, eso sin duda alguna.

–Entiendo, si es lo que yo creo, usted debe ser Raimon Ryura o su aparición, ¿no es así?

–En efecto, y como puedes ver, es verdad eso de que “las almas a veces no pueden descansar en paz”. Somos hojas que nos movemos con nuestro propio viento.

–Pues esto contradice mi pensamiento científico, pero le preguntaré, ¿qué le impide descansar?

–Lo mismo que a ti te tiene inquieto en lo profundo de tu pensamiento. Te he estado observando y reconozco muchos de tus gestos, tus movimientos inesperados, los momentos en que interrumpes tu trabajo y te quedas cavilando, tu sueño inquieto y tus murmullos al estar dormido; he navegado por mucho tiempo y he podido conocer a otros individuos con iguales comportamientos, al grado que he hecho reglas que quizá lleguen a ser leyes.

–Perdón que interrumpa, si es cierto lo que dices, te hablaré de tú, si me lo permites. Me gustaría conocer tu historia, sé poco, pero entre esas cosas que conozco y tengo presente que fuiste un buen escritor y un activista político en contra de Franco y también que fuiste muy amigo de Gaudí y que nadie sabe qué pasó contigo, sólo desapareciste y ya; así que sería interesante develar el misterio.

–Pues estos datos que acabas de expresar tienen mucho peso en lo que por primera vez voy a relatar, será en nuestra primera sesión. En estos momentos no quiero desvelarte más de la cuenta, mañana y las otras noches continuaremos con nuestro diálogo, porque también quiero que me cuentes tu historia; sería importante para comprobar mi hipótesis.

–Y... ¿cuál es esa hipótesis?

–Que la venganza y el cargo de conciencia no se llevan bien... descansa; por cierto, ¿cuál es tu nombre?

–Mi nombre es Rodrigo Alcázar.

–Tienes nombre del glorioso caballero castellano. Bueno, mi nuevo amigo, trata de dormir nuevamente; ya continuaremos luego esta charla que se antoja muy interesante.

Dicho esto, Raimon se dirigió a la puerta y salió de la habitación; a Rodrigo le sorprendió la corporeidad de su visita, no coincidía con la idea que tenía de un aparecido, se suponía que un fantasma era algo etéreo, así que se apresuró y salió de la habitación sólo para comprobar que el

corredor estaba desierto y sin atisbo de movimiento; cerró la puerta y se dirigió a su cama, quedó viendo las vigas del techo de la casa, repasando la vivencia recién tenida, sin percatarse a qué horas se quedó dormido.

–Buenos días. Huele muy bien el desayuno de hoy, Soledad; ¿y Victoria?

–Ya baja, está acomodando su ropa.

–Buen día, Rodrigo, ¿cómo amaneció?

–Un poco desvelado, Victoria, anoche recibí una visita inesperada. Díganme, ¿creen ustedes en fantasmas, en aparecidos?

–Sé por dónde va –dijo Victoria–, corre la creencia que aquí rondan los espantos; le diré que en los años que he vivido aquí nunca he visto nada raro, salvo las dos ocasiones que los labriegos dijeron ver, antes del amanecer, entrar un hombre a la casa; la primera ocasión se alarmaron y tocaron a la puerta preguntado con voz en cuello si estábamos bien; me levanté para atenderlos y decirles que estábamos bien; al decirme lo que vieron, les pedí recorrieran la casa sólo para comprobar que la únicas que estábamos éramos Soledad y yo; la segunda vez sólo nos comentaron haber visto la misma escena; eso y las dos ocasiones que oímos moverse una silla en la habitación que ocupa y pasos en su interior; en ambas ocasiones, Soledad entró a la habitación, pero no encontró a nadie, todo estaba sin alteración alguna; desde entonces seguimos oyendo de vez en cuando ruidos y solo comentamos que andan la animas sueltas, ya nos acostumbramos.

–¡Qué interesante! Bien, gracias por el desayuno; seguiré con mi rutina después de bañarme. Gracias nuevamente.

Sin poder apartar de su mente la experiencia, Rodrigo inició su labor, distraído al principio, hasta que tomó el ritmo y pudo encarrilarse en escribir su texto, consultando sus documentos, revisando sus notas; ese día y esa noche nada pasó, igual el día siguiente, nada perturbó ni su trabajo ni su sueño; el tercer día iba por el mismo camino, esa tarde caminó un poco por el campo de olivos y observó que los frutos aun pequeños eran abundantes; sin duda habría una buena cosecha. Con esa idea volvió a su actividad escritural; sin darse cuenta, había pasado la media noche, hacía horas que había encendido la lámpara de su escritorio, había tomado un refrigerio que le subió Soledad y estaba tan absorto en su trabajo que no se dio cuenta que Ryura estaba sentado en el sillón; cuando

levantó la vista para alcanzar un documento, se percató de su presencia; se sobresaltó un poco para expresar:

–Qué grata sorpresa, Ryura; había pensado que ya no vendrías a visitarme.

–Sí he venido, Rodrigo, de hecho, he estado leyendo tu trabajo, pero te he visto tan plácido, que he cuidado no despertarte; en otro tema, por lo que he podido leer, estás construyendo una gran bomba.

–Sí, es posible que lo sea; por cierto, me quedé intrigado por lo que habías empezado a comentarme –mencionó Rodrigo.

–Me imaginé, vi en tus ojos que te gobernó la curiosidad; te diré que el asunto de mi actividad política y lo de Gaudí tienen conexión, aunque parezca raro, porque Gaudí nunca se metió en política a pesar que lo invitaron a contender como diputado por su activismo a favor el catalanismo, ambas cosas junto con la inestabilidad que he resentido por ya largo tiempo; Gaudí y yo nos conocimos desde niños, aunque era unos años mayor que yo; de jóvenes recorrimos estos campos hasta que fuimos a la universidad; nuestras orientaciones nos llevaron por rumbos distintos: Gaudí se inclinó por la arquitectura y yo por la letras; diríamos que compartíamos el amor por las artes, pero en ámbitos muy distintos. Ya mayores, nos veíamos de vez en cuando, festejábamos nuestros triunfos e inquietudes. Sin pensarlo, nos hicimos viejos, la edad nos fue llegando; esta historia podría empezar en nuestra última etapa de vida, en la ocasión en la que pensé que hacía mucho tiempo que no lo veía y decidí ir a visitarlo; estaba en boga y en boca de todos, porque se había hecho cargo de la construcción de La Sagrada Familia, presidido de su fama como arquitecto. Indagué su domicilio con la familia y fui a Barcelona, pero no lo encontré en la dirección que me habían dado; un vecino me dijo que sabía que vivía en el mismísimo sitio donde estaba trabajando, así que fui a buscarlo ahí; atardecía y los obreros salían de su trabajo, pregunté a uno de ellos y me confirmó, que en efecto, el Maestro vivía en un espacio que había improvisado al fondo de la obra, te contaré lo que recuerdo del reencuentro:

–Es posible que ahí lo localice, sale poco, se la pasa trabajando en su restirador y sólo sale si alguna diligencia se lo exige; siga por esta puerta, vaya derecho, pase la primera nave y voltee a la derecha; hay una especie de corredor y al fondo encontrará el lugar, –dijo el obrero.

–Gracias, agradezco su orientación –le dije.

–Tenga cuidado, señor, hay herramientas y materiales por todos lados que le pueden dificultar caminar.

Avancé con cierta dificultad hasta que encontré un espacio improvisado de oficina; toqué a la puerta, y escuché su voz preguntando quién tocaba.

–Soy yo, Antoni, Raimon.

–¡Raimon, estimado amigo! Pero, ¿qué haces aquí? Pasa, pasa, déjame ver donde te siento; mira, este cajón puede servir; traeré el banco de mi restirador; qué sorpresa, hace años que no nos veíamos.

–Desde que eres el famoso Antoni no vas a tu pueblo y yo también me he enfrascado en mis escritos. ¡Qué barbaridad, parece que han pasado siglos de no vernos!

Al tiempo que avanzábamos en nuestra charla, no pude dejar de notar la nívea y larga barba, así como la alborotada cabellera de Gaudí; sin remedio nos habíamos hecho viejos; también noté lo modesto de su vestimenta, un traje negro pasado de moda y desgastado por el uso; había quedado atrás la elegancia con que vestía mi ahora envejecido y destacado amigo, cuando aparecía su fotografía en los diarios de Barcelona, Madrid o París; me asombró su descuido personal y más el del aposento donde vivía. La plática se prolongó por más de dos horas con un tren de recuerdos, experiencias todavía tonificantes de lo que habían sido nuestras vidas; me conmovió sobremanera el entusiasmo con que Gaudí, a sus 73 años, describió el trabajo y la responsabilidad que tenía en sus manos; pudimos haber pasado más horas recuperando nuestro devenir, pero pensé que por ese día la visita había cumplido su cometido, así que le expresé mi deseo de regresar a casa.

–Antoni, ya vendré otra ocasión, veo que tenemos temas para muchos días; por hoy te dejaré descansar.

–Estimado amigo, durante este rato he estado pensando que eres la persona idónea para hacerte un encargo: tengo aquí una pequeña maleta con documentos que he estado escribiendo desde hace mucho tiempo, pero creo que en este lugar, con lo frágil de la seguridad y tanto movimiento, corren el riesgo de extraviarse. El contenido es un trabajo que casi está terminado; quiero pedirte que me lo guardes, cuando lo necesite, te lo pediré, pero por ahora no puedo ponerle atención ni estar pendiente de él.

–Con gusto, Antoni; te los cuidaré como a la niña de mis ojos.

–Gaudí fue a buscar la maleta y me la entregó; era una maleta de piel con un par de correas para asegurar lo que en ella se pusiera, tenía forma rectangular como de ochenta centímetros de largo, cuarenta de ancho y veinte de profundidad; estaba pesada, se notaba que contenía papeles; nos despedimos esa noche, regresé a casa y tuve un tiempo la maleta en esta habitación, hasta que

unos días después, ante la visita de mi familia, que para entonces era amplia, la guardé en el ático para hacer espacio. Esa fue la última vez que vi a mi amigo; casi un mes después, recibimos la noticia que había muerto, lo atropelló un tranvía, estuvo varias horas como desconocido, pero alguien supo que era él y corrió la noticia cómo pólvora; recuerdo que fue el año de 1926. Pasó el tiempo, y me olvidé por completo de la maleta. Fueron años después, cuando se estaba dando el golpe de estado contra la República, que tuve la necesidad de montar una pequeña imprenta y pensé en el ático como el lugar adecuado para usarla en secreto; escombré el espacio y encontré la maleta; montado el taller, me di tiempo para ver qué contenía la valija; fue una gran sorpresa: eran textos, diseños, dibujos, páginas llenas de fórmulas matemáticas... era un tratado de arquitectura. Comprendí que eran las ideas de Gaudí, ideas en las que fundamentó sus obras, su concepto estético, sus explicaciones al rojo vivo; ahí estaban los secretos de sus obras, las que habían revolucionado la arquitectura y fundado un nuevo paradigma; percibí de inmediato el tesoro que tenía en aquel cofre de piel; pensé que lo mejor sería revisar aquellos papeles, comprobar su orden; por fortuna había un índice de los capítulos y las hojas estaban numeradas, sólo que estaban manuscritas; había que mecanografiarlas, luego copiar los diseños, los planos para resaltar su claridad, en fin, un trabajo complicado y necesario para preparar su edición; una vez renovados los diseños y planos, habría que buscar su correcta inserción; como se puede ver, requería mucho trabajo minucioso y en ese tiempo, a la par de escribir mis ensayos, cuentos y demás, redactaba folletos orientados a mantener el espíritu independentista de Cataluña; debo decirte que para ese tiempo de dificultades políticas, los escritores habíamos hecho un frente para defender la lengua catalana, pero también para organizar la resistencia a la dictadura. Como debes imaginar, todo era clandestino; tenían sospechas de mí, pero no habían podido concretar ninguna prueba. Fue por esos días en que en mis conferencias conocí a una dama, a la cual le doblaba la edad; en uno de los eventos se acercó a mí y demostró que había leído mis obras declarándose estudiosa de ellas y, por supuesto, admiradora de mi trabajo; se llamaba Montserrat Peregrino; para no hacer larga la historia, nuestras pláticas y encuentros se hicieron más frecuentes y terminamos siendo amantes; como tú comprenderás, era muy halagador que a mi edad tuviera una pareja joven y en la cual hacían gala esas cualidades intelectuales y físicas; los primeros meses fueron placenteros: paseos, conferencias, discusiones y estudios de literatura de su parte. En casa, cuando me visitaba, no pasábamos de la cocina, comedor, recámara y el baño; todo iba muy bien, a excepción de las críticas

de mi familia y especialmente de mis hijos, que no aceptaban bajo ningún concepto a la dama e insistían que algún interés perseguía; no podían creer en un amor sincero.

–Mmmm, esa historia la conozco, pero bueno, no interrumpo, Raimon.

–Creo que aquí dejamos la charla por hoy, Rodrigo; no quiero desvelarte, debes estar descansado para que continúes tu trabajo con éxito; mañana me platicarás esa coincidencia que has notado, me interesa saber si hay cierto paralelismo y cuál sería su esencia; recuerda que estoy comprobando una hipótesis, así que las similitudes son importantes.

Dicho esto, Raimon se levantó y salió de la habitación con cierta familiaridad; esta vez Rodrigo se mantuvo en su asiento, le pareció tan normal el intercambio de ideas, que olvidó por completo que su interlocutor era un fantasma y que la experiencia la estaba viviendo en pleno siglo XXI; acomodó las cosas sobre el escritorio, ya ordenado se puso su pijama y se acostó con mayor tranquilidad que la noche del primer encuentro.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, después de hacer su recorrido por los alrededores, Victoria le comunicó a Rodrigo que Esteve había hablado por teléfono para invitarlo a una comida campirana en casa de un amigo que vivía cerca de Reus, que a la una de la tarde pasaría por él; de manera que luego de desayunar y tomar un baño, se enfrascó en la continuación de su libro; pasada la una de la tarde escuchó el carro de Esteve, que se estacionó frente a la casa, al tiempo que Victoria le llamaba para que bajara; Rodrigo tomó una chaqueta ligera y se apresuró para llegar al automóvil, saludar por la ventanilla del carro a Esteve y acomodarse en el asiento del copiloto.

–Es el cumpleaños de la esposa de Roderic, compañero mío de la universidad; tiene una hermosa finca y preparará un banquete muy mediterráneo; escalivada, aceitunas, espárragos y cordero asado, seguro también habrá unos buenos vinos; en fin, te gustará, nos pasaremos un buen rato.

–Me parece oportuno este espacio de distracción y buen comer para desembarazar un poco la mente y conocer los banquetes catalanes –dijo Rodrigo.

Las horas pasaron rápido, la plática fue interesante, muy pintoresca y permitió conocer parte de las costumbres de la región a partir de las anécdotas y experiencias platicadas por los comensales; poco indagaron sobre Rodrigo, más bien le dieron la bienvenida y no olvidaban hacerle participar de los comentarios cuando tocaban temas universitarios, de política y cultura en general; cerca de las 9:30 de la noche empezaron a despedirse los invitados y Rodrigo y Esteve hicieron lo mismo; Esteve dejó a Rodrigo en su casa y se despidió, quedando de verse pronto en

Barcelona. Al llegar a la puerta de la habitación, Rodrigo notó que salía luz de la parte baja de la puerta, no recordaba haber dejado encendida la bombilla del techo ni la lámpara del escritorio; al abrir la puerta vio a Raimon sentado en el escritorio revisando las hojas que había impreso antes de irse.

–¡Qué interesante lo que estás escribiendo! Ya te lo había dicho, me parece que levantarás revuelo en tu tierra; esperaba encontrarte aquí, pero qué bueno que llegaste, estoy ansioso por escuchar cómo es que estás metido en este berenjenal.

–No te levantes, Ruyra, me sentaré en el sillón; déjame pensar por dónde empezar para no hacer larga la cosa; te diré... todo empezó por una gran molestia que poco a poco fue pesando demasiado, era más parecido al enojo, casi a la rabia de ver cómo en la esfera de la política, la corrupción y, sobre todo, la impunidad iba en aumento, cada vez de forma más insolente y descarada; cómo los gobernadores, diputados, presidentes municipales y demás se enriquecían sin ningún tapujo. Inexplicablemente –¡Qué inexplicablemente ni que nada!, ¡perfectamente explicable!– de pronto compraban casas enormes, verdaderos palacetes, propiedades en la ciudad y el campo, automóviles de verdadero lujo imposibles de pagar con sus sueldos, que además se fijaban sin ningún recato, y que ni aun así completarían durante todos los años de su gestión si todo lo ahorraran; me atormentaba ver la conformidad de la ciudadanía que parecía rendida ante lo que parecía inevitable; cuando hubo un poco de inconformidad, en un marco perfectamente demagógico, fueron apareciendo leyes, instancias y procedimientos que se ofrecían como herramientas para combatir ambas calamidades; pero en el fondo parecían hechas con tantos huecos, que solamente se volvieron marrullerías para la postergación.

–Es un mal mundial, Rodrigo, tú lo sabes, y tiene tanta historia como la tiene la humanidad; puedo aseverar que no ha habido sociedad en la historia del mundo que no padeciera ese cáncer.

–Es verdad, Raimon, siempre me he topado con esas prácticas en mis estudios históricos, pero en el Estado se manifestó de forma tan grotesca que ni a Dante se le hubiera ocurrido; especialmente cuando se sumó el nepotismo, no sólo en el otorgamiento de cargos a sus familiares, sino en la sucesión al más alto nivel; en fin, toda esta putrefacción fue la que me llevó a pensar en hacer la historia de la corrupción y de la impunidad en mi tierra; así entré en una especie de frenesí y me aboqué a visitar archivos pertinentes; incluso tomé un diplomado en finanzas públicas y me dediqué con mucho empeño a estudiar y comparar las distintas disposiciones legales; el archivo del ejecutivo estatal y los municipales, el del Congreso local y el del sistema judicial fueron mi

estancia de trabajo; fue entre los decretos federales de hacienda, presupuesto, contralorías y demás instancias afines al tema que no tardó en que alguien notara mi actividad; a partir de ahí, sin que me diera cuenta, seguían mis pasos, asistían a mis conferencias, en las cuales empecé a dar a la luz a algunas noticias de mis hallazgos.

–Eso fue un error, Rodrigo, alertaste a los enemigos y el sistema es poderoso, amigo mío.

–Exacto, Raimon, pero no me percaté de ello; el caso es que pude burlar los obstáculos e incluso gente inconforme, de manera anónima, me hizo llegar expedientes clasificados como reservados, verdadero oro en polvo. En eso estaba cuando una mañana llegó a mi estudio una dama como treinta años más joven que yo, y de muy buenos bigotes, a solicitarme fuera su asesor de tesis doctoral; estaba estudiando los cabildos en los siglos XVI y XVII; acepté su solicitud, primero por curiosidad y luego por interés; con el tiempo, a medida que avanzaba en su labor, fueron haciéndose más frecuentes las horas de trabajo sobre su tema, lógicamente llegamos a tratos muy íntimos que me rejuvenecieron. Al darse cuenta mis hijos de esta relación con Renata, que era el nombre de la susodicha, surgieron las desavenencias, por eso te decía que esa parte de la historia ya la conocía; después al ir teniendo un poco más de tiempo libre, ofreció ayudarme en mi trabajo y con tal de tenerla cerca más tiempo acepté su proposición.

–Pero antes de que prosigas, ¿cuál era tu intención de hacer ese estudio?

–Buena pregunta. Mira, sabía que sobre los hechos consumados hace muchos años nada se podría hacer, ni siquiera con los más actuales; las leyes mexicanas no son retroactivas, pero lo que busco, es decir, en lo que estoy trabajando es en reproducir los caminos seguidos, cómo se tejen los contubernios, cómo se pactan las complicidades, cómo surgen y concretan las colusiones, qué vericuetos siguen para borrar las pistas y no dejar constancias fehacientes; cómo se interconectan y reproducen las prácticas en los niveles municipales, estatales y federales, cómo se cubren las espaldas y mantienen al sistema funcionando, cómo estos actos dictan y determinan la política del futuro, cómo se diseñan las rutas para la impunidad una vez que el hecho de corrupción se concreta, cómo se remeda en una administración sofisticando los procedimientos en la siguiente; el objetivo es poner al descubierto todos esos escenarios para que la ciudadanía actúe en previsión, que sea capaz de construir un peso moral sobre los malhechores, que los inhíba, que se les adelanten en el camino. En fin, cosas de este tipo. Así estará a la vista de la ciudadanía una galería de gobernadores, presidentes municipales, representantes populares, funcionarios y los índices de corrupción e

impunidad vividos durante su gestión, una galería de delincuentes como monumento a la podredumbre humana.

–Y lo estás logrando, amigo, en lo que he leído se va concretando tu objetivo; pero, ¿por qué hacer este trabajo acá? ¿Por qué estás auto-desterrado?

–Por seguridad, Raimon, aunque sabía que mi trabajo estaba incomodando, coincidió, que como resultado de la corrupción, mi partido fue rechazado por la ciudadanía; entiendo que los afectados posibles consideraron que esta investigación, al comprobar lo que he dicho, generaría más repudio y ayudaría a la muerte del mismo. Amigos en el gobierno, muy buenos en sus áreas, pero siempre mantenidos en planos menores como consecuencia de que llegan a los puestos titulares amigos y pequeños cómplices del sistema, tuvieron evidencia del enojo de la máxima autoridad, así como de que se había ordenado una investigación para averiguar los alcances de mi trabajo. Entonces fue que comencé a atar hilos, sobre todo después de que recibiera una alerta de que tenía el enemigo en casa, puesto que empezaron a filtrarse parte de los contenidos de mi trabajo; no tardé mucho en sospechar que Renata tenía que ver en esos filtrados; platicado con mi casi hermano, Jacobo, me dio su versión que ella había sido enviada por el propio secretario de gobierno con el propósito de que aportara evidencias concretas del peligro que podría representar mi trabajo.

–Ah, que interesante, he aquí un cruce de nuestros caminos, pero sigue, no te interrumpo, aunque casi estoy seguro del grado de decepción que sentiste.

–En efecto, Raimon, sin negar que había tratado de indagar la razón de que Renata estuviera conmigo, distorsionaba la verdad pensando en algún tipo de problema que tuviera que ver con el complejo de Edipo, donde radicara la razón que justificara y diera fuerza a su enamoramiento de un viejo como yo; preferí pensar en esos términos; mas cuando Jacobo fue aportando elementos y con ello despejando mi razonamiento, fue creciendo una ira incontenible al sentirme traicionado, ira que tuve que disimular, hasta en tanto pensara en cómo hacerle pagar esta terrible afrenta.

–Para, Rodrigo, creo es oportuno que sea yo quien prosiga con mi relato; te había comentado que al principio Montserrat sólo tuvo conocimiento de lo aparente, lo relacionado con la literatura y el amor en oportunidad otoñal; fue ganando mi confianza y poco a poco le permití supiera sobre mis pensamientos respecto a la dictadura y la muerte de la República; se fue interesando de tal modo que hubiera pasado por una auténtica miembro de la resistencia. Ante su engaño de filiación tuve el descuido de que conociera la red de insurrectos; en el momento en que hubo necesidad de parar un poco la actividad clandestina, al arreciar la represión, me pareció

oportuno volver a los valiosos documentos de Gaudí que estaban en mi posesión; había mecanografiado la mayoría de sus escritos, pero faltaba rehacer sus dibujos, sus planos, sus esquemas, sus diagramas, cosa para la cual no tenía habilidad alguna; pero se me ocurrió ir a la escuela de arquitectura y buscar un estudiante destacado del último grado que pudiera ayudarme; me propusieron varios candidatos, los entrevisté y me decidí por uno que dominaba las cuestiones técnicas y tenía ambiciones moderadas, me pareció discreto y en cierta medida dócil; le expliqué el trabajo por hacer y le gustó la idea; así, pronto lo traje a casa y empezamos a trabajar; se hizo un ambiente cordial pues Jordi Pugol y Montserrat se llevaron bien.

–Jóvenes al fin –comentó Rodrigo.

–Precisamente, cuando la actividad política pudo realizarse con un poco de tranquilidad, me dediqué a ello y los jóvenes hacían bien las tareas que les dejaba; no me percaté que iba surgiendo entre ellos un interés mutuo y que terminaron conspirando, por distintos intereses, contra mi persona; Renata cumpliendo su cometido de reunir pruebas de mi acción antidictatorial, dándole al agente a quien rendía cuenta mis agendas y el curso de la organización de la resistencia; Jordí, no sé si por iniciativa propia o por sugerencia de Renata, empezó a ver una oportunidad malsana de poseer el tratado arquitectónico de Gaudí; pero lo más doloroso no fueron esos hechos, sino la traición a mis sentimientos perpetrada por Montserrat. Cuando me percaté que su relación era plenamente amorosa, me causó una enorme tristeza, pero luego esa casi depresión trocó en un enojo indescriptible y una terrible perturbación que me llevó a pensar en un justificado desagravio; ese sentimiento gobernó mi pensamiento; poco importaba el peligro que estaba detrás de su perfidia; igual conmoción provocó la deslealtad de Jordi, quien, para mi decepción, había mostrado el cobre.

–Comprendo, Raimon, seguro, pensaste que tú también tenías culpa de ese sufrimiento y acontecimiento al querer vivir ese tipo de experiencias, necesarias ciertamente, pero discordes a nuestra etapa de vida, una resistencia a aceptar nuestros límites y decadencia ante la pasión y la juventud.

–Tal vez, Rodrigo, pero igual hubiera dolido la traición amorosa de una persona más cercana a nuestra edad; en fin, como te decía, a partir de ese momento sólo tuve en mente cómo cerrar esa circunstancia con un poco de satisfacción al ego herido; así que seguí trabajando como si nada pasara. Cuando prácticamente estaba terminado el tratado para su publicación, les propuse fuéramos los tres a Andorra, había iniciado la temporada en que la gente iba a esquiar y los pirineos ofrecían paisajes estupendos; allá terminaríamos de afinar lo necesario y brindaríamos por haber

concluido la tarea y poder volver a nuestras actividades ordinarias; pedí se adelantaran a Andorra la Vieja, yo los alcanzaría dos días después. Seguro platicaron concluir sus respectivos objetivos, lo cual se evidenció en la inusual condescendencia conmigo desde mi llegada; trabajamos arduamente tres días y dejamos listo el material para llevarlo a la casa editorial; la mañana que terminamos acordamos regresar al atardecer del día siguiente; nos retardamos un poco porque Jordi y Montserrat no bajaban, yo tenía mis maletas en el automóvil desde hacía media hora, así que fui a la cafetería a tomar un chocolate caliente; finalmente Montserrat y Jordi entraron a la cafetería a buscarme; Jordi se disculpó por no haberme dado el documento, diciendo que lo había guardado en su automóvil; se había metido el sol cuando emprendimos el regreso; salieron ellos delante de mí, lo cual estaba planeado por mí para que así fuera; la calma que había manifestado, al ver sus miradas y acurrucos entre sí, sus caricias disimuladas, fueron incendiando mis entrañas, y salió al primer plano de mis pensamientos lo que había decidido hacer; andando un poco, una vez que entramos a una zona de muchas curvas en lo más escarpado de la montaña, aceleré el automóvil para forzar a Jordi a aumentar la velocidad; Montserrat hacía señas para que bajara la velocidad, pero yo hacía lo contrario; mi intención era empujar su carro, sacarlo del camino; y cuando consideré que era el lugar propicio, pisé el acelerador; cuando estaba a punto de alcanzar al automóvil, Jordi perdió el control y se precipitó al desfiladero, me paré de inmediato, bajé del automóvil y al filo del despeñadero pude ver cómo el carro llegaba al fondo y se incendiaba; regresé a mi automóvil y seguí mi camino; casi en automático hice el recorrido, llegué a esta casa y con la escena revoloteando en mi cabeza fui cobrando conciencia de lo que había acontecido; dormí exhausto hasta la tarde del día siguiente, hasta que escuché fuertes golpes en la puerta; cuando la abrí, se precipitaron al interior tres individuos, uno de ellos preguntó si yo era Raimon Ryura, al decir que sí, me dijeron que estaba detenido; lo primero que pensé fue que alguien quizá había visto lo acontecido y había reportado las placas del automóvil, pero cuando dijo que la orden de aprehensión era por sedición, comprendí que Montserrat había puesto la denuncia antes de irnos a Andorra o había entregado posibles pruebas para que se dictara la orden. A los tres días de estar confinado en una bodega abandonada, fui muerto y tiraron mi cuerpo al mar. Pero quiero destacar que durante el tiempo de espera en aquella obscura bodega, mi cargo de conciencia empezó a hacer estragos en mi pensamiento robándome toda tranquilidad posible, de manera que mi muerte fue un pasaje de un momento de terror a otro de alivio, aunque como puedes ver, quedé errante.

–De manera que no moriste en paz, estimado amigo.

–Desde luego que no. Esta, insisto, es la primera vez que relato lo que acabas de oír y mira, ¡qué curioso! Empiezo a sentirme mejor sin esa zozobra que quema y atormenta, respondió Raimon.

–Has descrito exactamente lo que me pasa, Ruyra, ni el temor ni la entrega desmedida al trabajo consiguen mantenerme tranquilo.

–Sí, lo sé, ya te había dicho que había observado en ti que algo no te dejaba estar en quietud, en paz, pero no entiendo exactamente por qué estás así.

–Lo entenderás en cuanto te relate lo que falta por decirte. Un mes antes del desenlace que te contaré, Retana me preguntó si podía ayudar a un amigo permitiéndole ir a trabajar en mi biblioteca, que ella le había dicho que había muy buen material sobre la Santa Inquisición, libros y expedientes traídos de Sevilla que no había en la Universidad; accedí con gusto y el joven, Raúl Villarreal se llamaba, estuvo en mi biblioteca diariamente; me preguntó si cuando tuviera que salir a algún sitio o asunto, le podía permitir guiar el automóvil para que no tuviera que hacerlo yo y aprovechar para hacer alguna consulta o dialogar sobre contenidos que necesitara reforzar; así lo hicimos, no tuve la menor sospecha que era un enviado del Fiscal del Estado y su misión era mantenerse junto a mí en calidad de estampilla; caí en la cuenta cuando mi amigo, casi hermano, Jacobo, me habló una noche para recomendarme tuviera cuidado, que un sobrino de él que trabajaba en la fiscalía había sabido que había una orden siniestra en contra mía, la cual se cumpliría en la primera oportunidad; encontrándole sentido a sus comentarios, y al observar con detenimiento la actividad tanto de Renata como de Raúl, cada intercambio, cada pregunta y cada acción fueron objeto de mi análisis, de manera que empecé a buscar alternativas para actuar a la defensiva; urdí un plan, que cuando lo pensé me asusté de su contenido, pero entendía que era cuestión de vida o muerte y eso me hacía sentir mejor; platicué con mi mecánico y argumentando que estaba escribiendo un cuento de policías y ladrones, me explicó varias formas posibles de alterar mecánicamente un automóvil para provocar un accidente. Fueron dos tardes interesantes que me dieron luz sobre este sórdido asunto; así que planeé un viaje a Saltillo para visitar a mis amigos del Colegio de Historia. La noche anterior al viaje, aprovechando que no estaban en casa, pues ambos me habían solicitado permiso para ausentarse unas horas, hice los “arreglos” necesarios al automóvil; al día siguiente, justo antes de partir, les dije que no haría el viaje porque no me sentía bien, les pedí a ellos hacerlo a fin de que llevaran un documento al Director del Colegio, quien lo estaría esperando. Así, acordado, prepararon lo mínimo dadas las circunstancias e iniciaron su viaje

a Saltillo. Unas tres horas después de su partida, recibí la llamada de mi amigo Jacobo; lo primero que dijo es que le daba gusto estar escuchando mi voz, porque su sobrino le acababa de hablar para decirle que había habido un accidente fatal en la carretera y las placas del carro estaban registradas a mi nombre; la Policía de Caminos había hecho el reporte a la fiscalía. Una hora más tarde, llamaron de la fiscalía para comprobar que yo estuviera bien e indicarme no me moviera de casa, porque vendrían a mi casa dos agentes para hablar conmigo. Y en efecto, eso sucedió; indagaron qué sabía del automóvil accidentado, en qué condiciones y la razón de que se encontrara viajando a Saltillo; habiéndoles explicado lo que te he contado, me dijeron que se había ordenado una investigación, la cual incluía un estudio completo del automóvil, lo cual me llamó la atención y pregunté si era lo usual ese estudio, me dijeron que no, pero desconocían el motivo por qué se había ordenado que se hiciera. Dos días estuve sin salir de casa, a la puerta estaba una patrulla disimulada, y cuando quise salir, me interceptaron para decirme que no podía moverme de mi domicilio. Esa misma tarde llegaron agentes judiciales para informarme de mi detención; en la fiscalía, me explicaron que la detención se debía a que el análisis mecánico del automóvil había arrojado que se había alterado el sistema de la dirección hidráulica y se pensaba que eso había ocasionado el accidente. Al escuchar la falla mecánica reportada, me sorprendió, porque yo no había alterado para nada la dirección hidráulica, lo cual significaba que otra persona lo había hecho. No batallé en concluir que sabiendo que estaban esperando una oportunidad, la vieron en mi viaje a Saltillo, del cual seguro habían informado Renata y Raúl; me di cuenta de que al encontrar esa falla, ya no continuaron el estudio, ya lo sabían de antemano, de manera que no localizaron la que yo había preparado; es decir, la falla estaba dispuesta para que yo fuera la víctima; al suceder el accidente lo reportaron y creyeron que yo sería el difunto; al comprobar que eran sus agentes, se les ocurrió culparme a mí de la falla que ellos habían preparado y de eso me acusaron. Me pasé detenido seis meses mientras se desahogaban las pruebas a favor y en contra; al lograr mi abogado establecer que ese desperfecto sólo lo podía haberlo preparado un experto, y no sabiendo yo ni j de mecánica ni contar con las herramientas necesarias para hacerlo, según arrojó el cateo a mi casa y otras razones que mi abogado logró no se consolidaran, les fue imposible sentenciarme culpable, pero también había quedado claro que me tenían y me tienen en la mira, por eso tuve que poner tierra de por medio.

—Pero entonces, ¿cuál es el motivo de tu angustia? —preguntó Raimon.

—¿Cómo cuál? Pues las muertes de esos muchachos.

–Pero los estudios periciales establecieron que la falla fue la preparada por ellos.

–No, Ruyra, ahí se detuvieron; quizá sabiendo de ella ni siquiera la buscaron, simplemente la establecieron; si hubieran continuado habrían encontrado la otra alteración, de manera que no se sabe cuál realmente causó el accidente.

–Pero si tú bien dices no sabes ni j de mecánica, ¿cómo sabes que tu intervención fue bien hecha e hiciste lo correcto para provocar la falla? Seguro la preparaste con lo que encontrase en casa: un cuchillo, algún desatornillador, yo qué sé.

–Tienes razón, no tengo ninguna certeza. Y creo que a ti te pasó lo mismo, si no alcanzaste el automóvil, si no lo tocaste, tampoco pudiste empujarlo al desfiladero; fue un descuido de Jordi, su falta de pericia tal vez; pero, sabes, Raimon, lo que me está pareciendo es que toda esta verbalización que hemos hecho ha sido muy provechosa; diría Freud que hemos repartido la culpa, que nuestra necesidad de venganza y su concreción sólo sucedió en nuestra mente como expresión de los más oscuros impulsos y sentimientos que afloran en el hombre desde recónditos rincones de la mente ancestral, rincones ajenos a la civilización; lo cruento, sin duda, es cómo fuimos capaces de pensar en esas soluciones; mas por otro lado, seguro la inquietud y los remordimientos se dispararán fuera de nosotros y estaremos en paz; cierto que las circunstancias obraron para cobrar cuatro vidas, pero así era su destino; te digo sinceramente que con mayor tranquilidad y ahínco culminaré mi libro. Lamento que el tratado de Gaudí se haya perdido –comentó Rodrigo.

–Cierto, los secretos recónditos del ser humano con individuos como nosotros, creadores, tienen ese pensamiento diabólico, primitivo y destructivo; esto, sin embargo, prueba mi hipótesis: la venganza no cumple ningún propósito conciliador. Por lo demás, no estoy tan seguro que se haya perdido el legado teórico de Gaudí, el cual, ante mi deseo de venganza ni siquiera recordé después de tanto trabajo, mas tengo la esperanza que por ahí alguien encontrará los originales y el día menos pensado alguien logrará cumplir mi objetivo –dijo Raimon en tono concluyente.

Dicho lo anterior, Raimon echó una profunda mirada a Rodrigo, luego de un largo silencio de ambos, y cruzando sus miradas, se despidieron sabiendo que ese sería su último encuentro.

Durante la siguiente semana, Rodrigo terminó su libro; también fue a Barcelona y todo un día, antes de regresar a México, estuvo en el interior de la famosa tienda La Casa del Libro; su objetivo

fue comprobar si la conjetura de Raimon se había cumplido; indagó qué literatura tenían sobre la obra de Antoni Gaudí; le señalaron las secciones y el piso dónde podría encontrar lo que buscaba; encontró una buena cantidad de libros, especialmente estudios fotográficos de sus obras, algunos que informaban de la fructífera alianza entre Gaudí y Eusebio Güell, quien fungió casi como su mecenas al encargarle varias obras, entre ellas, la que llamó la atención de Rodrigo: el Parque Güell, primer innovador intento de fincar una colonia ecológica con viviendas perfectamente integradas a la naturaleza, pero que fracasó, aunque perduró como sitio público muy visitado para que se pudieran admirar sus espectaculares estructuras y algunas casas. Localizó literatura que trataba de clasificar la obra de Gaudí dentro de barroquismo, modernismo, naturalismo y otros estilos de las distintas etapas de su trabajo; supo así que la gente tenía la convicción de que Gaudí prácticamente no había dejado escritos además de algunos informes técnicos destinados a autoridades, algunas ideas recogidas por ayudantes y discípulos como Josep Francesc, Joan Bergós o Martinell; comprobó que el único escrito dejado por Gaudí era el popular *Manuscrito de Reus*, fechada su escritura entre 1873-1878, una especie de diario de estudiante que contiene impresiones sobre arquitectura y decoración y análisis breves sobre un par de construcciones; de manera que era obvio que los escritos originales de Antoni Gaudí no habían sido encontrados. Rodrigo lamentó que el trabajo de Raimon se hubiera perdido como efecto de una venganza.

–Buenos días, queridos amigos, ¿cómo está este club de viejitos tomadores de café mañanero?

–Pues contentos de seguir vivos o casi vivos; dinos por qué no habías venido, Rodrigo.

–He andado como judío errante buscando quien edite mi libro entre las entidades oficiales; no hay valientes, todas dan pretextos anodinos.

Luego de platicarles los pretextos escuchados, expresó su desesperación por no poder cumplir su propósito; escuchando posibles alternativas, consideró poco viables las propuestas de sus amigos; en eso estaban cuando se acercó a la mesa un hombre alto, un poco más joven que ellos, bien vestido y de finos modales.

–Perdonen que los interrumpa, estaba en esa mesa del lado y no pude dejar de escuchar el tema sobre el que dialogan; si me permiten me presentaré: soy Salomón Manzur, soy empresario. Después de escuchar sus vicisitudes, quiero invitarlo a usted, autor del libro que refieren, a mi

oficina, para platicar sobre su problema. Si está de acuerdo, aquí está mi tarjeta; lo espero mañana a las 12 pm, ¿qué me dice?

–Me parece muy bien, señor Manzur, ahí estaré puntual; también le doy mi tarjeta de presentación, pero antes déjeme presentar a usted a mis amigos.

–Mucho gusto, señores; no los distraigo más, mañana nos veremos. Con su permiso –dijo Manzur, alejándose luego de tender la mano a cada uno.

–Buen día, doctor Alcázar; pase, siéntese usted, por aquí; estos sillones están más cómodos; dígame, doctor, ¿por qué no han aceptado publicar su libro? Por lo que escuché me parece interesante.

–En realidad es un libro de denuncia con un tema muy controvertido; algunos círculos de poder lo pueden calificar de subversivo; le traigo una copia, por si le interesa leerlo; está registrado y todo, solamente falta su edición y publicación.

–¡Ah, perfecto! Tengo curiosidad por leerlo, que bueno que trajo una copia; déjemela. ¿Qué le parece si nos volvemos a ver, aquí mismo, el próximo lunes? Después de leerlo seguro comentaremos más ampliamente su caso.

–Con gusto, señor Manzur; aquí estaré, y le agradezco de antemano el favor que hace en leerlo.

–No se diga más, lo espero el próximo lunes a la misma hora; que pase buena tarde.

–Buen día, señorita, ¿está el señor Manzur?

–Buen día, doctor Alcázar, él está por llegar; me pidió que lo pasara a su oficina para que ahí lo esperara; pase, le traeré un café para que lo disfrute mientras llega.

–Sí, gracias, se me antoja.

–Hola, doctor Alcázar, disculpe, me atrasé un poco en una reunión de colegas.

–No se preocupe. Estuve observando el buen gusto de sus muebles de oficina, está al día en los diseños; todo me gustó.

–Sí, es propuesta de una fábrica italiana, de Milán, pero los compré en la Ciudad de México. Quiero decirle, Doctor, que me impresionó su libro, es estupendo y sin duda muy categórico y peligroso. Ahora entiendo la resistencia para apoyarlo en su publicación. Sin embargo, estuvimos hablando un pequeño grupo de amigos hace rato: estoy dispuesto a pagar su publicación. Si está de acuerdo, ellos también podrían participar para hacer una edición grande de su libro, quizá de cinco mil ejemplares, para empezar; igualmente, si nos lo permite, aprovechando nuestros contactos y socios, podríamos programar una serie de presentaciones prácticamente en todas las ciudades del Estado en cuanto esté lista la impresión del libro, que no se tardaría mucho, porque hoy en día, y aquí tenemos esa capacidad, en menos de dos semanas estaríamos en posibilidades de difundirlo; además, es muy oportuno por los tiempos políticos que en breve viviremos.

–Me entusiasma su propuesta, Señor Manzur, y por supuesto, no tengo que pensarlo, es una valiosa oportunidad que agradezco; de manera que cuente usted con mi aprobación; sin embargo, ¿haríamos algún tipo de contrato?

–Ninguno, basta que coincidamos en la necesidad de que la ciudadanía despierte de su letargo y estoy seguro que su libro es el instrumento exacto para lograrlo.

–En ese caso, no se diga más, hoy mismo le traigo el archivo electrónico para que sea enviado a la compañía impresora –dijo Rodrigo.

–Muy bien, doctor, le agradezco su confianza. En cuanto tengamos la edición, le llamo, aunque seguro, si me deja sus datos, le llamarán de la compañía editora para que atienda el proceso a plena satisfacción; su portada, diseño, etcétera, etcétera.

–De acuerdo, estaremos en contacto, y otra vez le expreso mi agradecimiento.

Según se había previsto, la presentación del libro en las cabeceras municipales del Estado fue un rotundo éxito; los contactos de Manzur resultaron muy eficientes para lograr una amplia asistencia en cada caso. Eventos que en la gran mayoría derivaron en una sesión de discusión y acuerdos ciudadanos para seguir reuniéndose, exhortando a más personas a sumarse cada vez que se juntaran, procurando que la gente que participara perteneciera a todos los estratos sociales, lo mismo jóvenes

que adultos, mujeres y hombres. En poco tiempo había en cada municipio juntas de ciudadanos trabajando políticamente; no tardaron en proponer tener candidatos ciudadanos independientes de los partidos políticos para contender por los puestos de elección popular. El movimiento empezó con mucho vigor y pronto asemejó una bola de nieve que crecía cada día; era sin duda una revolución social pacífica y consciente; su organización fue muy eficiente, lo cual se comprobó en el registro de candidatos ciudadanos independientes que no tenían estandarte alguno, sólo el propósito de acabar con el régimen corrupto que había prevalecido por largo tiempo. Las campañas fueron de voz en voz y lograron representantes en todas las casillas, los cuales reportaron el día de la elección el triunfo avasallador de los candidatos independientes.

El día en que el último de los candidatos contendientes recibió su constancia de ganador, se organizó una comida en un salón de eventos sociales de Torreón; asistieron los candidatos ganadores y los presidentes de los comités ciudadanos que en cada municipio organizaron a los respectivos vecinos de su comunidad. Hubo porras y discursos que proclamaron la fuerza ciudadana que había arrebatado el poder a un aparato político enquistado y putrefacto; ahí fue ovacionado Rodrigo, en quien se reconoció el pilar del triunfo, basado en lo denunciado en su libro, el que despertó la conciencia de los habitantes del Estado; todo fue alegría, y así, poco a poco, la reunión se fue desintegrando. Rodrigo fue a saludar al señor Manzur, abrazándolo fraternalmente. Ambos estaban rebosantes por los resultados; se despidieron, quedándose de ver en tres días.

—Rodrigo se dirigió a su automóvil, el cual había estacionado en una calle lateral del salón de eventos. Luego de abrir la puerta, escuchó una ráfaga de ametralladora; Rodrigo cayó de bruces en un charco de sangre. Las personas que salían del salón alcanzaron a ver una motocicleta a toda velocidad, con dos individuos a bordo blandiendo un arma larga para espantar.

EL ÚLTIMO TREN

–Buen día, Carlos.

–Hola, Claudio, pensé que no vendrías; disculpa, pedí un café mientras llegabas.

–Se me hizo tarde, tuve que esperar que mi hija recogiera a mis nietos; ya ves que estamos en vísperas del Día de Muertos y pues andan mis hijas poniéndose de acuerdo para visitar la tumba de su madre, mi santa esposa, que en paz descanse; pero qué bueno que me esperaste.

–Cierto, estos días son de recogimiento, de rememorar a los seres faltantes, arreglar tumbas y comprar flores; y por supuesto, de reírnos de la muerte como buenos mexicanos –aseveró Carlos.

Claudio, quien era de Guerrero, platicó lo que hacen las familias los días 1 y 2 de noviembre en su tierra y específicamente en su pueblo, lugar en que, según dijo, sobrevivían costumbres ancestrales de origen indígena que le interesaban a Carlos por lo distintas que eran a las nortañas; incluso diferían entre Saltillo y Torreón. Pronto cambiaron de tema al compartir con Claudio lo que estaba leyendo; su comentario se puso interesante porque los dos eran admiradores de Juárez; se trataba de un libro que había escrito un descendiente de González Ortega y en el cual hablaba pestes del Benemérito; pasaron así cerca de dos horas, retomando temas históricos y anécdotas de todos colores y sabores; la edad de ambos les daba motivos para recordar muchos pasajes de su vida profesional y familiar, además de los aspectos culturales que nunca faltaban; se despidieron entrada la noche, no sin quedarse de ver otro día, según acordaran.

Al día siguiente, Carlos recordó que era Día de Todos los Santos ante el trajín de la familia al preparar los utensilios necesarios para aderezar la tumba donde descansaban los restos de los padres de su esposa, pues los difuntos de Carlos yacían en Saltillo y no tenía la costumbre de visitar los panteones; incluso cuando había que acompañar a algún amigo o pariente fallecido, duraba lo necesario y siempre con dominada angustia; era un poco contradictorio su comportamiento, pues algunos de sus temas favoritos de investigación y estudio eran precisamente sobre la muerte; había leído a Dante y a Petrarca, también había analizado la trilogía de Guillaume de Diguileville: *Le pèlerinage de la vie humaine* (1330-1331), *Le pèlerinage de l'âme* (1335-1338) y *Le pèlerinage de JesusChrist* (1358). En los tres casos el sentido es el mismo: la vida es una carrera hacia la muerte (...*del viverch'è un correre a la morte*, como escribió Dante en el verso 54 del Canto XXXIII del Purgatorio), tras la cual aparece la verdadera vida. Le gustó estudiar a Sahagún y León Portilla; la

filosofía masónica, la náhuatl y la maya lo habían cautivado; sabía de la iconografía temprana de la muerte negra y el cambio en el siglo XV del esqueleto con espada o guadaña, que era lo que hoy imperaba en la representación literaria y pictórica, incluso en la cinematografía mundial.

–Carlos, ¿vas a acompañarnos al panteón? Vamos a arreglar un poco la tumba de mi mamá.

–No, Carmen, ya ves que no me gusta visitar los camposantos, menos en estos días de tanta aglomeración; prefiero quedarme en casa y leer un poco; espero no tengan contratiempo y dejen todo listo para mañana.

–Esa es la idea, mañana nada más llevaremos las flores y saludaremos a los parientes que seguro irán también.

–Buen día, Carlos, sólo faltabas tú, ¿está todo bien?

–Buen día, estimados amigos, por fin pudimos desayunar juntos, desde enero estábamos planeando hacerlo y por una cosa u otra lo habíamos pospuesto; dos meses y medio después es que por fin tengo el gusto de verles.

–Es verdad, andamos muy ocupados todos, pensamos que no vendrías.

–Sí, Marcos, me retrasé porque recibí por teléfono una mala noticia, aunque la esperaba.

–No nos digas, ¿y qué sucedió?

–Anoche me habló Martín Lucas, compañero del Colegio de Historia, para decirme que Santos Canales, también compañero del Colegio, estaba muy grave, y hace rato envió mensaje para avisar que había fallecido al amanecer, así que hablé con él para preguntarle qué sabía sobre la decisión de la familia respecto las honras fúnebres, pensando en si pudiera ir a Saltillo; pero me dijo que prácticamente no harían nada; esperarían los trámites y de inmediato lo someterían a la cremación, así que no tiene caso trasladarse; sabía que estaba un poco enfermo, pero no para este desenlace y menos en tan poco tiempo, pero, ya ven, así son estas cosas, suceden cuando menos lo pensamos y bueno ahí vamos todos en fila.

–Exacto, Carlos, debemos agradecer que todavía andemos dando lata y aparentemente bien.

–Tienes razón, Marcos, tú cómo médico, ¿cuántos casos no habrás visto?

–Venía pensando que nosotros, es decir, como humanos que somos, un perfecto conglomerado de sistemas, tenemos fecha de caducidad –comentó Carlos.

–No somos más que parte de un río de gente que pasamos la estafeta para que la humanidad siga fluyendo.

–Muy bien dicho, Claudio, vienes inspirado.

–Nuestra perfecta humanidad, programada desde hace miles de generaciones, a veces tiene fallas y marca nuestra finitud; y aunque hemos desarrollado conocimiento, técnicas y tecnología para vencerla y prolongar el plazo, no hemos logrado la eternidad, –aseveró Marcos.

–Muy cierto Marcos, se han puesto a pensar que nosotros no somos más que un vehículo, que no somos el motivo de la vida, sino el instrumento gobernado por otra entidad donde radica la esencia no solo humana sino animal; leí alguna vez que el ácido desoxirribonucleico, es decir el ADN, ese maravilloso espiral que contiene las instrucciones genéticas que definen nuestro desarrollo y funcionamiento, cuyos secretos apenas estamos entendiendo, nos ha creado para asegurar su transmisión hereditaria; sin embargo, aun así, tan poderosa, no es infinita, sino en el sentido de la reproducción, cada quien nacemos y llegamos a nuestro fin... y el hombre, ante su grandeza incomprensible, ha planteado la ontología y la religión tratando de explicar este principio y fin; y desde luego la ciencia médica que avanza en la prolongación cuando el fin no es o puede ser resultado del proceso programado por el ADN que ha mostrado en cada paso su falla –comentó Carlos.

–Qué interesante planteamiento, Carlos. Yo por mi parte, puedo decir al respecto...

–A ver, Claudio, tú que nos llevas ventaja en este viaje, ¿qué nos dices?

–Ja, ja, ja, echaré un poco de polilla intelectual, les diré algo que he concluido, pero no por viejo, sino por sabio, ¿eh? Miren, más que la vida y nuestro nacimiento, es la muerte la que motiva en nosotros los sentimientos más inescudriñables que ninguna otra experiencia asociada a nuestra existencia. Sin duda es un problema que el ser humano, desde sus inicios, desde sus más remotos orígenes, diría yo, ha buscado explicarla. Nadie la ha experimentado de vuelta para contar la vivencia, de manera que su concepto lo comenzamos a construir contemplando la muerte en otro, y la interrogante que nos angustia la hemos personificado para tener la oportunidad de dialogar con ella; en ese diálogo proyectamos nuestra incomprensión, liberamos nuestro sufrimiento cuando los difuntos son cercanos y ha habido un vínculo amoroso en el más puro sentido filosófico; fincamos la esperanza de algún día entender su esencia.

–Lo que dices que vamos aprendiendo de la muerte cuando la vemos en otro ser, me hizo recordar la experiencia de mi hijo mayor; apenas había cumplido cinco años, tenía un perro y un

conejo; en una ocasión los dejamos en el jardín y salimos de casa; cuando regresamos, el perro había matado al conejo; tengo muy presente a mi hijo tomando en brazos al conejo y su desesperación al ver que lo manipulaba sin lograr que se moviera; le expliqué qué era lo que había sucedido y que no lo volvería ver correr; lo convencí de enterrarlo en el jardín y estuvo muy triste, como dos días; aminoró poco a poco su tristeza porque se me ocurrió comprarle otro conejo y con el tiempo pareció superar la experiencia, pero no indagué. ¿Qué pudo pensar ante ese hecho? Ciertamente fue evidente el impacto que causó, quizá así sucedió con los primeros humanos donde se inculcó la fijación que aún tenemos ante la muerte. –comentó Marcos.

–Tienes razón, Claudio, desde los orígenes del hombre, la muerte le ha infundido temor y le ha dado motivos para crear rituales. Su capacidad de simbolizar le permitió ir creando consciencia de su significado, así lo comprueban sepulturas de hace miles de años, cuando para algunos, al menos, quizá por razones políticas, se les procuró una estancia segura, alejada de toda perturbación, pero no a los restos físicos que comprobaron eran putrescibles, sino quizá para el alma, liberada de la prisión material, según pensaban los antiguos esenios, judíos cristianos y musulmanes; incluso los hindúes, para quienes al alma es inmortal y encarna en otro ser. Los egipcios se esmeraron en mantener el cuerpo mientras que otras culturas los desechan, cremándolos o exponiéndolos a la desaparición paulatina y generando así toda clase de historias que dan sustento a sus prácticas. Nosotros mismos cada vez decidimos mejor usar la cremación con nuestros muertos que sepultarlos, teniendo nuestros propios argumentos –explicó Carlos.

–Escuchándolos, Claudio y Carlos, me hicieron recordar el primer impacto que provocó una muerte ante mis ojos. Ya adulto, siendo médico en el hospital, fue mi primera derrota observar el fin de un proceso biológico que se manifestó con el cese de las funciones vitales; la asocié a una lectura que hice, en la cual el texto la refería como un proceso espiritual. Me refiero al libro *La muerte un amanecer*, que escribió la doctora Elisabeth Kübler-Ross, en el que expone años de observación y reflexión. Para ella, la muerte es una experiencia casi idéntica a la del nacimiento, es sólo un paso a otra forma de vida, una en una frecuencia distinta en la que se continúa experimentando, viendo, oyendo, comprendiendo, riendo y en la que se tiene la posibilidad de continuar creciendo. Dice que el alma, una vez desprendida del cuerpo, entra a un estado de “convalecencia” para recuperar sus fuerzas de espíritu libre de la materia.

”Las ideas y la memoria –continuó Marcos–, con el mismo esplendor que en vida, reanudan poco a poco según su fortaleza y desarrollo espiritual. En este momento de renacimiento, el espíritu

es recogido por su Ángel Guardián o Espíritu Protector y espíritus familiares a los que unió en vida el amor que lo contienen, y los encuentra ocupados y preocupados por su proceso evolutivo; en ese plano, asistido por otros espíritus, recuerda su vida, hace balances de sus logros y fracasos, de sus conductas, se preocupa por los seres amados que dejó en la materia dado que los vínculos afectivos no se interrumpen; mundo espiritual al fin, donde tiene que aprender conforme su nueva movilidad sin el peso corporal y sin ser afectado por la gravedad. Como pueden ver, es una composición influenciada por constructos religiosos y los sueños que quizá nosotros mismos hemos experimentado y a los cuales Freud dio sustancia teórica.

–¡Qué interesante ha de estar ese libro! Lo voy a buscar.

–Muy bien, Claudio, luego que lo leas, me lo prestas; y si se puede, lo comentamos; me parece que este desayuno nos ha dejado muchas cosas por digerir –expresó Carlos.

–Estaban buenos los chilaquiles, ¿o no, Carlos?

–No bromees, Marcos, me refiero al tema, exige elaboración, meterle coco, pero bueno, se vale; ambas materias merecen digestión, tienen razón.

–Pues vámonos –exhortó Claudio–, me imagino que tenemos cosas que hacer, así que les propongo que nos veamos otro día y por hoy, pues cada cambio a su medida.

A Carlos realmente, el tema abordado durante el almuerzo, lo llevó a recordar sus primeras experiencias en materia de la muerte; pocos elementos por el momento como cuando recordó la muerte de su tío, hermano de su mamá y la del padre de ésta, su abuelo, cuya vivencia se escapaba entre la bruma de la inconsciencia, sin que reanimara algún efecto profundo. El hecho que más venía a su memoria de aquella época de juventud fue la muerte de su hermana, primero porque fue la única mujer de su familia, luego porque murió muy joven, de apenas veintiún años de edad, al mes de haber culminado sus estudios universitarios en leyes; y, finalmente, porque entre ellos había una compenetración muy especial, de mutuo apoyo y admiración; un evento que sorprendió a la familia por la rapidez en que sucedió; recordaba la angustia de sus padres y el apoyo recibido del hermano de su padre para trasladar a su hermana al hospital militar de la Ciudad de México, donde se le hicieron infinidad de estudios por lo raro del caso.

–Ya llevan mucho tiempo en la cirugía, empezaron casi al mediodía y miren ya está obscureciendo.

–Si, mamá, pero ya verás, saldrá bien, como ha sucedido con las otras dos ya practicadas.

–El caso es muy difícil, hijo, me duele que no me hayan permitido estar durante la intervención –expresó su padre.

Revivió el silencio seguido y luego la irrupción de aquella voz que escuchó con toda claridad; sin duda era la voz de su hermana Alicia, que decía su nombre, como en un eco infinito: Carloooooooooos... apenas se estaba reponiendo de esa vivencia, cuando bajó su tío por la gran escalera para informar a sus padres y a él que Alicia acababa de morir; Carlos asoció ese momento con el tiempo preciso en que escuchó su voz, pensando en que fue una voz de despedida o quizá de petición de auxilio; así quedó en la profundidad de su ser y así mantenía ese recuerdo, bajo ese inexplicable concepto; ahora, al recordar esos momentos, llegó a su casa casi en automático, metió el coche y se sentó en el sillón de su estudio reviviendo la honda tristeza que, a pesar de tantos años cimbraba toda su humanidad; en la penumbra de la habitación se cuestionó qué tan cerca de la muerte habría estado en algunas ocasiones sin siquiera pensar en ello, sin haberlo imaginado y mucho menos tomar conciencia. Pensó en aquel incidente, pocos años después de aquella desafortunada tarde, en la cual, manejando el automóvil de su papá no tuvo la precaución al pasar unas vías del tren en el cruce de las Calles de Presidente Cárdenas y Emilio Carranza en Saltillo, y lo golpeó una máquina de patio; fue el estribo de la máquina la que pegó a la parte frontal del carro, se enganchó en él y lo arrastró unos metros de forma paralela a la máquina; revivió lo que le dijo un señor que se acercó a auxiliarlo para que saliera del automóvil:

–Joven, ha vuelto usted a nacer; si esa máquina choca su automóvil medio metro más usted metido en la vía, estuviéramos sacando su cadáver.

–Tenga joven, muerda esta tableta de chocolate, es lo primero que se me ocurrió en cuanto vi el accidente; estaba yo tras del mostrador de mi tienda y pensé que iba a encontrar cosas peores –dijo una señora de mediana edad, de la cual jamás supo su nombre.

Eran los diálogos que más tenía presentes, lo demás fue cuando llegó su papá, las autoridades, los trámites administrativos derivados del accidente ante las autoridades municipales y las autoridades de Ferrocarriles Nacionales, la reparación del carro y otras tantas cosas sucedidas alrededor de ese acontecimiento. Lo recordaba tantas veces, que se reconstruyeron los hechos en las pláticas familiares, en donde culminaban con la misma aseveración: había vuelto a nacer. Carlos, con el tiempo, pensó que la divinidad lo tenía en primer plano y así lo comentaba casi a nivel de presunción, especialmente cuando hablaba de esa experiencia; quizá ahí estribaba su interés por estudiar en el imaginario de las culturas mexicanas y mundiales, y los constructos sociales y

culturales, en torno a la muerte; tal vez como medida defensiva ante el temor de enfrentarla abiertamente algún día y evadirla.

Como en aquella otra ocasión, muchos años después en que debió estar bordeada por su inadvertida presencia. En efecto, cuarenta años después, Carlos estaba haciendo la investigación para su tesis doctoral en los archivos de Saltillo y viajaba cada semana de esta ciudad a la de Zacatecas; esa semana, a mediados, a horas de haber regresado de Europa, y todavía con el horario trastocado, se dispuso a regresar a Zacatecas donde trabajaba en la Universidad; armó su maleta y a la salida de la ciudad llegó a comprar algo de comer para el camino.

–Deme por favor unos tacos de machito de cabrito, póngalos para llevar.

–Debería comerlos aquí, se le van a enfriar y no le sabrán bien –le sugirió la dependiente.

–No puedo, señora, debo ponerme en camino; necesito llegar temprano a Zacatecas. Tengo un poco de prisa.

Había recorrido escasos cincuenta kilómetros cuando empezó a llover, justo cuando la carretera subía un lomerío; al llegar a lo alto en una curva que bajaba en pendiente, se conjugaron el hecho de que iba comiendo, la lluvia, el organismo acoplándose al horario con las siete horas de diferencia con el que había vivido por un mes en España y el descuido de la velocidad y, de pronto, se percató que era una curva difícil. Al actuar en consecuencia, su reacción no fue lo suficientemente rápida y atinada para controlar el vehículo; se salió de la carretera y empezó a precipitarse por los seis metros de altura dando vueltas el *Jeep* en que viajaba hasta caer neumáticos abajo; aturdido por el percance, se bajó del vehículo para observar que su maleta y otras cosas que traía estaban dispersas entre los matorrales y el *Jeep* prácticamente destrozado, salvo el espacio del piloto; al ver eso, revisó su cuerpo para verificar si traía alguna herida. Afortunadamente, no; desorientado todavía, no atinaba a pensar con claridad, sólo se le ocurrió empezar a juntar los objetos dispersos. Mientras eso sucedía, unos trabajadores del camino que hacían reparaciones a la carretera, sobre un tramo de más adelante, se acercaron para auxiliarlo.

–¿Está usted bien? ¿Siente algún golpe? –preguntó el primer hombre que llegó al lugar del accidente.

–No, sólo me duele un poco el cuello y la frente.

–Pero no se le ve nada, seguro golpeó el parabrisas; ya mi compañero avisó a la policía de caminos, hace poco pasó una patrulla; seguro le llamarán y llegará en cualquier momento; siéntese, ¿tiene seguro?

–Sí, en la guantera está un pequeño portafolio, ahí debe estar la póliza.

–Andrés, búscala para llamar de una vez a la compañía de Seguros... no se preocupe, los daños afortunadamente solo son a su *Jeep*. Tenga, tome un poco de agua mientras le ayudaremos a juntar sus pertenencias.

–Miré –dijo el que parecía ser el jefe de la cuadrilla de trabajadores– ¿qué le dije? Apenas han pasado veinte minutos y ya viene la patrulla; le va a pedir sus documentos, ¿no ha tomado ninguna bebida embriagante? –indagó el trabajador.

–No, venía bebiendo una gaseosa.

No tardó en presentarse el oficial, tomarle su nombre, revisar sus documentos, revisar el automóvil y verificar que Carlos no tuviera algún golpe o molestia una vez que los músculos se habían enfriado y la adrenalina ha bajado de nivel; en eso estaba, cuando llegó el valuador del seguro. Después de revisar la póliza, platicó con el policía de caminos, conviniendo en esperar la ambulancia. El agente del seguro pudo acordar con el policía no llevar a Carlos detenido, sino que lo trasladaran a una clínica en Saltillo y ahí, bajo vigilancia, mantenerlo en tanto la aseguradora pudiera hacer lo necesario en estos casos y pudiera salir sin responsabilidades.

–Buen día, señor Carlos, soy Samuel García, el ajustador del seguro, ¿me recuerda? ¿Qué le ha dicho el médico?

–Sí, por supuesto. Lo recuerdo. Me han mantenido en observación; hoy muy temprano vino el médico a tomar signos vitales, me dijo estaba todo normal, que en cuanto usted le informara cómo habían quedado los asuntos administrativos, si no hay problema, me daría de alta; ¿cómo le fue con los trámites?

–Bien –respondió el ajustador–, ya he entregado en la Dirección de la clínica los documentos necesarios para que lo puedan dar de alta; por mi parte le comento que su automóvil ya fue recogido, lo he declarado pérdida total, porque quedó en muy mal estado; ha tenido mucha suerte de haber salido ileso, y... ¡qué bueno que venía solo! De haber venido alguien con usted, seguro habría sufrido graves lastimaduras o habría muerto.

–Eso pensé cuando vi el carro mientras esperábamos a la ambulancia y revisaban, usted y el oficial de la policía de caminos, el *Jeep*.

–Fue un verdadero milagro, don Carlos; qué bueno que no estemos lamentando más que la pérdida del automóvil; mire, aquí tengo la documentación, en una semana o un poco más, el seguro le reintegrará lo recuperable; le explicaré, mientras vienen a darlo de alta, cómo debe proceder.

Carlos volvió a recordar esos acontecimientos mientras fumaba un habano en su estudio; hacía mucho que no fumaba, a decir verdad, lo había hecho cuatro veces en su vida; se dio cuenta que el tema del almuerzo había calado en el baúl de los recuerdos más significativos; estaba reflexionando sobre su reiterada conclusión de que el Gran Arquitecto del Universo lo tenía a la diestra, seguro para darle alguna misión especial; y aunque había sido un buen ciudadano, buen padre y había aplicado todas esas convencionalidades de ayudar al prójimo cuando había oportunidad, considerado que estaba frente a esas oportunidades, precisamente, para cumplir algún designio que no alcanzaba a descifrar. El sentirse agraciado del todopoderoso lo sumergía en periodos de profunda reflexión; pensó en cuantas personas, en percances menores, incluso con un resbalón en casa, habían pasado a mejor vida; eso le hacía sentir una enorme responsabilidad en hacer de su vida algo trascendente, pero no alcanzaba a descifrar su cometido.

–Estimados amigos, venía pensando que ya llevamos algunos años de cumplir nuestro desayuno mensual, amén de nuestros encuentros familiares por cumpleaños y otras ocasiones importantes.

–Es verdad, Marcos, y, pensándolo bien, me dan gusto nuestros encuentros y vernos bien físicamente.

–Bueno, solamente con algunas arrugas de más y cabellos de menos –comentó Claudio.

–El tiempo no pasa en vano...

–Carlos, te interrumpo porque estoy escuchando que traes una tos muy insistente y con arrastre pulmonar.

–Tengo casi tres semanas así, Marcos, tomando tónicos, pastillas y remedios caseros.

–¿Por qué no has ido a verme? Por lo que escucho, debes ir al neumólogo, pero ya.

–Te prometo que mañana voy, sin falta.

–Surta esta receta, Carlos, en pocos días debe desaparecer esa tos y dejará de dolerle el pecho, sobre esto último; deberá sentir mejoría mañana mismo; cuando vea que ya no la tiene, venga a verme, en diez días, por favor.

–Muy bien, doctor, gracias, ya me traía de mal humor esta molestia.

–Debió venir antes, pero estará bien, no se preocupe; de todas formas, para cualquier cosa, llámeme, aquí tiene mi tarjeta con los teléfonos.

–Gracias, doctor Montalvo, así lo haré.

–Pase, ¿en qué puedo servirle?

–Doctor Valverde, buena tarde, me ha canalizado el doctor Marcos Rojas; le platico el caso: el doctor Montalvo me atendió de una tos que me duró casi un mes. Con el tratamiento que me dio por dos semanas estaba aliviado, pero en los días siguientes se inflamó un ganglio en el lado izquierdo de mi cuello; el doctor Rojas lo ha atendido, pero no baja la inflamación.

–¿Cuánto tiene con el ganglio inflamado?

–Dos semanas y tres días, fue entonces que el doctor Rojas me envió con usted.

–Sí, me habló por teléfono; déjeme revisar la inflamación... bien, ¿recuerda que medicamentos le dio el doctor Rojas?

–No, Doctor, soy malo para recordar nombres de medicamentos.

–Bien, déjeme llamarle para preguntarle.

–Ya me dijo el colega su tratamiento y sinceramente ya debería haber cedido la inflamación; y por lo que acabo de examinar, me parece prudente enviarlo a oncología, ahí le harán una biopsia y saldremos de dudas; lo canalizaré con la doctora Beltrán Martínez. Vaya a control de citas para que le den fecha de consulta.

–Don Carlos, ¿cómo ha estado? ¿Ha tenido alguna molestia?

–Buen día, doctora. No, ninguna molestia en lo absoluto.

–Tengo el resultado de sus exámenes y también el de la biopsia; el patólogo ha encontrado células nocivas, hay un carcinoma, y aunque el resto de los estudios no acusan nada anormal, es un cáncer que debiera ser secundario, pero al no encontrar nada en ningún otro órgano, es decir no encontramos el origen, consideramos someterlo a tratamiento de inmediato; ¿viene usted solo?

–No, está mi hija en la sala de espera.

–Dígale que pase, por favor.

–Buenos días, señorita, le acabo de decir a su papá que el patólogo encontró cáncer y está en cuarto grado, así que el próximo domingo en la tarde tiene que internarse. El lunes iniciaremos con la aplicación de quimioterapia; será un tratamiento pesado porque durará cinco días y sus noches sin interrumpir; después lo tendremos en observación dos días más y podrá irse a casa, pero tendrá que estar totalmente aislado; preparen una habitación, deben aislarla de corrientes y entrada de tierra; quien pase a la habitación debe usar ropa, es decir tapabocas, bata, guantes y cubrir también los zapatos; esas prendas deben evitar meter a la habitación cualquier riesgo de infección, porque las defensas estarán muy bajas y puede ocurrir alguna complicación.

Los días siguientes fueron de silenciosa reflexión; a Carlos nunca se le había ocurrido que podría padecer la terrible enfermedad, no obstante, no hubo zozobra, más bien la confianza de que todo saldría bien; se empeñó en hacer que el cerebro diera órdenes al organismo para combatir el mal, en eso confiaba ciegamente; quizá como muchos pacientes cancerosos lo hacían cada día, cuando no caían en depresión y se sentían derrotados de antemano. Durante los días de tratamiento, Carlos estuvo sin ninguna molestia aparente, sólo recostado recibiendo vía intravenosa varios litros de suero con la solución anticancerígena; no recibía visitas, sólo podían entrar a la habitación un pariente y los médicos y enfermeras que cuidaban el proceso.

Al tercer día, la doctora Beltrán, hablando con su hija, delante de él, dijo que tendrían que poner una sonda porque los riñones estaban manifestando cierta falla. Cuando le comentó al doctor Marco, amigo de su padre, lo anunciado por la oncóloga, de inmediato lo visitó; luego de verlo, explicó que estaba en estado crítico, muy mal, aunque no mostrara Carlos ninguna evidencia. La familia entró en pánico, esperando un fatal desenlace; una escena común, desafortunadamente, cuando toca vivir una tragedia así.

Al día siguiente, como una hora y media después que tomaran muestra de sangre y otras observaciones de sus signos vitales, regresó el médico internista con otra cara y con un gusto muy inusual:

–Señora, don Carlos, les traigo buenas noticias; el riñón está nuevamente funcionando, no al cien, pero muy cercano a ese porcentaje, así que no se requerirá aplicar el procedimiento que habíamos comentado.

–¿Ya ves, papá? Has superado esta crisis; creo que tu actitud ha ayudado mucho. Gracias, doctor, nos ha quitado un peso de encima.

La doctora Beltrán siguió la evolución después de terminada la aplicación de la quimioterapia y una mañana anunció que Carlos sería enviado a su casa; pero el asunto obviamente no terminó ahí; ya en casa, a las pocas horas, cuando llegó el momento de probar alimento, empezaron los problemas, porque Carlos no captaba ningún sabor; además, batallaba para deglutir; lo que ingería era mínimo; sólo le suministraban suero; en realidad la única molestia que reportaba era un adormecimiento de las piernas y un soportable dolor; al pasar tres días sin poder pasar alimento, llamaron a Marcos, quien fue a visitarlo; al revisarlo, comentó a su hija:

–Lo que tiene su papá es por efecto de la quimioterapia, ha desarrollado aftas en la cavidad bucal, laringe y faringe, eso impide que pueda deglutir; le recetaré unos medicamentos y en pocas horas podrá comer, aunque la falta de sabor de los alimentos continuará por semanas y quizá meses, hasta que poco a poco recobre la sensibilidad gustativa.

–Entonces, ¿estará solamente con el suero que le ha aplicado?

–Sí, le enseñaré como cambiar la botella... mañana daré otra vuelta.

De todas maneras, Carlos no escapó de ir otra vez al hospital ante las molestias que persistían; estuvo ahí dos días y regresó a su casa para su recuperación, que duró prácticamente seis meses, hasta que pudo caminar y valerse por sí mismo. Lo primero que hizo fue ir a la peluquería para raparse la cabeza y así eliminar el mal aspecto de tener partes sin cabello, el cual había ido perdiendo aproximadamente dos meses después de convalecencia. Era parte de ese mundo que iría descubriendo cada vez más en los meses siguientes: salas repletas de pacientes, filas para los estudios radiográficos y de laboratorio, caras de sufrimiento o resignación, acompañantes solidarios, alimentadores de esperanzas y médicos confiados en vencer el programa o el defecto de esos ADN de decenas de enfermos.

Cuando fue a su primera consulta, le mandaron a hacer ultrasonidos y tomografías contrastadas, análisis de sangre y radiografías; volvió a la siguiente semana con la oncóloga, quien le informó que todo indicaba que el tumor había desaparecido, ahora lo mandaría a que le aplicaran radiaciones en la cabeza y cuello; debería cada semana inyectarse un químico que ayudaría a las radiaciones. Cuando fue al departamento de radiología, le dijeron que aplicarían diariamente la radiación, serían un total de 35 sesiones; la consecuencia de esas radiaciones fue que Carlos sufrió quemaduras dolorosas en su cuello; tres meses tuvo que soportar las molestias hasta que con la aplicación de cremas y otros medicamentos sanaron las quemaduras; a partir de ahí sólo asistió a consultas de seguimiento, convenciéndose cada vez que el cáncer había sido vencido.

Carlos se asombró ante la experiencia de convivir con tanta gente que sufría de cáncer; un mundo recién descubierto a pesar de que estaba ante sus ojos, pero que había pasado desapercibido, insensible a él, como pasa con muchos seres humanos hasta que no viven un caso cerca. Era un mundo lleno de esperanzas para algunos y de pesimismo para otros, pero con la voluntad de aliviarse cerca; también descubrió que compañeros de enfermedad, al no verlos acudir a sus citas y al preguntar si sabían algo de ellos, iban quedando en el camino; se trataba de individuos que no fueron sus amigos, de muchos nunca supo su nombre, sólo sabía que andaban por el mismo camino expresando una solidaridad silenciosa; con mayor razón reafirmaba su certeza de que el Gran Arquitecto del Universo había estado nuevamente a su lado y ayudándole a salvar tan enorme obstáculo.

Con el paso de los años siguió su vida, recordando de vez en cuando esa vivencia ante la muerte sin dejar de considerar lo afortunado que había sido; siguió su vida y en la medida que le era posible, según sus recursos disponibles, ayudó a los necesitados que iba encontrando en su camino. De aquellos amigos con quien desayunaba periódicamente ya faltaba uno, el mayor de ellos; lo habían despedido hacía un año con un intenso dolor; las preocupaciones que tenía respecto al futuro de sus hijos y nieta habían aminorado, igualmente habían menguado algunas de sus facultades, aunque moderadamente, de manera que seguía activo, con ánimo renovado cada día.

Ese día Carlos se despertó más tarde que de costumbre, se quedó en cama pensando en el sueño de esa noche; pese al contenido del mismo, había sido un sueño muy placentero, aunque lo cargó de

nostalgia repasar sus escenas; de pronto recordó que era sábado, día en que su hija y su nieta lo visitaban para desayunar y, a veces, si no había otra cosa que hacer, para comer en algún restaurante que ofreciera un menú que fuera de su antojo en la ocasión; se dio un baño, se vistió y bajó a su estudio para revisar, mientras llegaban sus visitas, alguna parte del libro que estaba preparando; no había avanzado mucho cuando escuchó que la puerta se abría y su nieta le gritaba:

–Abuelo, ¿ya te levantaste? Ya estamos aquí.

–Sí, hija, estoy levantado, bañado y vestido, ya las esperaba.

–Ah, pues déjame abrazarte y decirte un secreto.

–¿Un secreto?

–Sí, te trajimos barbacoa de cabeza, como te gusta, ya la baja del automóvil mi mamá.

–¿Y tortillas de harina?

–Por supuesto, abuelo, recién hechas, compradas claro; sabes que no parecemos norteaños, ¡no nos salen bien las tortillas de harina!

–¿Cómo has estado, papá?

–Bien, he podido descansar, avanzo en mi trabajo, todo tranquilo, hija.

–Se te ve buen semblante, te veo contento.

–Posiblemente tenga que ver el sueño de anoche.

–¿Estuvo interesante, abue?

–Sí, muy interesante, les platicaré: soñé que de pronto estaba en una estación, era una mezcla de estación antigua y moderna, según sus muebles y la construcción, estaba como recuerdo, desierta. Sin embargo, me levanté del asiento de la sala de espera para salir al andén justo cuando se detuvo un tren moderno en su diseño; me dirigí a un vagón, subí como si supiera que era el correcto y me senté; el carro estaba vacío; momentos después inició su movimiento el tren, no llevaba yo ningún equipaje, iba bien vestido y me puse a leer un folleto, pero no entendía de que se trataba, intentando descifrarlo, tomó el tren mayor velocidad y cuando levanté la vista me di cuenta que había otras personas en el vagón que parecían charlar, pero como en silencio, o al menos yo no escuchaba lo que hablaban, sólo las veía mover sus labios; de pronto, por la ventanilla del final del vagón, me pareció ver a alguien conocido que estaba en el siguiente carro; me levanté y me dirigí a él; al entrar al vagón, descubrí gente que había conocido, compañeros de mi primaria, de la escuela superior, algunos de mis maestros, viejos compañeros de trabajo que me saludaban con cordialidad, como si nos hubiéramos visto hacía poco; me abrazaban con mucho gusto, más

que contentos, visiblemente alegres del encuentro. Recorrí el vagón saludando a mis conocidos, incorporándome a sus diálogos, que se hicieron audibles, y noté que conocía la charla que tenían, podía seguir el tema; si iba a otro asiento o grupo, pasaba lo mismo; llegué al final y en el siguiente carro divisé a mi tío Gregorio; me pareció imposible, pero me apresuré a saludarlo, me reconoció en seguida y me pidió, que saludara a los demás; era insólito, pero el vagón estaba lleno de parientes míos, mis tías, mis tíos y primos, mis abuelos de parte de ambas familias; se me hizo natural buscar a mi hermana y la vi sentada, casi al final del carro, tan jovial, con sus clásicos ademanes, de los cuales hacíamos bromas por la menuda teatralidad; de momento no me di cuenta, pero estaban ahí mismo mis padres, los abracé con mucho gusto y ellos a mí, al tiempo que les decía a cada uno el gusto por verlos, les manifesté cuánto los echaba de menos, especialmente a mi hermana, a quien siempre había extrañado demasiado. De pronto pensé que estaba soñando, y como sucede a veces en los sueños, se cumplen deseos guardados no realizados; la alegría, el cariño transmitido por cada toque, cada gesto, cada palabra y mohín, por volver a ver a miembros de mi familia en sus mejores momentos; no sé si ellos me veían como estoy hoy, ya en la tercera edad, pero verlos yo a ellos me causó un gran bienestar; todos los diálogos fueron reconfortantes, llenos de amor, de comprensión, destilando esencia de cariño; no sé cuánto duró el sueño, ni ese viaje; de pronto escuché en el sueño el sonido del despertador, que, al hacerse más vivo, me despertó y confirmé lo que había pensado en el sueño, que estaba yo inmerso en una fantasía; volví a la realidad y comprendí que en esa fantasía había convivido con mis seres queridos fallecidos; sentí mi vitalidad y di gracias de estar vivo; pero la experiencia me llenó de fuerza, de un gozo increíble como nunca lo había sentido; no me dio tristeza comprender la irrealidad, comprender que esos encuentros los había soñado, quizá proyectados según mis necesidades profundas y secretas; y bueno, mis niñas, por eso creo que me ven contento y tranquilo, y pleno de esperanza, diría yo.

–Ay, abuelo, me dio miedo escucharte; yo no he tenido esa clase de sueños, es más, ni me acuerdo si he soñado alguna vez.

–Seguro que has soñado, mi nieta preciosa, pero como dices, no te acuerdas, quizá no fueron tan significativos y, bueno, dejemos los sueños raros y terminemos esta sabrosa barbacoa... te quedaste muy callada, hija.

–La verdad, papá, me estremeció escuchar tu sueño.

–No pasa nada, sólo es eso, un sueño.

–Por fin en casa, fue muy reconfortante el viaje, hijo; te agradezco mucho que nos hayas invitado; me dio gusto ver disfrutar del mar a tu hermana y tu sobrina.

–Le había prometido a Sofía que cuando obtuviera su primer grado universitario, la invitaría a Hawái; lástima que salieron mal los negocios y sólo pude llevarlos a Huatulco.

–Bueno, no desmerecieron en nada estas vacaciones, es también un hermoso lugar; y como decía, después de disfrutar esas playas, no hay como regresar a casa; la verdad ya no estoy para esos trotes.

Dicho lo anterior, Carlos guardó silencio, caminó hacia la ventana donde observó por un rato el jardín, luego extendió su brazo hacia el filo de la ventana, como para ayudarse a mantenerse en pie.

–¿Te sientes mal, papá? Yo te veo y te vi allá muy bien; me sorprende tu vigor.

–No, hijo, como digo, sólo estoy un poco cansado; eso de transbordar vuelos es una lata.

–En efecto, pero ya ves, no hay vuelos directos; yo también descansaré un poco, al rato volveré al aeropuerto para comparar boletos para mi regreso; espero encontrar para pasado mañana.

–Hola, papá, disculpa que te llame hasta hoy para ver cómo estás, con las vacaciones se retrasó todo en casa; han pasado tres días del regreso y apenas estoy asentándome, aunque todavía no me repongo; fue mucha la actividad.

–Estoy bien, e igual que tú, hija, hace tiempo que no me había ajetreado tanto; creo a ustedes se les olvida que ya tengo mi tarjeta de la senectud.

–Papá, me extraña, tú siempre tan animoso; yo te vi muy bien, por eso me sorprende que ahora refieras a menudo el momento de tu vida que estás pasando; nosotros parecemos los mayores, me lo acaba de decir mi hermano, y nos dio mucho gusto.

–No creas, de pronto me siento un poco menguado, pero nada de qué preocuparse, eso sí.

–Perfecto, mañana, si podemos, te iremos a ver.

–Antes de que cuelgues, hija, quiero decirte lo que acabo de decirle a tu hermano; quiero que sepas que estas vacaciones serán inolvidables para mí, el verlos convivir, manifestar su amor

como hermanos y el amor desplegado hacia mi querida y hermosa nieta me llenó de júbilo; no dejé de pensar durante esos días la bendición de haber vivido lo que viví, las cosas difíciles y las cosas hermosas, ambas me dejaron experiencias y vivencias que no cambiaría por nada; todas dejaron cosas positivas como aprendizajes y satisfacción; aún las dolorosas, hoy las veo de gran provecho; y sí, hija, disfruté cada momento de estos últimos días, llegué a la conclusión al verlos felices que por fin sabía cuál había sido mi misión en esta vida, nada extraordinario, sólo cumplir la esencia de la existencia humana y estoy convencido que la cometí lo mejor que pude, al grado que hago mío lo que concluyó Nervo: “¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!”; estoy feliz, hija, quiero que lo sepan.

Era una noche con neblina y hacía frío. Carlos veía la estación de tren al otro lado del pequeño jardín, las luces de los faroles de la entrada y las del interior ofrecían una bonita estampa, digna de una estación londinense, pero sabía que esa estación la había visto cuando niño muchas veces; le sorprendió un poco que se conservara, pese a los 70 años pasados desde que la vio por última vez; iba Carlos elegantemente vestido, su traje negro, sombrero italiano de fieltro gris y su abrigo de cachemir color Oxford, su bufanda color vino y sus guantes de piel de conejo; había detenido un poco sus pasos para contemplar el edificio de ladrillo rojo y techo de dos aguas; la estación lucía desierta, no había nadie a su alrededor ni en la calle; con paso lento, pero seguro, se encaminó a la entrada, se sentó en las bancas de madera con descansabrazos para separar los espacios; esperó un rato hasta escuchar el rechinar de las ruedas del tren que se detenía en el andén; pasó a la zona de vías y se encaminó al vagón que le quedaba enfrente; no había un alma en el carro, escogió un asiento a la mitad del vagón y se sentó del lado de la ventanilla; dejó su sombrero en el portaequipaje superior al tiempo que el tren iniciaba su movimiento; estaba demasiado apacible; tenía la sensación que desde que se acercaba a la estación, ya había vivido ese momento, incluso sabía en qué vagón subirse y en cuál asiento se acomodaría; fue de su gusto el tapiz azul marino de las butacas y de las paredes del carro; observó los emblemas en bronce de la compañía ferroviaria: unos rieles yendo a un par de montañas separadas por un sol presidido por un ojo en medio de un triángulo. Un rato estuvo viendo por la ventana, donde los perfiles en la penumbra le hicieron pensar que eran campos de cultivos; ¿dónde había quedado la ciudad? Las luces del carro seguían

encendidas, lo que le permitió ver a un hombre, espigado, pelo entrecano, de finos rasgos e impecablemente vestido; entró por la puerta que le quedaba enfrente y se dirigió a su lugar; tomó asiento frente a él tendiéndole la mano y saludándolo por su nombre:

–Buenas noches, Carlos; soy el conductor de este tren.

–Buenas noches; perdón, ¿lo conozco? No lo recuerdo, pero sabe mi nombre; usted debe conocerme.

–Sí, le conozco desde hace muchos años; usted a mí no, aunque en ocasiones he estado muy cerca.

–¡Qué raro, pero no tengo idea!

–Exacto, nunca la tuvo, porque siempre fue del partido de Eros y no de Tánatos; su biofilia fue asombrosa, generalmente optimista, con gran capacidad de resiliencia; y con un guardián muy poderoso; le diré, por eso sólo estuve cerca aquella ocasión en que el tren atropelló el automóvil en que viajaba; también muchos años después, cuando se volcó en la carretera y salió ileso; la penúltima vez, cuando sin darse cuenta dio una muy buena batalla al enfermar de cáncer.

–Sí, recuerdo, lo tengo muy vivo, quizá porque fue hace pocos años; no sé cómo enfrenté ese flagelo, sólo entiendo que jamás pensé en algún riesgo, sino todo lo contrario, que saldría adelante; aunque después de eso, a menudo en mis sueños, compartía un mundo desconocido con mis seres queridos; de hecho, hace rato pensaba que estaba viviendo un Déjà vu, esperaba como la otra ocasión, encontrar a mis amigos y a mis seres queridos, pero no veo a nadie, está vacío; en eso es diferente este tren. ¿Cómo es que pudo estar usted en esos momentos?

–En realidad siempre he estado en ti, soy uno de los componentes esenciales del ser humano, uno de los contrarios; y este tren no está vacío, sólo que no puedes ver a los otros pasajeros; son vapores, brisas, soplos que transitan según la fuerza de la última exhalación, cada uno sólo se ve a sí mismo, según su auto concepto, con sus internalizaciones, contenidos profundos, a veces olvidados, que cobran presencia por inexplicables mecanismos, con sus cargas afectivas o negativas, esas que se despliegan en los sueños, en esas condensaciones de tiempo y espacio capaces de mil combinaciones, que alivian frustraciones, que orientan soluciones, que colman o inquietan al espíritu y que sólo son posibles en aquella dimensión; pero ésta es, Carlos, otra realidad, es otra duración donde se concreta la eternidad, es la continuación del viaje de la vida, pero con otra esencia, más transparente, más ligera, pero más condensada, por eso cada pasajero

es un viento que se contiene a sí mismo; esto, Carlos, no es un sueño del cual despertarás, es un viaje que no tiene regreso.

–Entiendo, siempre tuve miedo de un sufrimiento final que atormentara más allá de lo soportable; que iría a Mictlán, no a Tlalocan, pero si esto es lo que pienso, pasó de manera imperceptible, como el aliento de un amor que embelesa.

–Sí, esto es lo que has pensado, Carlos; llegó el momento del viaje final; caminos largos sin paradas, inmensos valles por transitar, sin descansos, sin apremios, sin cansancio, un paseo tan pleno como tranquilo, sin cuentas que ajustar, con el perdón en la mano, sólo para ver adelante, sin tinieblas, andando hacia la luz infinita, en esa comodidad en la que estás; debo reconocer, sin embargo, que es un viaje en solitario, como no imaginan los vivos; en fin, Carlos, este abordaje que has hecho, sereno, sin resistencias, con únicamente ese atisbo mínimo para comprender que éste es en efecto, el último tren, es tu último tren, el tren de tu viaje eterno.